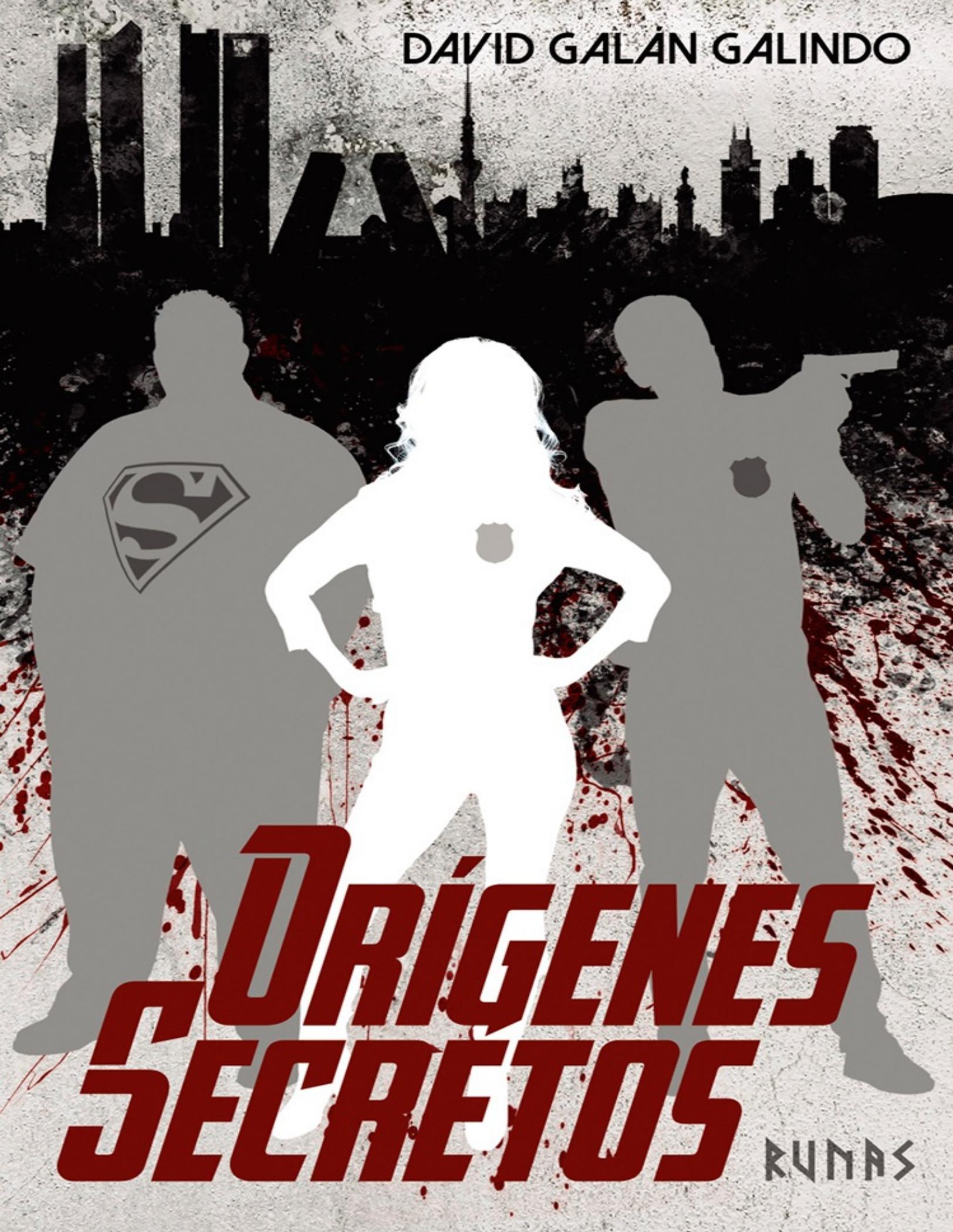
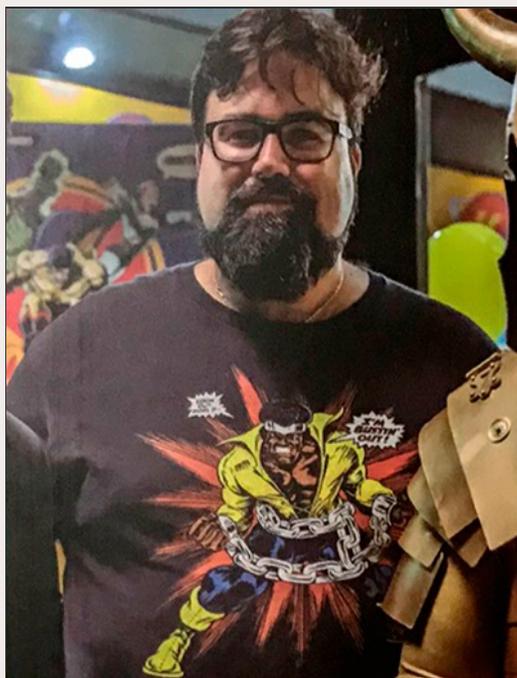


DAVID GALÁN GALINDO



**ORÍGENES
SECRETOS**

RUNAS



DAVID GALÁN GALINDO

Ávila, 1982

David Galán es director de cine y guionista de televisión. **Orígenes Secretos** es su primera novela. Una novela negra en la que no renuncia a su universo personal y su pasión por los cómics de superhéroes, y que también es su ópera prima cinematográfica con un elenco impresionante. En los últimos años ha compaginado el cine (algunos de sus cortos, como *Curvas*, *Push Up*, *Hostiable...* se encuentran entre los más conocidos y premiados recientemente) con su trabajo como guionista de televisión. Asimismo, ha escrito para webs y fanzines, y ha participado en dos compilaciones de temática zombi.

SINOPSIS

En Madrid se están produciendo una serie de asesinatos crueles y extraños. Cosme y David son los policías encargados de la investigación, pero necesitarán la ayuda del entrañable friki Jorge Elías para comprender a qué se están enfrentando. Con sus ingentes conocimientos sobre el mundo de los cómics, es capaz de ver los hilos que relacionan a todos los crímenes e interpretar las pistas que el asesino va dejando. *Planeta K*, su tienda de cómics, se convertirá en el cuartel general donde un improbable equipo, formado por David, Jorge Elías y Patri, una policía amante del cosplay, planifica sus movimientos en busca del asesino por un Madrid más vivo y oscuro que nunca.

Pero no os preocupéis, esto es una novela negra como todas las demás. Nada de especial.

¿O sí?

Al final se incluye «*Astro Bus*», un relato inédito que se desarrolla en el mismo universo que la novela.

Ir al **ÍNDICE**

ORÍGENES SECRETOS

Y ASTRO BUS

© David Galán Galindo, 2016

TÍTULO ORIGINAL:

Orígenes secretos

EDITORIAL:

© Alianza Editorial, S. A., 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

SELLO:

Runas

FECHA PUBLICACIÓN:

19 de marzo de 2020

ISBN:

978-84-9181-902-8

David Galán Galindo

**ORÍGENES
SECRETOS**

EDICIÓN DIGITAL 2020

ORÍGENES SECRETOS

DAVID GALÁN GALINDO

ALIANZA EDITORIAL

A Lara Saori, David, Novalis y Fujur.

ORÍGENES SECRETOS

Hasta entonces había creído que todo libro hablaba de las cosas, humanas o divinas, que están fuera de los libros. De pronto comprendí que a menudo los libros hablan de libros, o sea que es casi como si hablaran entre sí. A la luz de esa reflexión, la biblioteca me pareció aún más inquietante. Así que era el ámbito de un largo y secular murmullo, de un diálogo imperceptible entre pergaminos, una cosa viva, un receptáculo de poderes que una mente humana era incapaz de dominar, un tesoro de secretos emanados de innumerables mentes, que habían sobrevivido a la muerte de quienes los habían producido, o de quienes los habían ido transmitiendo.

UMBERTO ECO
El nombre de la rosa

Introducción

del autor a la presente edición

1. El caballo de Troya

Al Doctor Emmet Brown se le ocurrió la idea del Condensador de Fluzo (Flux Capacitor) tras golpearse la cabeza con el lavabo intentando colgar un reloj subido al váter. A mí se me ocurrió la idea de Orígenes secretos tras golpearme con algo más duro que un lavabo: la cruda realidad.

Y la cruda realidad es que los españoles no demandan historias de superhéroes hechas en España.

Ojalá leas esto mucho más tarde de cuando yo lo estoy escribiendo y estas palabras sean caducas. Ojalá no sepas de qué coño estoy hablando. Ojalá incluso este libro haya tenido algo que ver en ese cambio de mentalidad.

Pero lo cierto es que en 2014, cuando escribí esta historia, yo tenía esa convicción. Maldita sea, es hoy, en 2020, y sigo estando más seguro de eso que de que el sol saldrá mañana.

Sin embargo, en España nos encantan los superhéroes americanos. Los cómics más vendidos son de superhéroes. Muchos videojuegos también. Las series ni te cuento. Y abarrotamos las salas de cine para ver las pelis Marvel, DC o de cualquier menda con capa y/o superpoderes.

Es decir, no tenemos ningún problema con el género en sí, sino con su pedigrí. Si los superhéroes los hacemos nosotros, necesitamos (ne-ce-si-ta-mos) que sean parodias. Si es con la distancia de la comedia, si es para reírnos de ellos, entonces sí. Bienvenidos sean Superlópez, el Tío la Vara y quién haga falta para dejar claro que un tío que se pone un traje chillón y sale a combatir el crimen, nos parece ridículo. Si es de aquí.

Lo curioso es que esto sucede a la vez que España es respetada internacionalmente tanto por su cine de terror como por sus novelas negras. Somos una potencia mundial en historias de miedo y en idear tramas criminales. ¿Una historia llena de sangre y asesinatos que deje clara nuestra visión cínica del mundo? Eso sí nos creemos que pase en Hispania.

Y cuando llegué a esa conclusión, fue cuando resbalé de la taza, me golpeé contra el lavabo y tuve una visión.

Mi Condensador de Fluzo sería un thriller, una historia con un asesino en serie y performances macabras, y en él volcaría mi verdad, todas mis inquietudes sobre los superhéroes y reflexionaría sobre por qué nuestro carácter nos impide creer en ellos aquí.

No me preocupaba el éxito, pero sí llegar a cuantos más lectores desprevenidos posibles. En este caso, para mí, pillar por sorpresa a los lectores de novela negra tradicional era más importante que llegar a un gran público. Es más valioso convencer que vencer.

Así ideé un caballo de Troya en el que el equino de madera sería la novela negra, y los aqueos escondidos dentro con intenciones homicidas, serían la teoría superheroica. Todas las reflexiones sobre el género y todas las referencias al noveno arte (y otros artes adyacentes) que maneja Jorge Elías serían las picas con las que cargan esos griegos furiosos amantes del camuflaje.

Por eso, para que disfrutéis bien de la «Experiencia Orígenes secretos», os pido un favor. Olvidad todo lo que he dicho.

Esto es una novela negra como todas las demás. Nada de especial.

Misterio. Sangre. Muerte. Miedo. Asesinos. Esto es España, así que relajaos, que aquí no hay trajes chillones.

O sí.

2. 超サイヤ人

(Super Saiyajin)

Escribiendo este libro quise encontrar algo parecido a un estilo. Creo que durante el proceso iba buscando tímidamente mi voz y en algún momento, a la altura del capítulo tres, me quité los ruedines y empecé a hacer virguerías con la bici. O a intentarlo patosamente, vaya. Me sentí como cuando sales a un escenario a dar un discurso, a cantar o lo que sea. Subes cagado de miedo, temiendo balbucear o que se te quede la boca seca, pero si aguantas sin derrumbarte ahí arriba los primeros cinco minutos, de golpe todo va bien y controlas la situación. Jorge Elías diría que en ese momento «se te pone el pelo amarillo y te conviertes en Super Saiyajin».

El caso es que a lo largo de la escritura de esta historia hice algunos hallazgos de forma que acabaron conformando algo parecido a «el estilo de Orígenes secretos». Del que más orgulloso estoy es de cierta prosopopeya cuando hablo de Madrid.

Lo cierto es que una de las frases más repetidas cuando alguien analiza una novela noir es: «la ciudad es un personaje más». Ya sea Nueva York en los setenta o Barcelona en los años veinte, si la novela es buena, no falla, la crítica incluirá la sentencia «la ciudad es un personaje más».

Pero después de leer varias novelas negras, me dio la sensación de que aquella era una frase manida, muy socorrida para rellenar una reseña pero que era bien extraño leer una historia en la que la ciudad fuera realmente «un personaje más». Ahora bien, la idea era cojonuda.

Decidí tomármelo literalmente. Por eso en Orígenes secretos Madrid es el sujeto de muchas frases. Madrid despierta, ríe, sueña. Madrid tiene ojos, pulmones y manos con dedos. Fue una apuesta arriesgada, pero me consta que «los incisivos de Madrid» son la parte más celebrada de esta narración.

Con el tiempo lamenté que la novela no empezara con uno de esos textos que jugaban con Madrid personificada. Igual que el que sube al escenario desearía haber tenido la destreza con la que acabó la canción, cuando soltó aquel gallo nervioso en la primera estrofa.

*Por suerte, yo tengo una nueva oportunidad para empezar. Si queréis leer esta novela tal y como fue publicada en su día, pasad al **capítulo uno** sin más dilación. No os vais a perder nada. Pero si me dejáis enmendar mi error, aquí está el capítulo cero de Orígenes secretos. Y como habla de una ciudad de verdad, se titula como una ciudad ficticia: «Arkham».*

0

Arkham

No es fácil saber quién eres, si eres Madrid. Lo extraordinario podría sucederle a cualquier otra ciudad y, sin embargo, le sucede a ella. Por qué será.

Quizá porque es la mejor ciudad del mundo. O porque es la peor. Es la que expulsó a los neonazis de Tetuán y también la que expulsa a las familias de Lavapiés si no pueden pagar el alquiler. La del Banco de España y la del Pozo del Tío Raimundo. La del Club de los Poetas Violentos de Ascao y la de los Hombres G de La Guindalera. La de la Carrera de Tacones de Chueca y las corridas de toros de Las Ventas. La del Museo del Prado y también la de Telecinco.

En inglés «Mad», significa «loco» y «Rid» significa «eliminar, librarse, deshacerse». O sea que un británico amante de los juegos de palabras podría pensar que *MadRid* es el lugar en el que nos libramos de los locos. Un asilo o un manicomio quizá.

Pero a Madrid la bautizaron los musulmanes, no los anglos. Y la llamaron *Mayrit*, que significa «arroyo madre», «matriz». Agua. «Fui sobre agua edificada...» fue su primer tatuaje en el culo, si podemos considerar así al lema de sus blasones.

Por eso Madrid fluye y se cuela por las rendijas. Madrid te llueve encima. Se condensa. Se evapora. El Madrid de hoy se parece tanto al de mañana como el agua de un río se parece al agua del río de ayer. Todo y nada. Imaginad cada día en el espejo un mismo rostro siempre distinto. Intenta librarte de esa locura.

Por eso, no es fácil saber quién eres, si eres Madrid.

Pero si andas por sus calles, Madrid sí sabe quién eres tú.

Acción

Madrid, hoy.

—¡Arriba, machote!

Unas persianas suben, sonoramente, dejando entrar la luz del sol en una habitación llena de estanterías de cómics y muñecos. Partículas de polvo flotan por la estancia en una proporción que solo se ve en trasteros y bibliotecas. Este lugar tiene un poco de ambas cosas.

—Ponte el traje y sal a hacer de este mundo un lugar mejor —dice el hombre que ha abierto la ventana, y que se marcha sin esperar respuesta, como si fuera un ritual mil veces repetido y supiera que nunca la hay. A no ser que valga como respuesta un leve gruñido.

La luz natural es tan molesta en este hábitat como lo era para los vampiros de La Teta Enroscada al final de *Abierto hasta el amanecer*. Por lo menos eso piensa Jorge Elías, que está tirado en la cama como si hubiera estado luchando con ella y hubieran quedado en tablas.

Jorge se despega de las sábanas, lleva una camiseta de *Silver Surfer* y está en calzoncillos. Está gordo, las cosas como son. Tiene la boca seca y busca sus gafas de pasta en la mesilla. Es una habitación con dos camas, pero es obvio que en la que tiene enfrente no ha dormido nadie desde hace mucho tiempo porque encima de ella hay varias pilas de cómics y libros (como si fuera una repisa más).

Sentado al borde de su cama, Jorge trata de recordar el sueño que estaba teniendo. Está bastante seguro de que en él llevaba un sable láser y estaba rescatando a una chica con las tetas muy grandes... y aparecía Alan Moore para ayudarle, sí... maldita sea, era un sueño que molaba. Pero no, ha tenido que venir «Don Ponte El Traje Y *Blablablá*» a despertarle como si se acabara el mundo. En fin. Jorge coge una botella de plástico con agua que hay tirada por el suelo y bebe el culín que queda. Se pregunta qué día de la semana es, para saber si tiene que ducharse. Una vez cada dos días es suficiente, que si no, le quitas su capa protectora a la piel y tampoco es bueno. Es una mierda que leyó en una *Quo* y que le dice a su padre cuando este le dice *que se meta en la ducha o no le lleva a la tienda*.

Su padre es Cosme Galiardo, un hombre espigado, de aspecto venerable. Lo de venerable quizá sea por sus canas y su nariz, que le dan un aire a Ian McKellen, lo mismo da que penséis en Magneto que en Gandalf, o quizá por su voz de Fernando Fernán Gómez. Está en la cocina preparando el desayuno para su hijo, unas tostadas y un colacao, y tomándose el suyo, un café solo. Qué hombre más clásico.

Jorge Elías entra en la cocina, medio grogui y *ecce homo* entero. Además, sigue sin pantalones. Coge su taza y se sienta en la mesa. Sin probar la leche ya estima que no hay suficiente «sustancia» y se echa otro par de cucharadas de Cola Cao. Cosme ya se lo sabe, por eso se los hace «cortos» para compensar. Probó a cargárselos más, pero igualmente Jorge echaba dos cucharadas más. Como si lo importante del asunto fuera dejar claro que no estaba bien hecho y no la proporción de chocolateo de la leche. No tiene muy buen despertar Jorge.

—Papá, si puede ser, no vuelvas a decir lo de «ponte el traje y sal a hacer del mundo un lugar mejor», que no tengo ocho años y la última vez que me puse un traje fue el de la comunión.

—Es la frase...

—«Con la que nos despertaba mamá» —interrumpe—. No me digas, se me había olvidado.

—No sabía que te molestara.

—Te lo digo todos los días, pero no me escuchas.

—A Javi le gustaba.

—Ya lo sé: mi hermano era un *Gryffindor* y yo soy un *Slytherin*. Aclarado el tema, busca otra frase. Hay muchas: «abre los ojos», «quinto levanta, tira de la manta», «Monica Bellucci ha venido a desayunar y quiere que le hagas un hijo sobre la encimera», no sé...

—¿Qué te parece «cómprate un despertador»? —Cosme se levanta y se marcha de la cocina, harto de tanta tontería de buena mañana.

—Original, pero con poca chicha, papá. Tú puedes hacer algo mejor —concluye Jorge, que es de esos hijos sabiondos que siempre tienen que decir la última palabra. Adorables con cinco años, pero que estrangulabas con treinta y cinco castañas que tiene ahora «el niño».

Javier no era así. Por lo menos no lo dirías mirando las fotos que hay en un mueble cercano. El hermano de Jorge Elías parece una versión joven de su padre en esas fotos. Solo que más fuerte. En varias, Javier está vestido de GEO, posando. Hay demasiadas

fotos de él como para que ese mueble no sea lo que es: un mausoleo. Jorge Elías solo aparece testimonialmente en dos fotografías. En una está solo, con birrete y banda de graduación azul celeste. Es la foto de su orla. Y en otra, con su padre y su hermano, llevando el casco de GEO de Javier como si fuera un sombrero, para disgusto de Cosme, que ya entonces no tenía paciencia para sus bromas. Por suerte, ambas fotos están bien tapadas por las demás.

El coche de la familia Galiardo circula por el centro de Madrid, por las estrechas calles cercanas a la plaza de la Luna. Está apenas un par de calles más allá de Gran Vía, y a la vez, en otro mundo. Un lugar en el que prostitutas de sesenta años conviven en armonía con una comisaría de diseño moderno, hay un gimnasio para ejecutivos en el ático de un cine abandonado, cuya terraza se convierte por las noches en bar de copas, y chinas con carritos de la compra venden cervezas y bocadillos húmedos (no preguntes). Pero son las nueve de la mañana de un lunes que amenaza lluvia, y eso hace que cualquier calle parezca una más, incluso las que son tan especiales como esta.

Conduce Cosme, como siempre. Aunque Jorge tiene carné. Cosme le obligó a sacárselo cuando tenía dieciocho años. Ganó esa guerra pero nunca pudo hacer que le gustara conducir. *A un hijo puedes meterle la cuchara en la boca, pero no puedes obligarle a tragar.*

—¿Qué tal pinta tu última semana? —pregunta Jorge Elías, por romper el silencio.

—No será la última, les han denegado cubrir mi plaza hasta el año que viene, así que me necesitan allí.

El coche se detiene frente a un escaparate colorido, una tienda de cómics llamada Planeta K.

—Bueno, cuando te larguen, que sepas que yo te necesito en la tienda, hay partidas de Magic que se salen de madre y a mí me da miedo usar ese cacharro que da descargas eléctricas que me compré por internet.

Cosme no quiere dignificar la oferta con una respuesta, y además supone que *ese cacharro que da descargas* es algo de lo que su hijo ya le ha hablado con anterioridad, pero, como suele desconectar de sus parrafadas para mantener la cordura, no tiene ni puñetera idea de qué está hablando. Por suerte ya es un experto en que eso no se note.

—Anda tira, que me vas a hacer llegar tarde otra vez.

—Dame un beso, cascarrabias. —Jorge da un beso a su padre, se baja y empieza a abrir su tienda. El coche de Cosme se marcha cuando empieza a chispear.

Cosme entra cerrando su paraguas en un portal cerca del Mercado Maravillas, en Bravo

Murillo. Un barrio de españoles muy viejos e inmigrantes muy jóvenes, la sal y el azúcar de Madrid, por así decirlo. Los edificios son de la edad de los vecinos españoles, como demuestra este rellano sin ascensor y escaleras de crujiente madera. Hay varios policías en el rellano, Cosme pasa a través de ellos con cierta prisa.

El que parece al mando habla por el *walkie talkie*, con mucha educación.

—A ver, si no es mucha molestia... ¡Que venga el juez de una puta vez! Me *cagon* la puta de oros y en la madre que me parió. —El policía sigue rajando, sin dar ocasión a quién sea con el que hable, de meter baza.

Otro agente está entrevistando a un chico joven sentado en los escalones, que parece muy afectado.

—La ha destrozado... era mi mamá y la ha destrozado... —repite sin parar, balanceándose adelante y atrás, en shock. El policía trata de calmarle.

—Tranquílcese, ahora podrá subir a recoger sus cosas y le llevaremos con el psicólogo, ¿de acuerdo?

El jefe repara en Cosme cuando este iba a subir por las escaleras e interrumpe su conversación por radio.

—¡Cosme! El nuevo está arriba trasteando. Mira a ver, anda.

El nuevo, piensa Cosme. Un inspector de policía de 66 años al que amenazan con la jubilación forzosa debería sentir rechazo por conceptos como ese. *El nuevo*. Como si inmediatamente él pasase a ser «el viejo». El que no sirve. El modelo antiguo. Algo que hay que tirar y olvidar mientras se desembala la versión moderna. Pero esos pensamientos son para gente peor que Cosme Galiardo. A Cosme Galiardo solo le vienen a la cabeza recuerdos de él mismo recién llegado a la comisaría, con su mujer en casa leyendo algún libro, en aquel piso ridículamente minúsculo de La Latina, no sabe por qué cuando piensa en aquella época siempre la ve embarazada. Será porque nunca estuvo más guapa o porque nunca la quiso más. Trabajando todo el día para que no le faltara de nada a su familia y llegando a casa demasiado tarde como para ver despierto a ninguno de sus miembros. No. Cosme Galiardo no es el tipo de gente que pone la zancadilla a los que empiezan. Es de los que rechazan ascensos para seguir protegiendo desde abajo a los cachorros. Tal vez, viéndoles a ellos, ve Cosme a su versión preferida de sí mismo. Como cuando miraba a Javier.

Cosme llega a una cocina teñida de rojo. Hay dos cuerpos en el suelo, en un charco de sangre, y aún así el olor predominante es a fritanga. Es de esa clase de cocinas, con

azulejos con sabor a empanadillas y bombona de butano. Los dos cadáveres, blanquecinos por el desangrado, son un hombre bajito y peludo, y una mujer muy voluminosa. Él sostiene un gran cuchillo de carnicero y tiene el cuello cortado de parte a parte. Ella tiene decenas de cortes por todo el cuerpo, con tantos tajos que su piel parece estar llena de códigos de barras.

Frente a las víctimas, tomando notas en una pequeña libreta, hay un joven que rozará la treintena. En buena forma física y vestido con traje. Uno diría que es demasiado joven para ser inspector, demasiado guapo para ser policía y demasiado elegante para ser hetero. Pero sí a todo.

—Inspector Cosme Galiardo —se presenta.

—David Valentín.

Se dan la mano.

—He llegado hace un rato, así que he empezado a tomar declaraciones y tal. Ahora estaba con los cuerpos.

—Bien hecho. Disculpa el retraso, he tenido que llevar a mi hijo al colegio.

David asiente, sin pillar la broma de Cosme. David aún no domina las sutilezas, pero lo hará.

—Señor, es un honor trabajar con usted aunque solo sean unos días.

—Tutéame. ¿Qué ha pasado aquí? —Cosme observa el estropicio detenidamente.

—El hijo los descubrió esta mañana. Al parecer, la mujer ha sido apuñalada por su marido y, luego, este se ha suicidado cortándose la garganta con el cuchillo. —Cosme sigue observando. No dice nada, pero algo no le cuadra. David lee las notas de su libreta.

—El hombre es dueño de una carnicería en Tetuán y tiene varias denuncias por maltrato.

—Un carnicero no se suicida rebanándose el pescuezo. Sabe que es el prelude a una muerte lenta y agónica. Y, por Dios, ¿cuántas cuchilladas tiene esta mujer? —Se agacha y observa los cortes de cerca—. Demasiadas. Ninguna ha alcanzado un órgano vital, por eso ha necesitado tantísimas para matarla. Hm... son poco profundas y de arriba hacia abajo... —murmura Cosme para sí.

—Fue alguien con una estatura mayor que la víctima...

En ese momento David y Cosme reparan en que no están solos. El chaval joven que estaba abajo sentado en las escaleras está guardando sus cosas en una mochila y ha oído su conversación. Ahora que está de pie, reparan en que es muy alto. El chaval les mira un instante y sale corriendo.

—Será cabrón... —David sale a toda prisa tras él, pero resbala con la sangre del piso

y cae al suelo, sobre el cuerpo de la madre. Su cara se desliza apoyada en la mejilla carnosa y sin vida de la foca muerta. Trata de levantarse, pero sigue escurriéndose sobre sus códigos de barras y grasa.

Cosme, inalterable, se agacha con calma y le coge a David el *walkie talkie* que este llevaba enganchado al cinturón.

—El hijo huye por las escaleras, es sospechoso de asesinato, no dejéis que llegue al metro. —Y tras informar, deja el aparato y se dirige a una ventana cercana. A través de ella observa como los policías de la puerta interceptan al presunto parricida sin problemas. Uno le da con la porra en la cara, hundiéndole la nariz. El que llamaba insistentemente al juez desfoga su frustración con la burocracia judicial a patadas con el abdomen del chico. Cosme sabe que no le va a gustar lo que sigue y va a ayudar a levantarse a David, que sigue con dificultades.

—Tranquilo, hijo. —Cosme aúpa a David.

—Qué vergüenza, debes de pensar que soy gilipollas.

—La próxima vez no cometerás el mismo error. Y si vives lo suficiente, ya habrás cometido tantos errores que parecerás listo, ese es el truco.

David se mira, está completamente bañado en sangre. Jorge Elías diría que *le han hecho un Carrie*.

—Mierda, este era mi único traje decente...

—En esta ciudad acabas lleno de sangre tarde o temprano. Créeme, mejor que sea en tu primer día.

Cosme vuelve a asomarse a la ventana y menea la cabeza en muda señal de disconformidad. El joven no parece tan alto en el suelo, casi reducido a pulpa por la paliza. Uno de los agentes le da una última, e innecesaria, patada.

Increíble

—¡Mierda puta! —Jorge Elías alucina. Sus ojos legañosos miran incrédulos el reloj de Bart Simpson de su mesilla, que marca las 11:30 de la mañana. ¡Las 11:30! Y él aún estaba sopa, y porque se estaba meando, que si no, ahí seguía... *¿Dónde coño está Cosme? ¿Es que no sabe que hace hora y media que Planeta K debería estar abierta? Cada vez está más mayor el viejo, manda cojones que por su puta culpa...* Mejor no pensar en ello, se levanta de un brinco. Jorge, aún medio dormido, tropieza con las sábanas y se cae al suelo de boca. Hoy ha habido otro combate con la cama, pero está claro que ha ganado ella.

Jorge va hacia la cocina, dispuesto a echar a su padre la bronca del siglo.

—¿Papá? —La encimera está impoluta y no hay nadie. Hoy no hay colacaos ni cortos ni largos.

En otra casa de Madrid, David sale de la ducha, se seca un poco y se enrolla la toalla alrededor de la cintura, esa costumbre que se ve en muchas películas pero pocas personas tienen en la realidad. Abre el armario empotrado de su dormitorio. Todo en la habitación es de Ikea. La clase de muebles que compra alguien que va a alquilar el piso: baratos y que no le de pena si algún inquilino se los carga. David se mira un poco en los espejos del armario; si vosotros tuvierais sus abdominales también lo haríais. Saca dos trajes y los pone sobre la cama, uno de pana, de color caqui, y el otro de cuadros, con coderas. Los mira como si fueran dos corderos y tuviera que elegir a cuál de ellos sacrificar. Solo que en este caso el que se quiere morir es él. Ambos le horripilan. Y no es para menos.

Ding-dong. Suena el timbre de la casa, los horribles corderos son salvados por la campana.

—Ponte esto, tenemos trabajo —dice Cosme Galiardo cuando David abre la puerta. Y le da algo que va en una funda con una percha.

Más tarde, en el barrio de San Isidro amenaza tormenta y el cielo está encapotado, pero no se decide a estallar aún. San Isidro es lo que tan elocuentemente se llama «un barrio,

barrio», como si repetir dos veces la misma palabra reforzara la definición, definición. Cosme os podría contar más cosas porque solía aparcar el coche por allí cuando iba con Javier al Vicente Calderón. El veterano inspector intenta no pensar en ello, mientras se dirige al portal de un edificio franqueado por policías, en este barrio, barrio.

David le sigue, colocándose la corbata y los puños del elegante traje que lleva, haciéndose a él. No es difícil, tiene un tacto maravilloso y parece que se lo hayan hecho a medida.

En la entrada, uno de los policías sale a su encuentro. Lleva una bolsa de plástico verde en las manos.

—Muy buenas, inspectores. Soy el oficial Ibarra, estoy al mando de este desastre. Si les parece, vamos para adentro.

Ibarra les va guiando por el interior del edificio laberíntico, con varias escaleras y patios interiores.

—No sabemos quién es, el nombre del buzón es falso. No hay contrato de alquiler, el inquilino pagaba en negro y bastante más de lo que cuesta un piso aquí en Carabanchel, así que el dueño no protestaba. Tampoco hay suministros dados de alta, ni luz, ni agua, ni gas... Por eso necesitaréis esto. —El oficial saca de la bolsa verde dos linternas y se las da—. Espero que funcionen, las hemos tenido que comprar en un chino.

—¿Y los vecinos? —pregunta Cosme.

—Ninguno le conocía, pero todos coinciden en que nunca dio problemas. Solo una vecina se ha quejado de que le oía hacer pesas hasta por las noches.

Cosme y David entran en la vivienda.

Las linternas del chino funcionan. Claro que sí, porque todo lo que venden los chinos funciona. Al principio. Lo que pasa es que las cosas se estropean mucho antes y cuando más falta te hacen, pero ese es otro tema. De primer golpe funcionan. Y menos mal.

La escena del crimen es un bajo con todas las ventanas tapiadas, solo consiguen ver algo gracias al haz de luz de sus linternas. Al entrar, el olor a sudor les da una bofetada como el calor en un sauna. Si el calor de una sauna llevara puños americanos.

—En mi gimnasio no hay tantos aparatos —señala David.

Y es que, alumbren donde alumbren, hay mancuernas y máquinas para hacer deporte, parece un lugar de entrenamiento macabro. En el suelo hay discos con pesas, barras, una comba... Todo aderezado con lo que parecen pequeñas montañas de vómito seco y sangre. Es perturbador.

Cosme abre un armario empotrado. Está lleno de botes de complementos alimenticios para culturistas. David inspecciona unas revistas con tíos cachas en la portada (*Fitnessnosecuantos* y *Musclenosequé*) que están amontonadas en una torre enorme.

Entran en la cocina. Allí hay más estanterías, repletas de batidos energéticos, barritas de cereales... Un crujir bajo sus zapatos les hace descubrir que el suelo está trufado de jeringuillas.

El cadáver.

Se trata de un culturista monstruoso, con músculos hipertrofiados y venosos. Descalzo y desnudo, salvo por unos pantalones cortos rotos, yace sobre un gran banco de pesas, en la habitación donde en otra casa hubiera estado el salón.

Aún tiene sobre su garganta la barra larga con discos gigantes de pesas a ambos lados, que prácticamente le ha decapitado. Sus enormes brazos, aún hacia arriba con las palmas abiertas, parecen haber reventado por dentro mientras hacía press de banca, dejando caer la barra sobre su tráquea. A bote pronto, ese sería el primer análisis de cualquiera.

La barra metálica casi está tocando el cuero del asiento, separada por apenas un centímetro de piel y carne humana comprimida por el tremendo peso.

—Parece la pesadilla de un tronista de «Mujeres, Hombres y Viceversa» —bromea David, en un chascarrillo, totalmente inapropiado.

Alumbran el grotesco cuerpo y lo observan. De cerca se aprecia que todo el cuerpo tiene un extraño color grisáceo, como ceniza.

—Vaya puta locura —se fija—. ¿Qué le pasa en la piel? ¿Es por la luz o qué?

—No es la luz, su piel es gris. —Cosme mira alrededor, buscando respuestas a las preguntas que lanza la mole sobre el banco de pesas—. Dime qué te dice el escenario.

—Pues... no hay comida de verdad en toda la casa... ni agua. Solo barritas de cereales y bebidas energéticas.

—Bien. Qué más.

—Tampoco hay electrodomésticos, ni siquiera una nevera.

—¿Adónde nos lleva eso?

—A que el hombre que vivía aquí estaba como una regadera.

—¿Y no crees que aquí había una segunda persona?

—Bueno, no hay indicios de violencia... No tiene por qué ser un asesinato, podría tratarse de un accidente. Alguna especie de trastorno obsesivo compulsivo... Quizá un

caso de vigorexia llevada a límites sadomasoquistas.

Cosme dedica a David una mirada larga y escudriñadora.

—¡Boaaaarght!

Un agente de policía sale vomitando de una habitación al fondo del pasillo y les interrumpe. El oficial Ibarra va a ver qué se cuece. Se asoma dentro de la estancia y, tras observar el interior, vuelve a salir rápidamente, con los ojos llorosos.

—¡Buf! Joder. ¡Inspectores! Venid, hemos encontrado dónde cagaba ese cabronazo, esto os va a quitar las ganas de comer, de por vida.

Tres filetes de carne picada de ternera a la parrilla, en un sándwich ordenado así: base de pan de hamburguesa, ketchup, filete, queso, filete, ketchup, filete, queso y tapa de pan con semillas de sésamo. Una sopa con pasta, cebolla, repollo, guisantes, tomate y generoso aceite de oliva y sal. Y dos cañas. Es lo que va sobre la bandeja del camarero que se dirige a la mesa en la que están sentados David y Cosme.

Están en un bar con huesos de aceituna en el suelo y servilletas que no secan, esas que son como satinadas, y por lo tanto, absurdas. Es decir, están en un bar español como Dios manda. Salvo porque este bar, La Reserva, en plena calle Fuencarral, es lo más parecido a un museo no oficial del Atlético de Madrid que existe. Bufandas, banderas, pósters amarillentos del Diario As con alineaciones posando, fotos con jugadores y hasta un par de camisetas firmadas por todo el equipo. El fruto de toda una vida recopilando tesoros.

El camarero deja en la mesa el pedido.

—Una hamburguesa Triplete, una Sopa Simeone y dos cañas.

—Gracias, Andrés.

—A mandar, Cosme. —El camarero se marcha.

David no podría estar más encantado con la decoración del local.

—Este sitio es genial. ¿Cómo supiste que yo era colchonero?

—Por mis dotes detectivescas. Y por el escudo rojiblanco colgando en el retrovisor de tu coche.

—Sí, esa es una buena pista.

David empieza a comer su gran hamburguesa a bocados. Deliciosa y pringosa, deja escapar *la churre* por debajo. Como deben hacer las hamburguesas de verdad.

Cosme le observa en silencio, dando lentas vueltas con la cuchara a su sopa humeante. Después de unos segundos, le suelta a David algo que lleva tiempo macerando.

—Hijo, ¿puedo preguntarte algo personal?

—Claro —dice David, aún masticando lo que no se escapa por abajo.

—¿Por qué decidiste hacerte policía?

—¿A qué viene eso? —David se tensa. Daría lo que fuera por no tener las manos llenas de salsa de tomate en ese momento, sabe que hay más en esa pregunta de lo que parece.

—Verás... Los recién llegados ven asesinatos por todas partes, todos tienen ansia de un gran caso. Como los de las películas. Pero tú pareces dispuesto a creer siempre que el mundo es más sencillo de lo que es. Me parece loable, teniendo en cuenta lo que les pasó a tus padres.

—¿Lo sabes?

—El departamento me obliga a leerme el historial de todos los nuevos. —Cosme se da cuenta de la incomodidad de David—. Mira, me jubilo, así que no voy a ser tu compañero mucho tiempo. Puedes ser sincero conmigo, si quieres.

David no contesta inmediatamente. No está acostumbrado a este nivel de sinceridad con nadie y a cualquier otro le hubiera mandado a la mierda. Pero por alguna razón, con Cosme no le cuesta hablar. Con él puede relajarse.

—Todo el mundo piensa que como mataron a mis padres siendo un crío, me hice policía por algo romántico, como la venganza o la justicia. En realidad me hice policía porque era lo que todo el mundo esperaba de mí. Porque era lo correcto, supongo. Parecía que querer hacer cualquier otra cosa estuviera mal. No quería decepcionar a nadie. Sé que dicho en voz alta suena estúpido pero...

—No lo es. Te diré una cosa: los mejores policías son, precisamente, los que tienen ese «estúpido» sentido del deber. Los que buscan justicia o venganza acaban frustrados o muertos.

Cosme empieza a comer su sopa ahora. Como si ya hubiera solucionado todos los asuntos pendientes y pudiera, por fin, continuar con las banalidades. David intenta comprender qué acaba de pasar.

—Un momento, ¿todo esto es solo para decirme que lo que hemos visto es un homicidio?

—Te lo diré así, hijo, si eso no era un homicidio yo soy la duquesa de Alba. —Cosme llama al camarero—. Andrés, ¡la cuenta, por favor!

Un papel sale de una impresora, haciendo ese ruido tan molesto como de rebuzno de burro constante. En el papel hay sesenta y dos sustancias anabolizantes en orden

alfabético, desde el Androsteneidol al Zilpaterol.

Cosme y David entran en la sala de autopsias. Hace más bien frío, debido a que una de las paredes está llena de cajones frigoríficos para cadáveres. En el centro hay una mesa metálica con una gran bolsa hermética, en su interior se intuye un cuerpo enorme. Al otro lado de la sala hay varios ordenadores y la impresora que ha escupido el papel.

Frente a una de las pantallas, está tecleando el forense de la comisaría, el doctor Bruguera. Un hombre de cuarenta y tantos, calvo, con cejas pobladas y constitución fuerte. Al ver a Cosme, se levanta y va a su encuentro.

—¡Cosme! Viejo callastrón, ya pensaba que te habías ido a la francesa. Me dijeron que esta era tu última semana... —Bruguera le da un gran abrazo.

—Bueno, eso no está tan claro.

—¿No? ¿Cuánto te queda entonces?

—No lo sé, tengo que hablarlo con la comisaria Norma —cambia de tema, rápido—. Mira, te presento al inspector Valentín, se encargará del caso cuando yo no esté. —Bruguera examina a David, calibrándole.

—Hm... el que se revolcó en el suelo con una de las víctimas del apuñalamiento del lunes.

—El mismo —reconoce David.

Ambos se dan la mano, mirándose fijamente a los ojos.

—Espero que no intentes follarte a este también.

—No, los cachas no son mi tipo.

—¡Ja! Me gusta este chico.

Bueno, si esto era una prueba, la he pasado, piensa David.

—¿Qué nos cuentas del culturista? —pregunta Cosme, reconduciendo.

—¡De todo! Os cuento de todo.

Bruguera va hacia la mesa con el cuerpo, Cosme y David le siguen. Bruguera abre un bote y se unta una crema bajo los dos orificios de la nariz y se la pasa a ellos, para que hagan lo mismo. Como diría Jorge Elías: *El silencio de los corderos hizo mucho daño.*

—Poneos esto debajo de la nariz. Es mentol. El cuerpo es tan grande que no entra en las neveras y ya empieza a oler que alimenta.

Bruguera abre la bolsa y descubre el cuerpo desnudo del «culturista» con una cicatriz en forma de «Y» recorriendo todo el pecho. Le han abierto entero y le han vuelto a coser.

—*Suputamadre.* —A pesar de la crema, el olor impacta a David.

—La víctima tomaba anabolizantes y todo un catálogo de sustancias para aumentar su masa muscular hasta lo obscuro, tengo aquí el listado, si os interesa. —Coge el folio

que salió antes de la impresora y se lo da a David—. Las estrías que tiene por todo el cuerpo indican que su crecimiento muscular fue a un ritmo que su piel no pudo seguir. Más cosas...

—¿Causa de la muerte? —interrumpe Cosme.

—Compresión de la tráquea por impacto. Sus bíceps explotaron y por eso soltó las pesas. ¿Por dónde iba...? Sí. Tiene desgarros musculares internos que indican un esfuerzo físico extremo y prolongado. Parece que alguien quería poner a prueba los límites de la resistencia humana, este hombre ha hecho ejercicio sin descanso durante mucho tiempo.

—¿Sabemos ya su identidad? —se interesa David.

—Eso es lo más extraño de todo. —Bruguera se lanza sobre su silla, frente a la pantalla más grande de ordenador y les muestra unas imágenes—. Esta es la víctima hace un año: Balbino Blázquez, daba clases de Física en la Complutense y colaboraba con Bruselas en el programa Europeo de Energía Inteligente. Se denunció su desaparición hace doce meses.

David observa las fotos, incrédulo. El tal Balbino Blázquez es un hombre muy delgado, con gafas de culo de vaso, más parecido a Woody Allen que a Schwarzenegger. Nada que ver con la masa de músculos inerte en la camilla.

—Era un tirillas... —se fija— y su color de piel era normal.

—Eso también se las trae. Al principio pensé que el color gris era debido a una peritonitis, o a la falta de exposición a la luz solar por el confinamiento, pero he descubierto pigmentos subcutáneos, así que es algo hecho a propósito.

—El asesino le quería gris, por alguna razón —dice Cosme, asimilando la información.

En ese momento entra en el laboratorio Patricia, una mujer policía muy joven, de veintimuchos. Poquita cosa y con el pelo recogido en una coleta que deja escapar un flequillo estudiado. Morena. Orejas élficas. Mira a David un instante, sorprendida y tímida, y luego se dirige a Cosme.

—Hola. Cosme... —corrige— eh... inspector Galiardo, la comisaria Norma quiere verle a usted y al inspector Valentín en su despacho.

—Gracias, Patri.

La comisaria Norma Celiméndiz es uno de los cachorros que Cosme protegió. Hace mucho tiempo. Ella era ambiciosa, no tenía problemas con el hecho de ascender y llegó alto. Y eso solo hizo sentir más orgulloso a Cosme Galiardo. Cuando la ve, tan seria,

sentada tras su mesa de despacho, como un comisario de una película antigua, esos que decían con un puro en la boca cosas como «¡entrégume su placa y su arma!», Cosme recuerda a aquella chica de voz casi inaudible por los nervios que conoció hace veinticinco años. La que pedía perdón incluso cuando chocaban los demás con ella. Hoy habla bien alto y no se disculpa ante nadie.

—Sentaos.

Cosme y David obedecen.

—¿Qué tal tu primera semana en Madrid, muchacho?

—Movidita —responde «el nuevo».

—Ya. Pues no va a mejorar. Los de arriba se ponen nerviosos cuando matan a alguien relacionado con las instituciones europeas. Europol nos está preguntando qué coño pasa, así que dadme una historia que les pueda contar para que se callen.

—Aún es pronto, acabamos de recibir los resultados de la autopsia y... —La comisaria interrumpe a David.

—Cosme, por favor.

—Alguien secuestró a Blázquez hace más o menos un año. Le infló con todas las cosas que se han inventado para convertirse en una masa de músculos y le obligó a hacer ejercicio hasta morir. Convirtió a alguien que pesaba setenta kilos, en una bestia de ciento veinte. Y además le tintó la piel de gris. No tengo ni idea de qué significa este cóctel de torturas, pero son muchas molestias como para no significar nada.

—¿Qué insinúas?

—Lo elaborado del asesinato y la ausencia de móvil, me llevan a pensar que esto es solo el principio, Norma.

—¿Como un asesino en serie? Joder, Cosme, a tu edad no pensé que me vinieras con estas. De momento solo hay una víctima, si pasa algo más, nos ocuparemos. Pero a ti debería darte igual, que ya estarás en casita.

—A ese respecto... me gustaría volver a pedirle que considerara revocar mi jubilación.

—Cosme, no lo hagas más difícil...

—O por lo menos retrasarla. Solo unas semanas, hasta encaminar este caso.

—Ya te he dicho muchas veces que la respuesta es NO. Los del ministerio nos crujirían.

David no puede creerse lo que está oyendo, mira a Cosme.

—No lo entiendo... Pensé que la jubilación la habías solicitado tú. —Se vuelve hacia la comisaria—. ¿Le están obligando a retirarse? Esta comisaría no puede permitirse prescindir de Cosme Galiardo. A mí me iría muy bien la ayuda de alguien con su

experiencia.

—No lo dudo, pero no está abierto a debate. Nos han vuelto a recortar el presupuesto, así que si quieres seguir aquí, más vale que te acostumbres a trabajar solo. Y tú, Cosme, lo siento, pero recogerás tus cosas el viernes, como estaba previsto. ¿Queda claro?

Ninguno parece conforme, pero aceptan.

—Sí, señora —responde Cosme. David asiente en silencio.

—¡A cenar!

Cosme, con un delantal rosa, sostiene una bandeja llena de fritos (calamares y croquetas para más señas). Jorge Elías se sienta a la mesa tras «robar» una fritura de la bandeja.

—¡Croquetas! Tú sí que entiendes la dieta mediterránea, papá.

—Se hace lo que se puede.

Jorge enciende la tele. Pone un canal de dibujos animados. Están dando un capítulo de *Los Simpson* que solo han repuesto quinientas ochenta y cuatro veces. Debe de ser reciente. Cosme mira la tele con desagrado. Preferiría dejar puesto el teletexto a esa tontería. En fin, *es una batalla perdida*, Cosme sirve la comida y se sienta a la mesa también. A Jorge le pone en el plato el doble de comida que a sí mismo, existe ese acuerdo tácito entre ellos. Jorge empieza a engullir.

—Oye, papá, ¿has entrado esta noche en mi habitación?

—Ah, sí. Entré al armario de Javi, a por un traje para un compañero que tuvo un percance con el suyo.

—¿Qué compañero? —dice Jorge con la boca llena.

—No le conoces, es el chico nuevo.

—Ah... ¿Qué tal es?

—Está un poco verde, pero me gusta. Es responsable, formal, respetuoso... y se hizo policía para honrar a su familia. —Se mete una croqueta en la boca—. Hasta es del Atleti.

Jorge escucha la descripción como si cada adjetivo fuera una crítica hacia él, un alfiler que Cosme clava en su muñeco de vudú.

—Se hubiera llevado bien con Javier, entonces.

—Más bien hubieran intentado matarse. Son demasiado parecidos para haber congeniado. —Cosme no ha captado el sarcasmo de su hijo. O sí. Hay un silencio incómodo. Entonces, Cosme recuerda algo—. Oh, casi se me olvida, tengo un nuevo

cromo para tu «Álbum de las maravillas» o como lo llames. —Se busca la cartera y saca de ella una fotografía que le da a Jorge. Este la observa, admirado.

—Hostia, qué bueno...

Se trata de una foto del «culturista» tal y como lo encontró con David, sobre el banco de pesas, congelado en pleno ejercicio mortal.

—Te lo he traído porque sería clavado a La Masa si fuera verde y no gris.

—No, no, casi mejor, porque Hulk en su primer cómic era gris. —Jorge está entusiasmado, se limpia los dedos de grasa con el rollo de papel de cocina que hay sobre la mesa y se levanta. Busca algo en el mueble de la tele, en un estante lleno de libros muy actuales, por ejemplo una Enciclopedia Larousse de 1995 compuesta de diez tomos más dos anexos.

Cosme aprovecha que su hijo está ocupado para cambiar de canal en la tele. Busca hasta encontrar el fútbol. Su hijo sigue hablando.

—Era una movida que pasaba mucho en los años sesenta, que el colorista se hacía la picha un lío y coloreaba al tuntún. O Stan Lee cambiaba de opinión de un número para otro, que no era raro. Como con Iron Man, que también en su primer número, el *Tales of Suspense* 39, su traje era gris y en el siguiente era dorado, un sindiós.

—Muy interesante. —Cosme no disimula su desinterés por la cháchara, hace tiempo que ha dejado de escuchar a su hijo y se ha concentrado en el partido de fútbol, juega su Atleti. Sube un poco el volumen y se abre una lata de cerveza para celebrar su pequeña conquista televisiva.

—Aquí está. —Jorge encuentra el álbum. Coge un boli Bic y una barra de pegamento Pritt de un bote de lápices y se sienta de nuevo a la mesa.

Las páginas del álbum están llenas de recortes de prensa sobre «personas especiales» y fotos extravagantes, al lado de cada una, hay notas a boli, bautizando a las «maravillas». Son anotaciones como «Mr. Terrific / Mr. Fantastic» al lado de la noticia de «El hombre más listo del mundo», o «príncipe de Atlantis» junto a la noticia de un niño que ha nacido en Uruguay con una malformación que parecen branquias. Yo tampoco entiendo nada, si os sirve de consuelo.

Jorge pega la foto del culturista, como si fuera el último cromo que le faltara. Después le quita la tapa al bolígrafo y mira su nueva adquisición antes de escribir nada.

—Madre mía, está como un armario el tío, no sé si apuntarlo como «Hulk» o como «He-Man»...

Suspense

Dicen que Gran Vía es el alma de Madrid. Y tienen razón. Lo que no dicen es que Madrid hace mucho que vendió su alma al mejor postor. El alma es algo intangible que nos hace ser quienes somos, proyectando nuestra vida al mundo. Como la luz de un cinematógrafo proyecta los fotogramas en una pantalla de cine. Sin alma no somos nada. Si apagas el proyector, solo hay una pantalla vacía. Y en Gran Vía se han apagado demasiadas almas. El cine Azul, el Pompeya, el Imperial, los cines Avenida, el Rex... Hoy, tiendas Primark.

De los antiguos cines solo quedan sus estructuras. Ya nunca se apagan las luces en sus salas, en las tiendas que los sustituyen siempre es de día. Nunca hay silencio, ni risas, ni lágrimas. Solo hay clientes. Montones. Como un millón de parásitos viviendo en el esqueleto de una ballena muerta. Imaginad que dentro de cien años las iglesias fueran derruidas por dentro para hacer puticlubs, de modo que el ojo experto siguiera pudiendo identificar la arquitectura del templo. *Abí, donde esa fulana le come el culo a esa negra, es donde estaba el sagrario, y en esa esquina donde hacen fist-fucking es donde estaba la pila bautismal, la gente también metía los dedos dentro y se los llevaba a la cara, pero era algo distinto.* La palabra que buscáis en vuestras cabezas es «sacrilegio».

No os equivoquéis, Gran Vía es maravillosa. Las luces, la vida, los musicales de los putos 40 Principales. Todo tan fantástico como impostado, como si en vez de la arteria principal de una ciudad fuera la atracción de un parque temático sobre la arteria principal de una ciudad. Una actriz demasiado operada para creértela haciendo su papel. Nicole Kidman. Meg Ryan. La que hacía de Bridget Jones. Gran Vía, eres preciosa, pero me gustabas más antes de pasar por el quirófano. Con unos kilos de más y tus labios naturales, eras irresistible.

En la acera del Capitol, pasado el cadáver del cine Rex, hay una juguetería con muñecas de porcelana en el escaparate. Dentro de ella, dos niños se pelean, jugando. Uno lleva un escudo con una estrella en medio, y el otro, guantes con tres garras de plástico.

—¡Te doy una paliza con mi escudo!

—Pues yo lo rompo con mis garras.

—No puedes, mi escudo es indestructible.

—Da igual, Lobežno gana siempre, ¿sabes por qué? ¡Porque Lobežno se carga a sus enemigos! ¡Les raja hasta matarlos!

Su madre está en el mostrador, pagando los regalos, que los niños se llevan puestos, y sufriendo porque el dependiente de la juguetería cuenta los billetes con parsimonia.

El «Capitán América» y «Lobežno» aprovechan el despiste de la figura autoritaria a su cargo para salir corriendo y continuar el combate en la calle. Lobežno lanza zarpazos al Capi, haciendo el ruido de las garras cortando el viento, y el del chocar contra el escudo. *El mutante* lanza un golpe mortal, pero *el vengador* finta y las garras acaban impactando en un hombre con un traje elegante que andaba con prisa por la acera. Si las garras fueran de *adamantium*, David tendría un problema.

—¡Perdone! —La madre sale apurada de la juguetería—. Les he perdido de vista un segundo y...

—No se preocupe —dice David, intentando no sonar todo lo molesto que está con *el niño de los cojones*.

La madre sigue disculpándose, pero David no se detiene hasta entrar en un portal cercano, custodiado por varios policías, a los que saluda como un trámite.

Un piso de lujo. Parquet acuchillado. Pasillos anchos. Luminoso. Ventanas grandes, cortinas blancas. Jacuzzi en el baño. Y una amplia colección de armas de todas las épocas llenando las paredes y vitrinas. Espadas, hachas, escudos, pistolas... parece la exposición de un museo. David reconoce algunas armas de fuego: una Smith & Wesson M29, una Walther PPK lacada en negro y con silenciador... Con tiempo reconocería más (es todo un experto), pero no quiere detenerse, hay un ruido infernal en el pasillo y mucho ajeteo por el trasiego de policías recogiendo pruebas, precintando y sacando fotos a todo.

David llega al salón. En medio de la estancia hay dos policías científicos con guantes de látex y mascarillas, estudiando algo que hay sobre una camilla. David se acerca.

—Pedí que no se moviera el cuerpo hasta que llegara —se queja David, que ya entra cruzado.

—La camilla es parte del escenario, inspector.

—Joder. ¿Qué es esto? —Observa el cadáver—. Ni siquiera sé qué estoy viendo. ¿Qué lleva puesto?

—Una armadura, señor —contesta uno de los policías científicos.

—La víctima vendía «armas de colección» por internet... Creemos que eso incluye armaduras y cosas así —añade el otro.

—Ya. Pues tenía un cliente insatisfecho de cojones. ¿Tenéis algo para mí?

—Solo un par de recortes de revista pegados a la nuca de la víctima.

El policía se los muestra dentro de una bolsita de plástico transparente. Se trata de dos trozos de papel con colores chillones. David los estudia un segundo y pide que los manden a analizar.

El científico con la bolsa de pruebas se marcha atravesando el jolgorio de los demás policías, que están por el resto del piso, hablando demasiado alto y demasiado alegres, dadas las circunstancias. En las manos de los agentes, un par de vasos con hielo y un líquido ámbar, hacen sospechar a David que han robado whisky del minibar del muerto. Pero no... *eso sería demasiado*. No debe pensar en eso. Tiene que centrarse en lo que hay en la camilla.

—¿Algo más? —pregunta al policía científico que queda.

—El corazón está en una nevera frigorífica y parece que, quien fuera, siguió rigurosamente el protocolo de una operación de trasplante de órganos.

—Demasiada parafernalia para no significar nada... —murmura para sí, el joven inspector.

—Si me permite... El autor puso más esfuerzo en mantenerle con vida que en matarle, yo apuesto por una intervención quirúrgica consentida, el año pasado encontraron un quirófano clandestino en Lavapiés donde un médico marroquí cosía los navajazos con loctite.

David mira con absoluto desprecio al policía, su frustración es casi palpable.

—Cierra la boca, joder. Nadie te ha preguntado. Esto es un asesinato. Y no es el primero.

—Voy... voy a ver si ya ha llegado el juez —contesta cortado el policía.

—Sí, gracias. Y cierra la puerta si puedes, por favor —dice David, más suave. Consciente de que se ha pasado. No está cabreado con el policía científico, que se marcha avergonzado. Lo está consigo mismo. Tiene ganas de darse cabezazos contra la pared.

Al cerrar la puerta, David se aísla un poco del bullicio del piso, por fin. Se queda solo con el cadáver, una soledad abrumadora, y observa la escena.

Parece una operación macabra. La víctima está sobre la camilla, con las piernas juntas y los brazos abiertos, como crucificado. Lleva casco, brazos y perneras de una armadura medieval. En su pecho hay un agujero negro. Un hueco donde debería estar su corazón. Diversos cables y tubos conectan ese vacío en su pecho a una máquina cercana.

Una máquina con fuelles en los que hay sangre coagulada que en algún momento bombearon.

Empequeñecido por el horror que le rodea, David empieza a ser consciente de la magnitud de a lo que se enfrenta.

En la comisaría, Patricia recorre una oficina llena de mesas separadas unas de otras como las de las teleoperadoras de un *call center*: insuficientemente. Se pasea por el pasillo central, con policías a un lado y a otro, la gran mayoría hombres. Es el paraíso de la testosterona y los machos alfa, y sin embargo, pasa desapercibida.

El uniforme de policía que lleva es de todo menos favorecedor. Y no es un problema del uniforme. A Concha le sienta de maravilla. Y a Pilar. Pero ellas llevan el uniforme bien prieto o como mínimo de su talla. Empezaron a usar tangas porque se adivinaba el contorno de sus bragas. Pero Patri parece haber cogido el uniforme de su hermana mayor. El pantalón le hace «culo pañal», y su camisa le queda tan poco ajustada que es imposible adivinar el tamaño de sus senos, mucho menos si lleva sujetador o no. La clase de cosas que preocupan y mucho a los hombres de este piso.

Hasta la gorra que lleva le viene grande, quedando un poco ladeada sobre su cabeza, como la de un repartidor de prensa de los años treinta. Solo sus ojos no pasan desapercibidos en un conjunto pensado para no destacar. Jorge Elías dijo una vez de ellos que *son tan grandes que no desaparecen ni cuando se apagan las luces, como los de los dibujos animados*. Esos ojos ven la puerta entreabierta del despacho del inspector Cosme Galiardo.

Patri lleva en sus manos un sobre que debe entregar urgentemente, pero no puede resistirse a entrar y saludar. Aún no se ha ido y ya echa de menos a Cosme.

Ahí está. Tras su escritorio, leyendo un periódico deportivo amarillento. Ya ha embalado sus cosas y las tiene ordenadas por cajas. Patri sonríe al verle tan pancho.

—Eres suficientemente buen detective como para haber averiguado que hay una fiesta sorpresa esperándote arriba.

Cosme deja el periódico sobre otro que tiene sobre la mesa.

—En el hipotético caso de que fuera tan buen detective, eso significaría que me estoy escondiendo deliberadamente y no pienso salir de mi despacho hasta que se marche todo el mundo.

Patri coge el periódico y lee la fecha: «4 de agosto de 1982».

—La prensa llega con mucho retraso a esta comisaría.

—Estos dos periódicos son de cuando nacieron mis hijos. Los he encontrado

recogiendo mis cosas.

—Vaya, a ver si al final vas a ser tan coleccionista como Jorge.

—Lo dudo.

Cosme tira los dos periódicos a la basura sin ninguna ceremonia. Patri se tira a por ellos y los rescata de la papelera, como si salvara un gato de un incendio.

—¿Qué haces? Seguro que Jorge quiere conservarlos.

—Tranquila. Jorge solo es sentimental si las personas están dibujadas en viñetas y hablan con bocadillos —se frota los ojos, cansado—. ¿Sabes si ha vuelto el inspector Valentín?

—Se marchó directamente a casa. —Entonces recuerda hacia dónde se dirigía cuando vio la puerta abierta y muestra a Cosme el sobre—. ¡Pero sus pruebas sí han llegado! Precisamente estaba llevándolas al laboratorio, antes de subir a la fiesta.

—¿Un caso interesante?

—¿Interesante? Resulta que hay un tío por ahí que arranca corazones, ya hablan del «heredero de Jack el Destripador». Tienen que esperar al informe de Bruguera para establecer la cronología, pero tenía metralla en el esternón y le mantuvieron vivo durante horas con una máquina de trasplantes. Es lo más emocionante que he visto desde que ingresé, un caso así ocurre una vez en la vida. Eh... —Se da cuenta de que ha metido la pata—. Aunque seguro que tú has visto cosas más gordas en tus tiempos... eh... —Agobiada, intenta cambiar de tema—. Oye, Jorge me ha dicho que le ayudarás en la tienda cuando te jubiles.

—Jorge siempre dice esa tontería pero yo allí no pinto nada. Mis conocimientos sobre tebeos se quedaron en *El Guerrero del Antifaz*. A estas alturas, yo solo soy experto en cosas viejas, como esos periódicos.

—Ya... —recuerda—. ¡Eh! Pues a lo mejor podrías echar un vistazo a algo que han encontrado en la escena del crimen... unos recortes de revistas antiguas que nadie sabe qué significan. —Saca del sobre una bolsa de plástico transparente y se la da a Cosme.

Cosme se pone las gafas y observa los recortes. En uno de ellos se lee «Suspense» y en el otro «39». «SUSPENSE 39». A Cosme le cambia el rostro.

—Esto no es de una revista.

Ya ha anochecido cuando Cosme regresa al barrio, barrio. Entra en la vivienda donde fue hallado muerto Balbino Blázquez, el culturista gris. La oscuridad es total, Cosme va iluminando con su linterna, linterna, de los chinos, chinos.

Cosme observa con detenimiento todo lo que hay en el «piso-gimnasio», imaginando un nuevo significado a los botes de anabolizantes, las revistas de culturismo y el vómito seco. Esta vez no busca pruebas dejadas sin querer por un asesino. Busca la respuesta a

un acertijo.

Arranca el papel pintado de la pared, mira detrás de una máquina para hacer hombro... y entonces repara en el banco de pesas sobre el que apareció el cadáver. No se había dado cuenta hasta ahora, pero hay cierta teatralidad en su disposición en la sala. Está en un lugar presidencial, como un púlpito o un estrado.

Se agacha e ilumina con la linterna debajo del banco, ve algo. Un papel pegado con celo en el contrachapado, no mayor que un *post-it*. En una mirada fugaz parece la etiqueta o una pegatina del fabricante. Pero no lo es.

Cosme arranca el papel y lo ilumina con la linterna. En él están escritas a boli las palabras «SECRET ORIGINS». Al leerlo, Cosme Galiardo siente un escalofrío que pocas veces ha sentido. Una mezcla de miedo, curiosidad y emoción. *Debe haber algo más, piensa. Nadie explica las reglas del juego sin repartir luego las cartas.* Arranca el tapizado del banco y descubre una bolsa *free acid*, las que se usan para conservar los cómics. Las ha visto por casa cientos de veces en manos de Jorge, acompañadas de un discurso sobre los ácaros, el papel no satinado y *blablablá*. Cosme saca la bolsa con ceremonia. Hay dos recortes en su interior.

Lo que lee en ellos hace incorporarse al inspector, sacar el móvil y marcar. Jorge Elías responde.

—¿Qué pasa, papá? ¿Qué tal la fiesta?

—Bien. Oye, una cosa...

—¿Hay tarta? Seguro que hay tarta. Tráeme un trozo si queda.

—Escúchame Jorge, dime el nombre de la colección donde hizo su primera aparición La Masa.

—Eh... *The Incredible Hulk 1*, ¿por?

Cosme comprueba de nuevo, aunque no le hace falta, los dos recortes que tiene en su mano. «Incredible» y «1». *Maldita sea, «INCREDIBLE 1».*

—Papá, si estás en un concurso y esto es el comodín de la llamada, vamos a medias —bromea Jorge.

Cosme baja el teléfono, consternado por el descubrimiento. Su hijo sigue a su bola, al otro lado de la línea.

—No bebas mucho, que tienes el coche. Y no olvides la tarta. Dile a Patri que te deje un *tupper*, que tendrá por ahí alguno. ¿Papá?

Al día siguiente, en el despacho de la comisaria, Cosme expone lo que ha descubierto. Norma le escucha sentada tras su mesa, con semblante serio. David está en una silla al

lado de Cosme, visiblemente incómodo, y él está de pie, mostrando a la comisaria fotografías del primer crimen y páginas de un cómic.

—En el primer crimen, el asesino recreó un tebeo de La Masa, convirtiendo a un científico delgado en un saco de músculos gris, como ocurría en *The Incredible Hulk* 1.

Cosme muestra ahora fotografías del segundo crimen y páginas de otro cómic.

—Y en el segundo recreó un tebeo de Iron Man, convirtiendo a un fabricante de armas en un hombre con armadura que necesita una máquina para que su corazón siga funcionando, como ocurría en *Tales of Suspense* 39.

La comisaria le interrumpe.

—A ver, antes de nada, no sé cómo, pero la información se ha filtrado a la prensa y los abogados de las editoriales han mandado un burofax, diciendo que como se nos ocurra relacionar estos asesinatos con sus marcas registradas nos despellejarán. Ni siquiera sé quiénes son esos Marvel y DC, pero lo último que necesita el departamento es pagar otra indemnización millonaria, así que buscaos las vueltas para no decir nunca nombres con copyright fuera de este despacho.

—Sí, comisaria.

—Y otra cosa: no hay agentes en la comisaría que hayan leído un cuento desde que tenían doce años. David, crea un equipo de documentación y que se pongan a leer estas historietas, necesitamos saber quién es y qué quiere este cabrón.

David asiente, sin convicción.

—Norma, ¿puedo decir algo? —interviene Cosme.

—Si no tiene que ver con seguir trabajando aquí, sí.

—No hubiéramos descubierto nada de todo esto si no fuera por la ayuda de un asesor externo. Un hombre experto en el tema que nos ocupa. Sin él seguiríamos dando palos de ciego.

—¿Qué propones?

—Si yo no puedo continuar, al menos deje a mi asesor seguir colaborando en el caso.

—¿Nos va a costar dinero?

—No, comisaria, lo haría como un favor personal.

—Pues entonces no hay problema.

—Si me permite... está esperando fuera. ¿Le hago pasar?

La comisaria le hace un gesto de «adelante» y Cosme abre la puerta del despacho. Pilla a Jorge Elías llenándose los bolsillos con los caramelos que ponen para cuando viene algún niño de visita.

—¡Deja eso y ven aquí! No se te puede sacar de casa. —Cosme intenta susurrar, pero

es de esos «susurros gritados de padre» que se oyen al mismo volumen que cuando hablan normal o un poco más alto incluso.

Jorge Elías entra en el despacho, saludando tímido.

—Buenas...

—Comisaria Norma, este es mi hijo, Jorge Elías.

—No sabía que tuvieras otro hijo —dice sorprendida.

—Es que me tiene encerrado en el sótano, como a Sloth —bromea Jorge.

—¿Qué?

—No se preocupe, dice cosas así todo el tiempo, pero será de mucha ayuda en esta investigación, créame —dice Cosme, con ganas de dar una colleja a su hijo.

—¿Cuál es tu teoría, muchacho?

—Pues... —Jorge mira a su padre, buscando su aprobación, Cosme le dice que sí con la cabeza. Jorge se lanza, entusiasmado—. En la primera nota, el asesino escribió «Secret Origins». «Orígenes secretos» es como se llama en el mundillo a las génesis de los superhéroes, a cómo se convirtieron en lo que son. Yo estudié Filosofía, no Criminología, pero, vamos, por el *modus operandi*, la cosa está clara: estamos ante un asesino que recrea el origen de los superhéroes, vete tú a saber por qué.

—Su conocimiento del medio puede ayudar a adelantarnos a los próximos crímenes —se apresura a decir Cosme.

—No hace falta que me convenzas Cosme, ya he dicho que sí.

—¿Podré llevar placa?

—Te daremos un pase especial con tu nombre y acompañarás al inspector Valentín en lo que dure esta investigación.

—Vale, sí... ¿Pero a mis clientes puedo decirles que llevo placa, no?

David, que no ha abierto la boca en toda la reunión, estalla ante tanta tontería.

—Comisaria, no puede hablar en serio, no tengo tiempo de hacer de niñera, todo esto de los orígenes secretos es solo la excusa de un psicópata para matar de forma creativa, a lo mejor el siguiente crimen se basa en una canción de Bustamante.

Norma zanja el asunto rápidamente.

—¿No dijiste que te vendría bien la ayuda de alguien con experiencia? Pues ya la tienes, úsala.

David mira a Jorge Elías, que le sonrío tontamente feliz.

Otro planeta

David está en la barra de La Reserva, el bar que le descubrió Cosme. A su lado, un cliente se está comiendo un «Mono Burgos» que es una bomba calórica que consiste en un bocata de calamares con morcilla. Un sabor inédito que no puedo ni imaginar. Pero por cómo se lo mete *pa'l cuerpo* el paisano, debe de estar bueno.

En la televisión están retransmitiendo el sorteo de Champions. Al Atleti le toca un equipo difícil, el Manchester United. Un ruidoso grupo de jóvenes lo lamentan y arman barullo por ello.

David no habla con nadie, rodeado de gente, y terriblemente solo. Parece hastiado. Se acaba su cerveza, como un trámite.

—Cóbrame dos botellines.

David conduce un cascarro antiguo con un retrovisor atado con cinta aislante. En el espejo interior hay colgando un escudo de tela del Atleti, muy hortera, y pegado al salpicadero, un imán de la Virgen del Pilar. No debió venir en coche, con lo cerca que estaba. Después de cuarenta minutos dando vueltas por los alrededores de Callao, David lo mete en el parking de Mostenses, con todo el dolor de su corazón, pues sospecha que cuesta un ojo de la cara. Sube al primer piso del parking y se encuentra a gente haciendo cola para entrar en un karaoke. *Un karaoke*. Dentro del parking. Karaoke. Parking. Karaoking. Estas son las cosas que hacen que ames u odies Madrid con todas tus fuerzas.

David cruza San Bernardo y atraviesa el barrio de las tiendas de cómics: Atlántica, Generación-X, Elektra, Metrópolis, Madrid Cómics... todas distintas y todas igual de únicas, como comparar Narnia, Oz, Hogwarst, la Tierra Media y el País de las Maravillas.

En la plaza de la Luna, las putas de sesenta años ya hacen guardia frente a una comisaría (*mucho más moderna que la nuestra*, piensa David), pero es demasiado pronto para que haya chinos ofreciendo insistentemente latas de cerveza. Lástima, David está lo suficientemente nervioso como para haberles comprado una.

Un par de calles más allá, pasado el Teatro Lara, David llega a su destino. Se detiene

en el escaparate y lee el nombre de la tienda: Planeta K.

Pone su mano en la puerta de cristal. Duda unos instantes antes de empujarla, como si fuera una frontera que no quiere traspasar. Respira como debe hacerlo un boxeador antes de bajar la escalinata que lleva al ring.

Finalmente entra.

David pasa un arco de seguridad, se pregunta si de verdad funciona (*¿quién querría robar aquí?*) y entra en La Dimensión Desconocida.

La tienda es alargada y profunda. Está dividida en varias zonas; la primera, con el mostrador y novedades del mes, está llena de estanterías de cómics y expositores. Luego, una estancia lateral con los números atrasados y el *merchandising* más valioso (estatuas, bustos, sables láser, muñecos antiguos). Bajando un pequeño tramo de escaleras, está un pasillo con los libros de literatura fantástica, juegos de rol, tazas, camisetas y *action figures* modernas. Y aún hay una sala más, al fondo. David no se esperaba que fuera tan grande. Además, los techos son altos, dando a la tienda cierto empaque eclesiástico y sensación de amplitud, pese al *horror vacui* de artículos ofertados.

El aire huele a libro nuevo, a tebeo viejo, a PVC.

Ninguno de los clientes baja de los treinta años, observa. No, espera, hay un niño con su padre.

—Papá, me quiero ir a casa a jugar con la consola.

—Espera un poco, hijo, que papá tiene que comprar unas cosas.

Ya me extrañaba.

David inspecciona la tienda. En una pared hay enmarcado un ejemplar titulado *Superman vs. Muhammad Ali* con varias firmas estampadas en la portada. Por su lugar de honor en la tienda, está claro que es la joya de la corona.

David se acerca al expositor de novedades y hojea unos cómics, le impacta que el que ha cogido al azar es especialmente violento y el dibujo especialmente nefasto. Cuerpos enormes y cabezas muy pequeñas, con bocas llenas de dientes, como si los fueran a prohibir. Es de un tal Rob Liefeld.

David se interna más en la tienda. Antes de bajar las escaleras, descubre a un monstruoso Uruk Hai de *El Señor de los Anillos*, una estatua de dos metros de alto, y aspecto amenazante y realista. Mientras David contempla admirado la decoración, pasan a su lado dos frikis, discutiendo.

—Si lees con atención *Canción de Hielo y Fuego* 1 está claro que la madre de Jon Nieve es la hermana de Eddard Stark, y por tanto, es hijo de Rhaegar. Ned dice que es

su bastardo para que el Rey Robert no lo mate.

—No necesariamente, puede interpretarse que es hijo de Robert y Lyanna, y Ned dice que es su bastardo para que los Lannister no lo maten.

—En cualquier caso, por un lado o por otro, es el heredero legítimo del Trono de hierro.

—¡Ahí quería llegar!

Madre mía, piensa David. Hay tantas cosas que no entiende de esas frases, que perfectamente podría tratarse de otro idioma.

Todo en la tienda parece extraño e hipnótico: hay un Yoda y un E.T. a escala 1:1. En un gancho, cuelga un esqueleto humano vestido, por alguna razón, con una sudadera del Capitán América, y hay un maniquí blanco equipado como los espartanos de 300, con su casco, capa, taparrabos, muñequeras, sandalias, lanza y daga. Todo a la venta.

David se queda ensimismado, mirando un póster gigante de un tipo con barba y pelo largo. Una especie de Jesucristo motero. Debajo de la foto, hay una cita suya: «*Be the storyteller of your life*». Es un tal Alan Moore.

—¡Ya estoy! —Jorge Elías aparece de pronto, sobresaltando a David, que disimula el susto que se ha llevado.

—Joder.

—Perdona, esta mañana nos han presentado «de aquella manera». Soy Jorge Elías —ofrece a David su mano, sin éxito.

—Inspector Valentín.

—Guay. ¿Te puedo llamar «Val»?

—No.

—¿No? Pero mola mucho...

—¿Te gustaría que yo te llamara «Jor»?

—¡Sí! Llámame «Jor», por favor.

—No pienso hacerlo.

—Pero mola mucho...

—¡Deja de decir eso!

—De acuerdo, Val. —Jorge le ofrece a David una gran bolsa de plástico, con el logo de Planeta K, llena de cómics—. Mira, esto es para ti. Llevo todo el día dale que te pego, preparándote más «orígenes secretos» que puedan servirte.

David coge la bolsa. Pesa muchísimo.

—¿Has dejado algún cómic en las estanterías?

—¡Qué dices! Si te he hecho una criba brutal: he eliminado los orígenes que tienen que ver con la magia, como el del Doctor Extraño o el Doctor Fate; con dioses, como

Thor o Wonder Woman; con cambiar de tamaño, como El Hombre Hormiga, El Hombre Gigante, la Avispa o el Átomo... Vamos, que te he dejado los más probables.

David saca un cómic de la bolsa y mira el título.

—¿Linterna Verde es probable?

—Hombre, con un anillo verde y un poco de imaginación, ya lo tienes. Yo si matara «haciendo orígenes», empezaría por ahí.

Se oye barullo proveniente de la última sala al fondo. Risas y a una chica recriminando *que se callen y atiendan*.

—¿Qué pasa ahí?

—Esa es la sala multiusos, ahí los lunes se juega a Magic, los martes a Warhammer... Hoy toca curso de cosplay.

—¿Cosplay? —David está bastante seguro de que es la primera vez en su vida que oye esa palabra.

—Disfraces. Pueden ser de cualquier cosa friki, sobre todo anime. Tengo una amiga que enseña a los clientes a hacer patronos y cosas así, para confeccionar los trajes. Mira, vente para acá.

Jorge guía a David hasta la sala y ambos se asoman, disimuladamente.

—Ahí está.

Es una estancia con unas doce sillas plegables y una gran pizarra de tiza. Como una improvisada academia para dar clases particulares. En las sillas hay sentados cuatro chicos, ninguno muy agraciado, y una chica muy gorda. Mucho. Los alumnos tienen unas fotocopias grapadas, en las que se ven dibujos de telas con distintos pliegues, la lección del día es «Tipos de capas».

Delante de los «alumnos» hay una chica despampanante, vestida de colegiala japonesa con peluca rubia. Por el nombre que hay subrayado en la pizarra, se llama Sailor V. Por lo menos hoy.

—Como la mayoría tienen los dedos demasiado gordos para enhebrar una aguja, acaban encargándole a ella los disfraces y se saca una pasta —susurra Jorge (y él, como no es padre, cuando susurra habla más bajo que cuando habla normal, como dicta la norma).

La clase está terminando, Sailor V despide a los alumnos, que recogen sus cosas y se marchan.

—El Salón del Manga es dentro de tres semanas, el que quiera algo chulo para ir, que me lo pida el próximo día. Que nos conocemos y luego me venís llorando a última hora...

Jorge se da cuenta de que David se ha quedado embobado mirando a Sailor V. No le

sorprende, en sus clases siempre hay un par de chicos que solo vienen a babear. Es difícil ser heterosexual y no caer rendido ante esa energía de color y alegría que desprende. Decide darle un consejo gratis.

—No pierdas el tiempo, no tienes ninguna oportunidad.

—¿Tiene novio?

—Peor, es inteligente. Así que no va a dejar que la toques ni con un palo.

—A lo mejor tú estás acostumbrado al rechazo, pero yo soy policía. Eso las vuelve locas.

Jorge esboza una sonrisa traviesa.

—Joder... cojonudo, entonces me meto la lengua en el culo. Adelante, Fénix, a ver si te llevas a la chica en este capítulo del Equipo A.

—¿Ahora?

—Claro. A un James Bond como tú no debería costarle nada conseguir por lo menos que te dé el teléfono.

—No tengo tiempo para esto —intenta zanjar el inspector.

—Si lo consigues, le diré a la comisaria que renuncio, y dejaré de molestarte. Pero si la cagas, tendrás que aceptar mi ayuda y podré llamarte como quiera. —El tono retador es más que evidente.

David mira a la chica. Y mira a Jorge. La tentación de librarse del gordo es muy fuerte.

—Muy bien. Presta atención.

David deja la bolsa en el suelo y se dirige hacia la sexy profesora. Los alumnos, que estaban saliendo del «aula», se quedan junto a Jorge Elías en el marco de la puerta para ver el espectáculo. No todos los días se ve un cortejo en Planeta K.

Sailor V está de espaldas, borrando la pizarra. Al ponerse de puntillas para borrar la parte de arriba, se le ve un poco la ropa interior. David tose, para que se percate de su presencia.

—No sabía que hubiera colegialas japonesas rubias. Ella contesta sin volverse, con tonillo de profe.

—No soy una colegiala, soy Sailor V, ¿es que no has prestado atención en... —Se da la vuelta y le cambia la cara cuando ve a David—. Ey, hola...

—Hola. No estoy apuntado a tu clase, y sé que esto suena raro, pero necesito tu número de teléfono. Es un asunto de vida o muerte.

—¿Estás ligando conmigo?

—Un poco.

—Pero no sabes quién soy.

—Sé que eres preciosa.

—Ya. ¿Y vienes mucho a pillar a las tiendas de cómics?

—No. Estoy investigando un caso de asesinato, soy policía.

—Impresionante. Apuesto a que cuando las chicas oyen eso se les caen las bragas al suelo.

—No es para tanto. Es un trabajo peligroso, pero alguien debe hacerlo.

—Claro que sí. ¿Y por qué no ligas en tu comisaría? Seguro que allí hay un montón de tías más de tu rollo.

—No hay ninguna como tú.

—¿No? ¿Cómo son?

—Pues... a algunas habría que pedirles un certificado médico para asegurarse de que son mujeres. Ya me entiendes.

—Son unos trolls, ¿no?

—Y mean de pie. Pero no hablemos más mí, dime, ¿qué haces cuando no...? Ya sabes...

—¿Cuando no voy vestida de puta? Soy policía. Trabajamos en la misma comisaría. Nos hemos visto como quince veces esta semana. El martes comimos en la misma mesa del comedor.

Sailor V se quita la peluca. Tiene el pelo mucho más corto y moreno.

—¿Qué? Eh... espera, eres... ¿Pilar?

—PATRICIA.

—No... no te había reconocido.

—No me digas. No me había dado cuenta.

—Bueno, no dejemos que este malentendido nos joda la noche. Aún puedes darme tu teléfono y empezar esta conversación de cero, en un bar.

—De acuerdo... Te hago una perdida y lo apuntas.

David suspira aliviado, aún puede salvar los muebles. Patri se busca el teléfono en el traje, pero lo que saca es su mano haciendo una peineta en la cara de David.

—Ay, no es mi móvil, es mi dedo. Pero no te preocupes, tengo aquí mi tarjeta, en ella vienen todos mis datos.

Sin bajar la primera mano de la cara de David, Patri se busca la tarjeta en el lado contrario, pero lo que saca es su mano haciendo otro *fuck you*.

—¡Vaya! Otro dedo. Pues ya si eso te lo doy mañana en la comisaría.

Patricia se marcha, entre los aplausos de su auditorio, dejando a David derrotado.

—Cojonudo —dice para sí el Don Juan frustrado.

David tiene que salir por donde ha entrado. Allí están esperándole Jorge y los cinco

clientes, riéndose.

—Está claro que, a algunas, les sienta mejor un uniforme que otro —dice Jorge, descojonándose.

Las carcajadas de los frikis siguen. Y David no lleva bien lo de ser un bufón.

—¡Vamos cerrando la boca, a ver si voy a tener que hacer un remolino de hostias! Que yo estoy aquí investigando un asesinato, no soy un fracasado como vosotros, no os confundáis.

—No te confundas tú. —Jorge va señalando a sus clientes—. Felipe es dentista, Toño tiene una farmacia en Atocha, Isabel es juez, Pepe es registrador de la propiedad, y este... —Se fija en el quinto—. No sé quién es porque nunca compra nada.

—Me lo bajo todo de internet —reconoce el último cliente, un hombre calvo con un iPad en la mano. Tiene una sonrisa estúpida y escupe perdigones cuando habla, da mucha rabia—. Me llamo Galván y soy el dueño de la empresa aeronáutica más importante de Madrid, gano en un mes lo que un policía en un año. Mi coche es este. —Sin dejar de mirar a David, le enseña en su tablet una foto de él con un Dodge Viper SRT-10—. ¿Qué coche tienes tú?

David está a punto de estallar, pero se contiene.

—¡Bah! —Coge la bolsa llena de cómics que le había preparado Jorge y atraviesa el grupito de frikis. No tiene por qué aguantar toda esta mierda, recorre el pasillo lleno de *muñequitos, camisetas para niños y literatura basura*, sube los escalones, pasa junto al Uruk Hai de los cojones, y se dirige hacia la puerta, dispuesto a no volver a pisar este *puto si pi-pi-pi-pi-pi-pi-pi-pi-pi-pi-pi*.

Al pasar con la bolsa, el arco de seguridad empieza a pitar. David se queda parado. Tranquilamente, aparece Jorge, y detrás de él, el séquito de Sailor V.

—Los cómics hay que pagarlos, VAL.

—¿Cuánto es? —pregunta tras un bufido.

—145 euros.

—¿Qué? ¿Quién puede gastarse tanto en cómics?

—¡Los que no son unos fracasados! —contesta Galván. Y todos menos Jorge le ríen el chiste.

David da su tarjeta a Jorge, este la mete en el datáfono y se lo ofrece, para que ponga el número secreto.

—Debías de ser el típico niño que ponía motes en clase, jugaba bien al fútbol y se follaba a la tía buena. Pues lo siento, pero aquí no. En esta tienda... el friki eres tú.

—No me conoces. No tienes ni idea de quién soy.

Jorge le devuelve la tarjeta y David consigue marcharse, por fin, de la tienda. Patri

vuelve justo a tiempo de ver cómo se cierra la puerta tras él. Está ya vestida de calle y lleva su disfraz de Sailor V en una bolsa transparente, había ido a cambiarse. Se acerca al mostrador y mira al librero con compasión, sabe que para él era importante que esto saliera bien.

—Tiene razón, no sé quién es. Pero lo averiguaré.

Cosme abre la puerta de su casa empujando con el hombro. Tiene las manos ocupadas con dos bolsas de plástico. Dentro de ellas, varios *tuppers* blancos con tapa transparente, contienen Ku-Bak tres delicias, tallarines al Tie-Ban, pollo con almendras y dos rollos de primavera.

—¿Jorge? Ve poniendo la mesa, que traigo chino.

La tele está apagada y Jorge no contesta. *Raro*. Cosme se dirige a su habitación.

—Jorge, venga, que luego los rollitos se quedan «lamidos» y no te gustan.

Por el pasillo se oye una respiración entrecortada. Podrían ser gemidos. Cosme se queda en la puerta del dormitorio de su hijo y llama con la mano para avisar de que está. Tiene una ligera idea de lo que puede estar haciendo, ya se ha llevado alguna sorpresa.

—Jorge, acordamos que debías cerrar la puerta si ibas a hacer *eso*.

Siguen oyéndose balbuceos dentro, así que Cosme hace de tripas corazón y abre un poco la puerta, preocupado. *Que sea lo que Dios quiera*.

Lo que ve es a Jorge frente al ordenador, nervioso y medio llorando. Se gira hacia su padre, avergonzado.

—Papá, lo siento, aún no han borrado tu usuario y he usado tus claves para acceder a la intranet de la policía.

Cosme está demasiado preocupado por su hijo como para enfadarse tanto como debiera.

—Jorge... me prometiste no volver a hacerlo cuando te pillé intentando borrar los antecedentes de aquel amigo tuyo pelirrojo.

—¡No iba a hacer nada! Solo quería encontrar algo de David para chincharle un poco. Pero leí esto, y busqué el otro expediente y... yo no quería...

—A ver, no te preocupes, seguro que no es para que te cojas este berrinche. Déjame mirar.

Cosme echa un vistazo a la pantalla. Lo que lee, le hace temblar las piernas. Tiene que sentarse.

—Dios santo, ¿es lo que parece?

—Sí —contesta desolado su hijo.

Ambos observan el monitor, alargando el terrible momento, sabiendo que en cuanto se levanten de allí, tendrán que hacer algo al respecto.

Detective

En el antiguo despacho de Cosme, David intenta leer los cómics que compró. Los tiene extendidos por su mesa. Lleva desde anoche estudiando *esta mierda*. Anota cosas y mira las viñetas, pero no puede evitar sentirse ridículo leyendo cosas como «rayos cósmicos», «sentido arácnido», «poder mutante», «chico maravilla» o «súper ventriloquia». Se va poniendo más nervioso, hasta que, harto, tira con rabia el tomo que estaba leyendo, que vuela hasta golpear la puerta del despacho.

—¡Joder, qué estupidez!

Alguien entra y recoge el cómic del suelo con amabilidad. Al verle, David recupera la compostura.

—Espero no interrumpir nada importante —dice Cosme Galiardo.

—No, no, solo estaba... recopilando algunos datos.

Cosme deja el tebeo sobre el escritorio.

—Creo que se te ha caído esto.

—Sí, gracias. ¿Qué haces por aquí?

—He venido a arreglar los últimos papeles, y quería aprovechar para invitarte a cenar a casa y ver el partido.

—Hm... No creo que sea muy buena idea —dice reticente.

—Por favor. Es un partido de Champions. Por una vez, me gustaría ver el fútbol con alguien que no esté esperando a que acabe para poner los dibujos animados.

—Cosme... tu hijo y yo no hemos empezado con muy buen pie. Si voy, es probable que discutamos.

—Considérame vuestro asesor matrimonial.

David se rinde. Es difícil decirle que no a Cosme.

—Vale. Pero necesito saber una cosa. ¿Eres de esos que cuando ven el fútbol gritan a la tele y dicen muchos tacos?

—Oh, sí, muchísimos.

—Entonces acepto.

La puerta de casa de la familia Galiardo se abre y David se sorprende al ser recibido por

Cosme, en delantal y pantuflas. Es una sensación rara, como ver al presidente en pijama o al papa en pantalones cortos. Pero no se siente incómodo. Todo lo contrario, considera un honor que Cosme deje que le vea de esa guisa.

—Bienvenido.

—Hola. Traigo una tontería... un vino de mi tierra. —Lleva una botella de vino y también una cartera de ejecutivo.

—Muchas gracias, no tendrías que haberte molestado —dice cogiendo la botella—. Jorge está en su habitación, al fondo del pasillo, si no te importa, vete a buscarle, la cena ya casi está.

—Pero...

Cosme se marcha sin dar opción a David de replicar. Él preferiría que le apagaran colillas en los ojos, pero bueno. No es tan grave, solo ir a sacar al oso de su madriguera. *Vamos allá.*

David golpea la puerta de la habitación. Pero nadie responde.

Jorge Elías está de espaldas a la puerta, pintando una figura de Warhammer con un pincel muy fino, con mucho cuidado y precisión. Lleva puestos unos auriculares enormes, está escuchando a todo trapo a Violadores del Verso, rapea Kase O.

Jorge canturrea. David abre la puerta y escucha su *a cappella*. Jorge tiene la garganta tan en forma como los abdominales. David pide permiso para entrar, excusándose. Vuelve a llamar a la puerta desde dentro, más fuerte. Saluda a Jorge. Grita al *puto sordo*. Pero Jorge no se entera de nada. David ve un lápiz en una balda de la estantería junto a la puerta, y se lo tira. Impacta en su espalda, pero lo único que consigue es que Jorge se rasque ahí.

Desiste y entra completamente. Observa la habitación, llena hasta los topes de cómics y friquezas, una versión doméstica de Planeta K.

—Acojonante. ¿Cuánto dinero habrá aquí metido? —Ve una estantería llena de *action figures*. Coge una—. Muñequitos —dice David, sabiéndose superior.

Vuelve a dejar la figura en su sitio, pero no sabe ponerla de pie, y se cae, empujando a otra, esta a otra más, y el efecto dominó hace que se caigan un montón de muñecos. David, apurado, se gira, esperando el chaparrón. Pero Jorge ni se ha inmutado.

Entonces repara en que hay una puerta en mitad de la habitación. Y sobre ella, un póster de Gandalf de *El Señor de los Anillos*, con los brazos abiertos y el texto «NO PUEDES PASAR». David mira a Jorge, y al ver que sigue a lo suyo, decide abrirla, con cautela. Enciende la luz.

Dentro, hay un gran expositor de revistas y cómics, con unos dibujos de mujeres desnudas y en posturas eróticas. Porno, vamos. En grandes cantidades.

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaahhh!

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaahhh! —grita también David, como un acto reflejo por el susto que le ha dado *el gordo de las narices*.

Jorge Elías por fin se ha percatado de que está David, y casi les da un infarto a ambos. Cuando se recuperan del susto, los dos estallan, indignados el uno con el otro.

—¡¿Estás tonto? ¿A ti te parece normal entrar sin avisar?!

—¡He llamado, he gritado y hasta te he tirado un puto lápiz! Si no tuvieras una capa de grasa tan gruesa, tendrías más sensibilidad en la espalda.

—¡No estoy gordo, tengo un problema de tiroides!

—¿Qué problema? ¿Te las comiste?

—¡Basta ya! —Cosme está en el marco de la puerta, reprobándoles—. Os he traído para que habléis como personas adultas, no para que peléis como niños. ¡A cenar! ¡Vamos!

Cosme se queda en el marco de la puerta, invitándoles a salir de la habitación delante de él.

—Venga, desfilando.

Jorge se levanta, y cierra la puerta de «la habitación Gandalf». Mira a David, muy serio.

—No vuelvas a abrir esta puerta JAMÁS.

—Tranquilo, sé que te hace más falta a ti que a mí.

Jorge y David salen de la habitación, Cosme cierra la puerta tras ellos. Si no fuera imposible, diría que el veterano inspector está sonriendo.

Una hora después, Jorge arrebaña con un trozo de pan la salsa de su plato. La cena ha terminado y la tele no está encendida. Parece una tontería, pero cenar con la tele apagada es un hito en casa de los Galiardo, reservado para las grandes ocasiones.

David observa, sufriendo, cómo Jorge se hace un calimocho con hielo, con el vino bueno que trajo. El librero da un sorbo.

—¡Aah! Qué fresquito.

David huye de la horrible imagen, mirando alrededor, se fija en una estantería cercana, llena de videojuegos.

—No puedo creerme que en esta colección de videojuegos no haya ni un solo «FIFA» o un «Pro». Pasas del fútbol hasta en la consola.

—Ya vi suficientes partidos cuando mi hermano jugaba al fútbol de pequeño, gracias.

—Yo hubiera dado lo que fuera por tener un hermano que jugara al fútbol conmigo.

—Pues yo me hubiera conformado con uno que no me corriera a hostias cada vez que me veía leyendo.

Cosme corrige a Jorge Elías.

—Lo único que quería tu hermano era que dejaras los tebeos un rato y salieras a jugar un poco, como los demás niños. Pero si se te dice algo, tú siempre haces lo contrario con más fuerza.

Hay un silencio incómodo. Jorge aparta su silla de la mesa.

—Me voy a por el postre. ¿Alguien quiere un heladito?

David y Cosme niegan. Jorge se va a la cocina. Desde el comedor se oye cómo busca ruidosamente en los cajones del congelador.

—Perdón. No quería sacar un tema espinoso —se disculpa David, aprovechando el momento de intimidad con Cosme.

—No te preocupes. No me gustaba que se llevaran mal antes, y ahora me parece aún peor. No sé por qué es así, de verdad.

—¿Qué le ocurrió a Javier? Si no es indiscreción.

Cosme alcanza una foto de un mueble cercano, el mausoleo de Javier, y se la muestra a David. Es la foto de Cosme y Jorge al lado de Javier, con el hermano mayor vestido de GEO, excepto por el casco, que lo lleva el hermano pequeño, superpuesto sobre la cabeza haciendo el canelo.

—Era GEO. Fue el agente más joven en llegar a jefe de unidad. Javier no era tan buen estudiante como Jorge, pero era fuerte y noble. Para ser policía, eso basta. Murió tratando de salvar a gente de un incendio al que todavía no habían llegado los servicios de emergencia. Sacó a varias personas, pero hubo un viaje del que no volvió a salir del edificio.

—Lo siento. Pero debes estar muy orgulloso de él, murió...

—Como un héroe. —Jorge Elías completa la frase, mientras regresa con una tarrina de helado de turrón. Se sienta a la mesa y empieza a comer el postre a cucharadas—. Es curioso que todo el mundo que escucha esa historia sienta la necesidad de decir la misma mierda.

Todos se quedan callados. Si el silencio de antes era incómodo, este es una tortura. Por suerte, un grito interrumpe el momento tenso.

—¡Gooooooooooooooooooooool!

—¡Me gago en la mar salada! —Cosme mira hacia el techo, con desprecio.

—¿Qué pasa? —pregunta David.

—Los vecinos, que son del Madrid, eso significa que los del Manchester ya nos han clavado uno.

El árbitro pita el final del encuentro. En la gran televisión del salón, un jugador del Atleti, al que entrevistan antes de ir al vestuario, responde, agotado, con el arte para la oratoria que cabría esperar: *Sí, bueno, ha sido un partido difícil, ¿no? Pero al final hemos ganado, ¿no? Y ahora en lo que hay que pensar es en la final, ¿no?*

La tele se apaga.

Cosme, sentado en un sofá de dos piezas frente al televisor, sostiene el mando a distancia. Jorge Elías está al lado, en otra butaca, leyendo un cómic de Astro City. Frente a los sillones, hay una mesa baja de cristal, con latas de cerveza, refrescos y la botella de vino, vacía. Jorge cierra el cómic.

—¿Ya han acabado de dar patadas al balón?

—Por hoy sí —contesta su padre.

David llega con su cartera y se sienta al lado de Cosme, bebe un trago de su cerveza, que había dejado en la esquina más cercana de la mesita y saca el portafolios.

—Bueno, pues empecemos.

David aparta las bebidas de encima de la mesa y coloca sobre ella los papeles que va sacando. Entre ellos hay páginas y viñetas de cómics, con notas escritas a boli y rotulador.

Jorge mira las hojas con estupefacción. *No puede ser, no puede ser...* Coge una, para cerciorarse de si sus temores son ciertos.

—Un momento... Esto no son fotocopias... —Su indignación va en aumento—. ¿Has recortado cómics de verdad con un cúter y los has pintarrajeado?

—Ha sido con unas tijeras y esto son notas que pueden servir para la investigación. —Se fija en Jorge, que se ha puesto blanco de pronto—. ¿Te pasa algo?

Jorge tiene lagrimones en los ojos. Intenta disimular.

—No, nada. Creo... creo que se me ha metido algo en el ojo. Disculpad un momento. —Se levanta, afectado. David pasa de él.

—Venga, ¿de verdad creíais que me había tragado lo del partido? Me habéis traído para comentar algo del caso, ¿no? Pues hala, ya hemos hecho el paripé. Soltad lo que sea.

—Vale. Te pido perdón por lo que te voy a pedir, hijo, pero ahora soy yo el que necesito que me cuentes cómo ocurrió la muerte de tus padres.

—¿Qué? ¿En serio? —David no sabe qué esperaba, pero desde luego eso no.

Jorge se suena los mocos sonoramente, con un *kleenex*. Cosme y David le ignoran.

—Si no fuera importante no te haría pasar por algo así —insiste Cosme.

—No importa —dice, pero sí importa. Él no hablaría de esto con nadie al que no respetara tanto como a Cosme. Es algo íntimo. Aunque quizá no tanto como dejarse ver en delantal rosa y pantuflas. Empieza a hablar—. Tenía ocho años. Volvíamos del cine y nos asaltó un hombre. Solo quería dinero, pero amenazó a mi madre con una jeringuilla y mi padre se resistió. Tenía una pistola que luego supimos que le había robado a un guardia civil ese mismo día... La sacó y le disparó. Mi madre empezó a gritar y la mató para que se callara. Nunca le atraparon... y... ya está.

Jorge deja de hacer el tonto y se sienta. Cosme y su hijo cruzan una mirada fugaz.

—Hace cinco años que eres policía, ¿alguna vez has abierto el archivo del caso? —pregunta Cosme.

—No está permitido consultar casos personales. Y me da igual, quien fuera ya habrá muerto de sobredosis o le habrán trincado por otra cosa. Estoy en paz con eso. Me llevaron a suficientes psicólogos de niño como para saber que no sale nada bueno de remover el pasado.

—Estoy de acuerdo. —Cosme vuelve a mirar a su hijo, David esta vez se percata.

—¿Qué coño pasa?

—Perdóname —dice Jorge Elías—. He encontrado algo en los archivos... Me metí buscando algo para putearte: una novatada, un error de juventud, algo gracioso... Todos tenemos algo, a mí una vez me detuvieron por exhibicionismo, porque me quedé dormido con la chorra fuera mientras meaba entre dos contenedores. ¿A que sí, papá? Tuviste que venir a sacarme del calabozo, menuda vergüenza pasaste.

David empieza a ponerse nervioso.

—Cosme, dime adónde quiere llegar tu hijo antes de que le dé una hostia.

—En la lista de efectos recogidos en la escena del crimen de tus padres —continúa Cosme—, había algo que entonces no significó nada para nadie. Pero ahora sí. Unos recortes en los que se leía una palabra y un número: «DETECTIVE 33».

—¿Es... un cómic?

—*Detective Comics* 33 es el número en el que se contó por primera vez el origen de Batman —explica Jorge—. Thomas y Martha Wayne vuelven del cine y son asesinados por un atracador delante de su hijo.

—Jajaja, estáis de coña. No... Fue un yonki... no era nadie —David, simplemente, no puede creerlo.

—No sabemos qué aspecto tiene el asesino, hijo. Y menos el que tenía hace tanto

tiempo.

Es más de lo que puede soportar. Seguramente es más de lo que puede soportar nadie.

—¡Yo estaba allí y os digo que no era nadie!

Cosme y Jorge guardan silencio. Es absurdo intentar convencerlo y no tienen más argumentos que lo que dicen las pruebas.

—Joder... hostia puta. —David intenta digerir la información—. Esto no puede estar pasando. ¿Cómo es posible?

—Solo hay dos opciones, hijo. O el asesino lleva matando veinte años y no lo han atrapado nunca... o mató hace veinte años y ha vuelto a empezar ahora. No sé cuál es peor.

David se repone y se dirige a Jorge Elías.

—Gracias.

—¿Por qué? —responde el librero—, ¿por joderte la vida intentando gastarte una broma? Te pido perdón.

—No. ¿Cuántos policías leyeron ese expediente estos veinte años, eh? ¿Docenas? Y ninguno averiguó nada. NADA. Y tú en dos minutos... está claro que puedes ver cosas que a la gente normal se le escapan.

David se da cuenta de lo que acaba de decir. *Puede ver cosas que a la gente normal se le escapan.* Mira a Jorge como si le viera por primera vez. Se le ha ocurrido una idea.

Maravilla

Es noche cerrada y las luces de los escaparates de Gran Vía permanecen encendidas pese a no haber casi nadie recorriendo sus calles. Como un montón de neveras que alguien se ha dejado abiertas en una cocina a oscuras. Madrid se levantó a mear, bebió un poco de leche antes de volver a acostarse y dejó mal cerrada Gran Vía.

Jorge Elías observa el escaparate de la juguetería que ya conocemos, cerca de Callao. De niño, pasó mil veces por delante de ella, con su madre y su hermano. Nunca le gustó. En el escaparate solo había muñecas artesanas de porcelana, y él quería muñecos de La Guerra de las Galaxias, Super Powers, Secret Wars, He-Man, Los Caballeros del Zodiaco... Odiaba el que su madre se detuviera, cautivada por las muñecas, y le dijera lo bonitas que eran, y qué laborioso era hacer sus vestidos y sus hilos dorados... Era injusto, él tenía en casa el castillo de Grayskull y ella no lo había mirado dos veces, cuando *todos sabemos que eso sí es una obra de arte sin discusión*.

Jorge se arrepiente de haber recriminado a su madre su admiración por esas muñecas. Eran aburridas, sí, pero también únicas y preciosas. Hoy mira el mismo escaparate y ve que solo una pequeña sección está ocupada por ellas, de forma testimonial. Es la parte más cercana al cristal, que se vean bien, como justificándose.

Y es que esta no es la misma juguetería a la que su madre peregrinaba. Puede llamarse igual y estar en el mismo lugar, pero sus dueños fueron otra historia que se apagó en Gran Vía. Los antiguos propietarios podían mantener el local gracias a una renta antigua; derogada esta, tuvieron que echar el cierre ante el alquiler millonario exigido. Una gran cadena de juguetes compró el local, pero en vez de poner su nombre en la puerta para que fuera odiado, mantuvo el antiguo, para crear la ilusión de que nada había cambiado. Como cuando los chinos conservan el nombre de Taberna Manolo e hijos, y sirven pinchos de tortilla y chorizo de olla. Pero, entre el orujo y el carajillo, siempre hay un licor de lagarto que los delata.

Jorge Elías mira horrorizado el licor de lagarto del escaparate: varios muñecos de Spiderman en coche, Spiderman en moto, Spiderman *en un puto helicóptero*. *Qué asco*. Jorge también vende juguetes en su tienda (aunque él los llama *action figures*, estatuas, reproducciones a escala, dioramas, miniaturas, *gadgets*... juguetes, vamos) y por eso

tiene un ojo clínico para detectar la infamia juguetera. Es tan fácil de entender... Spidey tiene la velocidad proporcional de una araña y puede columpiarse rápidamente entre los rascacielos de Nueva York. ¿Para qué coño necesita un vehículo a motor? Ningún guionista se atrevería a tamaña estupidez más que como recurso cómico. (*Sí, en honor a la verdad, tuvo un spidermovil en una historia de 1974, pero la tesis de ese número era precisamente reírse de la idea de que tuviera un vehículo, era un jeep que lanzaba telarañas y trepaba por las paredes; por Dios, era un chiste*). Aun así, a Jorge le ofende menos eso que la pistola de agua de Spiderman, o el Spiderman dentro de un robot gigante que hay al lado. Es inmoral que vendan eso a los niños. Es como si les vendieran la pistola láser de Gandhi o a Jesucristo pilotando un Transformer. *No todo vale, hijos de puta*, piensa el librero.

—¡Venga, vamos! —grita David, sacando a Jorge de su ensimismamiento. Está apremiándole desde el portal del edificio, hace rasca, y sale vaho de su boca—. Tu padre tiene razón, te distraes con una mosca...

Jorge dedica una última mirada, llena de inquina, al becerro de oro y va con él.

Laurel y Hardy entran en el «piso-museo». En contraste con la anterior visita de David, ahora la lujosa vivienda está totalmente en silencio. En una calma tensa. El policía observa, en una repisa, el cerco circular dejado por los vasos de whisky de sus compañeros. No los echa de menos en absoluto.

Jorge mira las marcas policiales del suelo y las manchas de sangre, no es su ambiente. Con lo a gustito que estaría él viendo el capítulo de esta semana de *Doctor Who* en su Mac.

—Si te soy sincero, no sé exactamente qué quieres que haga, Val.

—Quiero que me digas si ves algo extraño, o fuera de lugar... bueno, cualquier cosa.

Jorge asiente, resignado. David saca su libreta y lee.

—Antxon Azkar, la víctima «Suspense 39». Nació en Bilbao, pero tenía una fábrica de armas en Toledo.

Jorge se fija en las armas expuestas por toda la estancia. Molan lo suficiente como para que se relaje y empiece a admirar el material.

—Por lo que veo, no fabricaba armas como Tony Stark, si no réplicas de armas de películas...

—«Armas de colección» las llamaron.

—Sí —Jorge va paseando y enumerando—. Aquí está la espada de Conan, la de William Wallace, las de *Los Inmortales*, las katanas de *Kill Bill*, o mejor dicho de

Hattori Hanzō, el hacha de *Sleepy Hollow*... —Se detiene al ver una espada—. Oh, esta es Hielo, la espada de Ned Stark en *Juego de Tronos*. En la serie no dicen el nombre, pero en los libros sí.

—Muy interesante —miente David. Aunque sospecha por qué no dicen el nombre de la espada en la serie. Él mismo pone nombres a sus armas, pero no es tan tonto para decirlos en voz en alta. Esas cosas se las guarda uno.

Jorge reanuda su paseo, observando la «exposición».

—Esta es la pistola de Harry «El Sucio» y esta la de James Bond —dice el librero, delante de la Smith & Wesson M29 y la Walther PPK. El inspector sonríe, él hubiera podido decir cuarenta cosas de esos modelos, pero, justo eso, no—. Algunas de estas preciosidades las vendo yo en la tienda. —Señala una espada espartana—. Como esta de Leónidas, buen material. —Entonces, una pieza llama su atención en una sección cercana—. Un momento... sí. Eso... ese hacha no está bien. —Jorge se acerca a un hacha con el filo rojo, y el mango de madera.

—¿Qué pasa?

—Es un hacha moderna. El resto de armas de esta sección son de *El Señor de los Anillos*, menos esta.

—¿Estás seguro?

—A no ser que a Peter Jackson aún le queden escenas inéditas por meter en una edición superextendida, sí.

Horas más tarde el hacha es rociada con un spray y unas manos enguantadas en látex ponen una tira transparente sobre el mango. Después, la retiran y la colocan sobre un escáner. Bruguera se quita los guantes y se sienta frente a uno de los muchos ordenadores de la sala de la policía científica. Patricia está allí también, de pie, observándole expectante.

—Es la cuarta dactilar completa que encuentro —dice el forense—, parecen colocadas expresamente.

En el monitor, una nueva huella se une a tres que ya había en la pantalla. Bruguera pulsa una tecla y la máquina empieza a hacer cálculos a toda velocidad, buscando correspondencias en su base de datos. Con el ordenador trabajando, Bruguera se gira hacia la joven policía.

—¿Esos dos siguen ahí fuera?

—Sí. Llevan toda la noche —contesta Patri.

—Pues díles que se marchen a dar una vuelta. El programa tardará días en encontrar

una coincidencia. Esto no es *CSI*, no es tan fácil como meter las huellas y listo.

Entonces, el ordenador empieza a pitar y a parpadear en rojo. El forense mira incrédulo a la computadora.

—Por hablar.

Patri acompaña a David y a Jorge por el vestíbulo de la comisaría. Mejor dicho, ellos la acompañan a ella, teniendo en cuenta que es la que va delante, capitaneando y leyendo un expediente que lleva en la mano. *Astérix* y *Obélix* intentan seguirle el ritmo, pero ella anda deprisa, hablando sin parar.

—El sospechoso es Jordi Fórum, un bombero con antecedentes por pirómano. Provocó un incendio en Galicia en el que murieron siete personas. Convenció al tribunal de que fue una negligencia y solo estuvo en la cárcel dos meses. Vive cerca del Retiro, todos los datos están aquí.

Los tres salen a la calle y bajan la escalinata de la entrada a comisaría. David abre su coche, aparcado en la acera, para que Jorge pueda montarse.

—Cada vez que me meto en este coche me siento como la sorpresa de un huevo Kinder —refunfuña el librero, intentando no encajonarse y que el cinturón de seguridad le llegue donde debe, sin cortarle la circulación. Parece Houdini intentando quitarse las cadenas bajo el agua.

David intenta no mirar a Jorge, para no reírse o matarle. Dos opciones igual de apetecibles.

—Ahí tienes toda la info —Patricia le da a David la carpeta que les iba leyendo—. Si necesitas cualquier cosa, me dices, yo ando por aquí.

El inspector abre la puerta del conductor para montarse en el montón de chatarra que es su coche. Antes de entrar, observa a Patri, que ya está volviendo adentro. Ese maldito pantalón holgado no le deja adivinar su culo. Y eso es peor, porque él se lo imagina perfecto.

—¡Patri!

Ella se gira.

—Vaya, si sabes mi nombre.

—Solo quería decirte que no volveré a olvidarme de ti.

—Eso es mérito mío, no tuyo.

—Cierto. ¿Qué puedo hacer para que me perdones?

—Encuentra a ese capullo. Y dale una paliza.

Dios, cómo me gusta esta chica, piensa David.

David conduce por la Castellana. Semáforo a semáforo y rotonda a rotonda, piensa que debió matarse mucha gente en esta recta impoluta para que la hayan convertido en este *coitus interruptus* vial de avanzar-parar. Pasan Nuevos Ministerios cuando Jorge, que estaba extrañamente callado, operando en su móvil, empieza a *dar la chapa*.

—Qué emocionante, el héroe y su ayudante van al cuartel general del villano. Solo nos falta una buena banda sonora, pero ya la he encontrado.

Suena la sintonía de la serie de Batman de los sesenta. Jorge empieza a menearse y tararearla, divertido.

—*Batmaaaaaan, taninoninoninoní, batmaan, batmaan, batmaaaaaan...*

—Quita eso —le corta David, serio—. Vamos a por un asesino real, ¿lo sabes, no?

—Claro que sí —a regañadientes, Jorge quita la música.

—Pues madura. Tu padre te quiere demasiado como para decírtelo, así que te lo diré yo: eres patético. Los superhéroes son ridículos. Fueron pensados para que los leyeran niños. NI-ÑOS. Ningún adulto en su sano juicio debería abrir uno de esos cómics. Es una imbecilidad.

—Hay superhéroes para mayores. ¿Has oído hablar de *Watchmen*?

—Me come la polla *Watchmen*. Dime, ¿qué le dirías a un superhéroe de verdad si le tuvieras delante?

Como licenciado en Filosofía, Jorge Elías sabe reconocer un debate estéril cuando lo ve, así que pasa de contestar, mira por la ventanilla y menea la cabeza en señal de disconformidad.

—No, en serio, dime qué le dirías —insiste David—. «Hola, Superman, soy un tío de casi cuarenta años que tiene una habitación entera para el porno» —dice burlándose—. Seguro que le impresionas.

Visto que no va a parar, Jorge entra al trapo.

—¿Qué puto problema tienes con los superhéroes? ¿Por qué tanto odio?

—No les odio.

David sigue conduciendo, se resiste a decir nada más. Pero al final no puede contenerse.

—Simplemente, me ofenden un poco.

—¿Te ofenden?

—De niño, hay un momento en el que tus padres te llevan a un lado y te dicen: los Reyes Magos no existen. Papá Noel no existe. El puto ratoncito Pérez no existe. Pero nunca te dicen que la justicia es otra pantomima. Que nadie va a venir a salvarte. Que nadie va a castigar a los criminales. Eso lo aprendes solo. Yo me di cuenta antes que

nadie e intenté explicárselo a mis compañeros de clase, pero no tuve mucha suerte —sonríe, irónico—. Ese carácter alegre me hizo muy popular en el colegio.

—Si te sirve de consuelo, para los gordos, el colegio tampoco fue un camino de rosas. A mí me pegaban todos los días. Hasta que mi hermano empezó a acompañarme y entonces los que cobraron fueron los otros.

—Creía que tu hermano y tú no os llevabais bien.

—Pff... me protegía porque yo era su familia y aunque no le gustase, debía hacerlo. Javier era capaz de pegarse con tres tíos por insultarme y, luego, llamarme «manteca» todo el camino de vuelta a casa. ¿Eso es lo que hacen los hermanos?

—No lo sé, nunca he tenido uno.

Si es cierto que el Parque del Retiro es el pulmón de la ciudad, Madrid se debe estar fumando uno de sus edificios, porque el cielo de su pulmón está lleno de humo.

Bud Spencer y Terence Hill se bajan del coche en la esquina de Menéndez Pelayo con O'Donnell, frente al parque por el que paseaba todas las tardes Pío Baroja. No pueden avanzar más porque hay un furgón y varios coches patrulla cerrando el paso enfrente del edificio al que se dirigen (la supuesta colilla).

Hay mucho revuelo en la calle, con vecinos mirando hacia arriba. Los agentes intentan contenerlos para que no crucen el cordón policial que han colocado.

—Vaya, sí que se han dado prisa —dice Jorge.

—El objetivo era no llamar la atención, estos están aquí por otra cosa. —David se acerca a un guardia, Jorge le acompaña.

—Inspector David Valentín. —Enseña su identificación—. ¿Qué pasa aquí, agente?

—Un vecino llamó diciendo que lleva dos días sin parar de salir humo de la chimenea de este edificio.

David y Jorge miran hacia la parte superior del edificio, efectivamente, el origen del denso humo blanco es una chimenea de la vivienda.

—En la central lo apuntaron en la libreta de «cosas que nos importan una mierda» —confiesa el policía— hasta que han empezado a estallar las ventanas y los cristales han herido a un par de transeúntes.

¡Crack! Se oye un estruendo, y empiezan a caer cristales del cielo.

—¡Otra! —el policía se gira y se cubre de la lluvia de cristal. Jorge y David le imitan justo a tiempo, los cristales caen bruscamente, levantando una polvareda horrible.

Al abrir los ojos, el policía ve que, a pesar del peligro, la gente sigue apelotonándose contra el cordón. La primera, una señora mayor. De esas con «cuerpo estufa» y adictas

a Telecinco.

—¡Señora! Me cago en todo, tire para atrás, que se va a cortar y me va a dar que sentir. —Cuando el policía se vuelve, para seguir hablando con el inspector Valentín, ve que este ha cruzado la valla *con el gordo que le acompaña* y ya están a cierta distancia, dirigiéndose a la puerta del alto edificio—. Oiga, ¡inspector! ¿Adónde va?

—¡A hacer un arresto! —contesta David, dándose la vuelta, pero sin detenerse.

—¡Usted mismo! Pero le advierto que los GEO ya están arriba, esperando a que el juez les dé la orden para entrar.

En el rellano del piso hay seis GEO como seis armarios. Enormes, uniformados y armados como si fueran a una guerra. Jorge observa desde lejos como David habla con dos de ellos. Uno lleva la cabeza rapada y parece ser el jefe de la escuadra, es el capitán Lozano. El otro, con los brazos cruzados y a su vera, es el teniente Díaz, su mano derecha.

—Lo siento, inspector —dice calmado el capitán Lozano—, pero no puedo dejarle pasar hasta que no reciba la orden.

—A lo mejor no me he explicado bien. Ahí dentro puede haber un asesino. Como intentéis impedirme entrar, lo lamentaréis.

—Inspector, la orden no tardará más de media hora, entiendo su frustración, pero no vamos a jugárnosla ni por usted, ni por nadie.

David se rinde y se va, refunfuñando, hacia donde está Jorge Elías.

—Imposible —dice David, resignado—. Tendremos que esperar.

—Déjame probar a mí. —Jorge se dirige derechito hacia el capitán Lozano, como el inconsciente que es.

—¡No! —David intenta detenerle, pero Jorge le ignora y empieza a hablar con los GEO—. Ay... qué vergüencita. —David se da la vuelta, no quiere verlo.

—¡Muy buenas! —Jorge le pone su «pase especial» en la cara al capitán. Es una cuartilla sin ningún valor, que solo pone el nombre, el DNI y poco más, pero Jorge la ha plastificado y la exhibe como si fuera una identificación de S.H.I.E.L.D.—. Agente especial Jorge Elías Galiardo. Necesito entrar ahí dentro, ahora mismito.

Lozano se descojona.

—Jajaja, no me digas. —Pero la risa se le corta de pronto, cuando se fija en el pase—. Un momento... ¿Galiardo? —El capitán mira bien a Jorge, reconociéndole—. Será posible... ¡Tú eres «manteca»!

Cinco minutos después, la puerta es derribada por los GEO y cae al interior del piso. Un montón de vapor sale disparado hacia fuera, como un géiser.

—¡Policía! ¡Vamos, vamos, vamos! —Cuatro agentes entran a toda velocidad, con sus armas por delante, inspeccionando cada rincón—. ¡Cubrid todo el piso, rápido!

El lugar es un refrigerador gigante, lleno de niebla. Hace un frío espantoso debido a una docena de aparatos de aire acondicionado, funcionando a pleno rendimiento, esparcidos por toda la vivienda.

—¿Quién es vuestro asesino? ¿Nanuk, el esquimal? —pregunta un GEO a David.

—No se ve una mierda —dice el teniente Díaz, que lidera este grupo—. Si quiere, nos puede joder vivos. Dividámonos, quiero un hombre en cada habitación.

Los agentes se reparten por la casa. Llevan escopetas Remington 20870 y fusiles de asalto G41 y HK33, David reconoce las armas del Grupo Especial de Operaciones. El joven inspector les sigue dentro, también blandiendo su pistola, una Heckler & Koch USP, la semiautomática reglamentaria. En la Escuela Nacional de Policía, su profesor de tiro les dijo a todos los cadetes, medio en broma, medio en serio, que su arma debía ser como su hija, y debían ponerle nombre. Las nomenclaturas con las que los reclutas bautizaron sus armas entonces, son indignas de ser reproducidas aquí. Cerdadas como «SuperPolla», «Nacho Vidal» o «Pirulo», se mezclaban con nombres impropios de futuros agentes de la ley, como «Hacedor de viudas» o «Familia de luto». Eran jóvenes y se tomaban a chufra el asunto. Pero David no. David llamó al revólver con el que entrenaba, «El Indio». Y desde entonces había blandido otras dos pistolas a las que había puesto nombre muy seriamente. Una era «Futre», la Beretta 92FS que se compró con todo el capricho del mundo, ahorrando durante sus dos primeros años de policía (gastándose lo que otros hacían en un coche) y que, al ser suya personal, nunca llevaba encima estando de servicio. Otra era la H&K que empuñaba ahora. Toda negra y tan precisa, la llamó «La Perla Negra», por Larbi Ben Barek, un jugador del Atleti, marroquí, y uno de los mejores delanteros de la historia rojiblanca. David se considera muy bueno con La Perla Negra e imbatible con Futre (no se le ha olvidado lo que aprendió con El Indio). Pero, mientras se adentra en esta fría cueva, espera no tener que demostrarlo hoy.

En otra oleada, un segundo grupo de GEO entra en el piso helado, liderados por el capitán Lozano. Inspeccionan también cada palmo según avanzan, pero ellos mucho más lentamente. Son la retaguardia, su función es más bien evitar que nadie escape. Jorge les

acompaña, bien pegadito al capitán, el cual está encantado de poder charlar con el hermano de Javi.

—Tu hermano fue el mejor jefe de unidad que hemos tenido. Javier tenía más cojones que el caballo de Espartero. Me gustó lo que dijiste en su funeral, fue muy bonito.

—Eso fue antes de saber que también me llamaba «manteca» con vosotros.

—Quédate con el hecho de que hablaba de ti, idiota. Además, «manteca» es un apelativo cariñoso. Mi hermano me llama «saco de mierda». ¡¿Verdad, hermano?! —grita Lozano a alguien que va muy por delante de él.

—¡Sí, saco de mierda! —contesta una voz a lo lejos.

—Y soy su superior, imagínate cómo me llama cuando no le oigo.

Los GEO no tardan en descubrir que la temperatura es lo menos extraño que hay en el hogar de Jordi Fórum. En el pasillo hay tanto vapor que no se ve lo que hay dos palmos por delante.

Los agentes avanzan a tientas por el manto lechoso, palpando las paredes congeladas, cuando empiezan a oírse gritos guturales y golpes, como si estuvieran torturando a alguien horriblemente. Eso empieza a volver paranoicos a los GEO.

—¿Qué coño es eso? —Se gira un agente, buscando el origen de los gritos—. ¿De dónde viene?

En un dormitorio sin camas, dos agentes buscan con cautela por la niebla cuando una ventana se rompe a su lado lanzando trocitos de cristal por todas partes. Uno de ellos se tira al suelo por el sobresalto y a punto está de acribillar las cortinas. El otro se acerca e inspecciona el marco y los cristales. No ha habido impacto de ningún tipo, ni había ningún mecanismo en la vidriera. Solo se oye el runrún machacón del aparato de aire acondicionado sobre el dintel.

—Estallan por el contraste de temperatura, el piso está congelado y el motor de los aires acondicionados, pegados a las ventanas, están ardiendo —teoriza el policía.

El salón de la casa está inundado. Un agente «chapotea» hasta llegar a la chimenea que preside la estancia y descubre el motivo: allí es donde desembocan los tubos de los aires acondicionados y demás aparatos frigoríficos. La pared está totalmente resquebrajada, y se cae a trozos por la humedad y el hielo. En las demás habitaciones se suceden episodios igual de insólitos, con ráfagas de aire caliente, baldosas crujientes por la escarcha y muros que sudan gotas que se congelan antes de tocar el suelo.

Jorge sigue internándose con Lozano, pero no es fácil seguirle, en esta condenada sauna helada no hay quien se oriente. Jorge ve todo como tras una cortina blanca y piensa que le vendría genial el sentido del radar de Daredevil.

—Pues sí que es espesa esta niebla —se queja Jorge—. Así no hay forma...

El capitán se detiene un momento y le mira, divertido.

—En esta zona no hay niebla. Son tus gafas que están empañadas.

Jorge se quita las gafas y de pronto, lo ve todo claro.

—Ah, es verdad. La Navaja de Ockham, claro —se las limpia con su camiseta.

Un grito pillá desprevenidos a la extraña pareja.

—¡Eh! ¡Aquí está! ¡Venid! —Es Val, desde algún lugar ¿cercano? Entre la acústica de este piso y el zumbido de los cacharros del aire, es imposible saberlo.

David ha atisbado algo entre el vapor. Se acerca, apuntándolo con La Perla Negra. Se trata de un gran cilindro transparente, en posición vertical, del que salen un montón de cables que acaban en tanques de oxígeno y bombonas de gas. Sale una luz cálida de su interior. Los chillidos y golpes que se oían antes, tienen su origen allí y van en aumento. Quien sea, está sufriendo un infierno.

—¡Jordi Fórum, se le acusa del asesinato de Balbino Blázquez y Antxon Azkar! — recita David, mientras se aproxima a la misteriosa urna. Los reflejos del cristal le impiden saber qué hay en su interior. Con cautela, se acerca a la superficie translúcida y, cuando se asoma, una mano flamígera golpea el vidrio junto a su cara—. ¡Joder!

Dentro de la urna hay un hombre envuelto en llamas que no se apagan ni se consumen. El hombre llameante aporrea las paredes cristalinas, tratando de alertar de su presencia allí con sus alaridos.

—¡Moved el culo, está quemándose vivo! —Desesperado, David toquetea todos los botones y cables que conectan el tubo transparente con una consola cercana, que parece el panel de control. Aprieta unos, desenchufa otros, pero nada detiene el fuego.

El primero en llegar es el teniente Díaz. Aparece y observa la escena. Tarda un par de segundos en aceptar lo que ven sus ojos, pero acto seguido actúa como si todos los días viera a gente ardiendo como una cerilla que no termina.

—Apártese. —Con sangre fría, Díaz se acerca y golpea el «sarcófago» con la culata de su fusil, hasta romper completamente el tanque de cristal. Al liberar el aire, un sople abrasador casi le quema la cara al teniente. David se pregunta si Díaz no ha sido consciente del peligro, o le ha dado totalmente igual.

Aunque bajan de intensidad, las llamas siguen cubriendo al hombre. Por suerte, David encuentra un extintor, colocado en una columna cercana. Jorge y el resto de GEO, llegan a tiempo de verle apagar el fuego con él.

Inmóvil y suspendido en el aire por varios conductos que le salen del cuerpo: de su antebrazo, su boca, su nuca, su ano... el hombre del ataúd de cristal roto parece una marioneta sin titiritero.

Ahora que no está cubierto de lenguas de fuego, descubren que lleva un traje especial, de color rojo con remaches amarillos, que le tapa completamente, incluso la cabeza, enmascarada.

Un agente toca el cuerpo inerte con el cañón de su escopeta.

—Está muerto —concluye el GEO, al ver que no reacciona.

David deja el extintor en el suelo. Cuando creía que el grado de locura de este caso no podía subir, escalan a otro nivel. El nivel de la gente que se quema a lo bonzo con trajes ignífugos de circo. *Lo que hacía falta.*

—Bueno, está claro que se trata del origen de El Hombre de Fuego de *Los 4 Magníficos* —dice David, para demostrar que ha hecho los deberes.

—*Antorchahumana*, cof —Jorge Elías tiene una tos muy rara.

David pasa de él. Se fija en algo colocado en la parte inferior, en el frontal del «sarcófago», como si fuera el nombre de la obra de arte.

—Jorge —dice David, reclamando su presencia como perito de lo friki.

El librero se agacha, con un gruñidito de esfuerzo, y lo inspecciona. Es una pequeña caja transparente y dentro hay dos recortes. En uno se lee «Marvel» y en el otro «1». «MARVEL 1».

—Es por *Marvel Comics* n.º 1... Eso quiere decir que recrea el origen de La Antorcha Humana original. —Se incorpora y observa el cadáver muy de cerca—. A diferencia del personaje de —recreándose— *Los cuatro FANTÁSTICOS* —continúa el listillo— ... la Antorcha clásica es un androide que arde en contacto con el aire. No muere cuando está en llamas, porque al ser un robot, en realidad... no está vivo.

En respuesta, La Antorcha Humana agarra el cuello de Jorge y empieza a estrangularlo con fuerza.

—¡Está vivo! ¡Está vivoooooooo! —Jorge grita, mientras su piel humea ante el contacto de los dedos al rojo vivo que se cierran sobre su garganta, impidiéndole respirar.

Los GEO se ponen en formación, apuntan al hombre de rojo, quitan los seguros, dispuestos a tirotearlo allí mismo.

—¡No disparéis! —David se pone en medio—. Podríais dar a Jorge, joder. —Pero solo ha ganado unos segundos y lo sabe. Huele a pelo quemado, ese olor a torrezno tan inapropiado, y si La Antorcha no afloja su presa, Jorge va a morir asfixiado de un momento a otro.

David ve en el suelo el extintor que ha tirado hace un momento. Eso es. Lo coge y rocía al «hombre antorcha» pero esta vez desde muy cerca. La espuma a presión a tan corta distancia hace que suelte su presa. Jorge cae al suelo de bruces.

El estrangulador, de nuevo exánime, se queda medio colgado. Se han soltado la mayoría de cables que le sujetaban desde arriba, solo quedan tres que le siguen manteniendo en vilo impidiendo que se desplome del todo. Su postura recuerda a la de Marat en su bañera, y parece tan inerte como el francés del cuadro.

El capitán Lozano se acerca al cuerpo y le levanta la máscara que le cubría el rostro. Todos sus hombres, excepto Díaz, apartan la mirada al ver lo que hay debajo. Es demasiado terrible. En las noches venideras, muchos desearán no haber mirado tan cerca el horror.

—Está muerto —certifica Lozano, disgustado—. Esta vez de verdad —y vuelve a bajarle la máscara.

David se libra de la visión macabra, porque está atendiendo a Jorge Elías en el suelo. El librero tiene los ojos cerrados y quemaduras en el cuello. David le da golpecitos en la cara, en esos mofletes que tiene, tan hostiables.

—Jorge, ¡Jorge! ¿Estás bien? Despierta.

Jorge abre los ojos, desorientado.

—No me llames «manteca» —dice medio grogui—. Se lo diré a papá...

—Está en shock, el gilipollas... —No lo reconocería, pero David sonríe al oír de nuevo la voz del friki.

El reencuentro es interrumpido por unos pitidos que avisan de una comunicación por *walkie talkie* para los GEO. Lozano y Díaz se miran. No necesitan oírla para saber qué va a anunciar.

—Alpha a Equipo Bravo: ya ha llegado la orden. Luz verde para entrar. Repito: luz verde para entrar.

Ninguno dice nada.

Asombroso

Madrid baja las persianas. Los últimos rayos de sol iluminan las pancartas colocadas en la fachada del Hospital La Paz. Llámalas pancartas, llámalas sábanas pintadas, lo cierto es que, colgando de las ventanas, escritas con espray, arrugadas y sucias, dan al centro sanitario un aspecto de casa okupa o edificio en zona de guerra. En ellas se leen eslóganes contra la privatización de la sanidad pública. Cosas como «Tu salud no tiene precio», «Si tu sanidad quieres cuidar, no te la dejes robar» o «Se advierte: las autoridades sanitarias pueden ser perjudiciales para la salud». Ante esta bienvenida, uno espera, al entrar en el recinto, un ambiente hostil: manifestaciones, gente agitada coreando consignas, octavillas volando, mítines improvisados... pero no. El mayor hospital de Madrid funciona con normalidad, ajeno a su propia lucha. Las pancartas llevan demasiado tiempo puestas, las reivindicaciones han sido demasiado tiempo ignoradas, sus protestas ya son invisibles, como el mendigo que permanece demasiado tiempo en el mismo lugar. Sin que por ello la justicia de su causa, o el hambre del mendigo, sea menor.

El interior del hospital es un gigantesco monstruo de Frankenstein: compuesto por muchos edificios distintos, cada uno de su padre y de su madre, conectados por dentro de forma que no sabes cuándo pasas de uno a otro. Andando por el mismo pasillo puedes pasar de ver paredes cochambrosas y goteras, a las más modernas instalaciones imaginables. Pasillos estrechos y oscuros que dan a grandes zonas diáfanas, ascensores último modelo que llevan a salas de espera de los años setenta, o escaleras mecánicas que acaban en zonas que parecen la bodega de un submarino ruso abandonado. Una lotería arquitectónica.

Las urgencias de La Paz están en un justo punto intermedio entre lo prehistórico y lo futurista. Suficiente. Jorge Elías sale de detrás de unas cortinas verdes, llevando dos grandes apósitos blancos a cada lado del cuello. Es una estancia con varias zonas separadas con las mismas cortinas, hay camillas y enfermeras haciendo curas. La mujer que le ha atendido a él, sale detrás de él, leyéndole la cartilla.

—Cámbieselos cada ocho horas y, cuando baje la hinchazón, puede usar tiritas normales. Ha tenido más suerte que un tonto.

—Muy rico, gracias —dice Jorge, despachándola, con unas ganas locas de salir de este lugar. No es lo que llamaríamos un hipocondríaco de manual, pero sí un «asquerosito», y va recordándose a sí mismo que en cuanto salga de este nido de virus y bacterias debe lavarse las manos, cuando choca bruscamente con alguien.

—¡Perdone! —dice Jorge como un resorte. Pero el tipo (un hombre con pinta de yonki que mezcla imposiblemente chándal, chupa de cuero, gorra de deporte y una mochila) no contesta. Se limita a emitir un gruñido—. Cómo está el patio... —murmura Jorge, mirando al maleducado.

Jorge cruza rápido la sala de espera de urgencias. Hay una numerosa familia de gitanos hablando a voces, y un tipo leyendo el AS. En la portada hablan de la futura «final rojiblanca» de Champions con un juego de palabras tan malo que no pienso reproducirlo.

—Eh, no tan deprisa. —David dobla el periódico deportivo y sorprende al librero.

—¡Sigues aquí! Pensé que te habrías ido hace rato. —Jorge no se molesta en disimular su alegría al ver a David.

—Tengo que devolvarte de una pieza a tu padre. Vámonos, anda.

David y Jorge llegan al vestíbulo de La Paz para salir ya a la calle. Han tardado un poco más porque Jorge tenía que mear. (Mentira. Sí, aprovechó para orinar, pero en realidad fue a limpiarse las manos, no fuera a ser que tuviera trazas de ébola. Sin comentarios.) Avanzan esquivando a pacientes y médicos que van de un lado para otro, como extras de una película. El trajín de gente variopinta le recuerda a Jorge al callejón Diagon de los libros de J. K. Rowling, solo que aquí, en vez de El Caldero Chorreante, está el habitáculo de una recepcionista *muggle*.

—La enfermera me ha dicho que la papada me ha salvado la vida —explica Jorge—, para que luego digan que la grasa no sirve para nada.

—Lo que te ha salvado la vida es que no tienes cuello, la cabeza te sale directamente de los hombros —matiza David—. Así no hay quien estrangule a nadie.

—No me río porque si abro mucho la boca me tira el esparadrapo —dice Jorge, sarcásticamente—. Pero por dentro me estoy partiendo el culo, ¿eh? Jijiji, jajajá.

—¡Aaaargh! —un grito de mujer interrumpe esta conversación tan madura.

Al fondo del pasillo, aparece el hombre con el que chocó Jorge Elías. Lleva en una mano una navaja y en la otra, una mochila mal cerrada de la que caen ampollas y jeringuillas. Intenta huir, mientras recoge las cosas que se le van cayendo sin parar. El ladrón suelta todos los tacos imaginables, quejándose de su mala suerte.

Detrás de él, aparece persiguiéndolo una médica que le agarra del brazo. Sus Crocs color sangre se anclan al suelo tratando de retenerle. Es una universitaria joven. Quizá

demasiado para saber que no merece la pena el riesgo.

—¡Por favor! ¡Se lleva la morfina! —grita desesperada, buscando ayuda. Pero antes de que a ninguno le dé tiempo a reaccionar, el ladrón le lanza un tajo que le corta su hermosa cara de parte a parte. La interna grita y se protege de más cortes dando manotazos al aire. Uno de ellos acierta de casualidad y la navaja sale despedida de las manos del agresor.

Es el momento. David se dispone a investir al ladrón como un toro furioso, pero el tipo saca una pistola de en medio de sus pantalones y apunta a la mujer.

—¡Quietos! Si alguno se mueve le pego un tiro, me cago en Dios...

Toda la gente del vestíbulo se queda en su sitio. David está tentado de no hacerlo. Aún podría lanzarse encima de él. *Esa pistola... parece una H&K, como La Perla Negra, ¿dónde la habrá conseguido? Los vigilantes de seguridad del hospital usan revólveres calibre 38 especial, de 4 pulgadas...*

—No me toquéis los cojones. ¡Todo el mundo contra la puta pared! —berrea, apretando el cañón contra la sien de la doctora—. ¡Venga, joder!

David no tiene opción. Se da la vuelta, como todos. Bueno, todos no. Un capullo obeso, con una camiseta de Thor, sigue mirando al ladrón, paralizado.

—Jorge, no te quedes empanado y haz lo que dice —le pide susurrando David.

Jorge sale del trance y se pone cara a la pared también, temblando.

Con todos de espaldas, el ladrón suelta a la médica, para que no le retrase, y corre hacia la salida, con su pistola por delante.

—Eso es. ¿Veis que fácil? —dice pletórico de felicidad, mientras escapa—. ¡Muchas gracias!

¡Zas! El ladrón sale volando y cae al suelo de cabeza. Alguien le ha puesto el pie cuando pasaba detrás de él. Ha sido el obeso de la camiseta de Thor. Es fácil adivinarlo porque Jorge Elías está tan nervioso que sigue con la pierna estirada hacia atrás, congelado en la zancadilla.

El ladrón se revuelve en el suelo, dispuesto a usar su arma, pero antes de que pueda disparar a nadie, un puño en su cara vuelve a tumbarle. David se pone encima de él, loco de rabia, y empieza a golpearle.

Le lanza puñetazos al rostro.

Rítmicamente.

Con saña y largo recorrido del brazo.

Conecta un directo tras otro.

Uno tras otro.

Tras otro.

Tras otro.

Demasiados.

Los golpes pasan de ser secos como golpear un árbol, a húmedos como golpear barro.

—¡Déjalo, por favor! ¡Le vas a matar! —la recepcionista del hospital suplica por el ladrón. David la mira, sin comprender, parece más asustada de él que del ladrón. David se levanta. El vestíbulo está en un silencio molesto, solo se oye el zumbido en segundo plano de los fluorescentes del techo. Todo está en *pause* a la espera de que alguien vuelva a pulsar el *play* y los extras vuelvan a desfilan por el callejón Diagon.

El ladrón está inconsciente (David espera que solo sea eso) y tiene la cara reventada e irreconocible, es un amasijo de carne y sangre. El inspector se percata de que todos los ojos están puestos sobre él.

—¡Soy policía! —dice sacando su placa y enseñándola. Pero nadie dice nada.

La médica de la cara cortada y Crocs en los pies, se acerca, tapándose el corte con unas gasas. Examina al ratero en el suelo, contra todo pronóstico, aún compasiva.

—¡A la REA! —dice viendo la gravedad de sus heridas—. Traigan una camilla y avisen a la UVI de que vamos para allá cagando leches.

David se agacha a recoger la pistola del tipo. Nada más sentir el peso del arma en su mano, sus peores temores se cumplen.

—De juguete.

Se incorpora y se limpia la sangre de sus manos con el As que llevaba y que había tirado al suelo. Ahora la chica de la contraportada del periódico parece salida del *remake* de *Posesión infernal*.

—Gracias. —Jorge Elías le pone una mano en el hombro a su salvador. David tira el As ensangrentado y arrincona al friki contra la pared.

—¡¿A ti qué coño te pasa?! —le grita enfurecido—. Ese cabrón ha podido matarte a ti o a otra persona, imbécil.

—¡No se puede dejar escapar a un ladrón! ¿Nunca has oído lo de «todo gran poder conlleva una gran responsabilidad»?

—Acojonante. —David se ríe por no llorar—. Para eso hay que tener alguno. ¿Dónde está tu gran poder? A ver, dime.

Jorge mira a los ojos a Val y le responde.

—Lo tengo delante.

Un chorro de agua a presión limpia una momia despellejada. Los ojos están hundidos y

vacíos, la cadavérica nariz prácticamente son dos agujeros, y los músculos de todo el cuerpo están al descubierto, blanquecinos.

—Hemos confirmado que es Jordi Fórum por los dientes —dice Bruguera—, la mayoría de la piel se quedó en el traje cuando se lo quitamos. Ha sido como pelar una uva.

En un gancho de metal, al lado de la camilla donde yace «La Momia», cuelga el traje ignífugo de La Antorcha Humana del crimen «Marvel 1». La piel de la uva.

David y Jorge Elías están para el arrastre, llevan más de un día sin dormir. Uno parece que lleve dos compresas pegadas al cuello, y el otro tiene los nudillos vendados como si se hubiera peleado con una pared.

Jorge observa el cadáver de Jordi Fórum. La textura de su carne le evoca algo. Trata de recordar el qué. Entonces le viene. Es la carne del cocido. Incluso huele un poco al hueso de jamón que echaba su madre para dar sabor al caldo. Jorge nota la arcada a tiempo de coger un cubo de metal y vomitar el sándwich que habían comprado en el Rodilla de plaza de Castilla.

—Idiota —le reprocha David—. Ya te dije que no entraras. No es lo mismo verlo en directo que en fotos, ¿eh?

—Estoy bien, estoy bien... —se recompone Jorge.

David suspira e insta a Bruguera a continuar.

—Creo que iba por la parte en la que sus líquidos entraron en ebullición —dice el forense—. Primero le hirvieron los ojos en sus cuencas...

—¡Boaaaarght!

Bruguera es interrumpido por una sonora arcada de Jorge, apenas contenida.

—Sigue, sigue... tú a lo tuyo —insiste Jorge, disimulando.

Bruguera continúa.

—...y luego perdió masa gris por los oídos y la nariz...

—¡Boaaaarght!

Ahora sí, Jorge vuelve a vomitar. *Siempre dando la nota*, piensa David.

Bruguera, con buen criterio, decide pasar de Jorge o no acabará nunca de contarle.

—Resistió porque el cuerpo estaba refrigerado por un traje especial y alimentado e hidratado constantemente por sondas.

—Lo que le mató fue desconectarle de las máquinas —concluye David.

—Sí. Parece una locura, pero, si tuviera que decir algo, diría que es un experimento para ver cuánto podía durar vivo en esas condiciones extremas.

—¿Y cuánto fue?

—Por el grado de las quemaduras y la ausencia de necrosis... calculo que aguantó

quemándose vivo unos tres días. A fuego lento.

Jorge se limpia los berretes con la manga. Ya no le quedan ganas ni de echar la pota.

David trata de asimilar lo inimaginable. El calvario de ese hombre. Bruguera y él miran lo que queda de Fórum en respetuoso silencio. Hasta que alguien se atreve a decir unas palabras.

—Val, ¿me llevas a casa? Ya no hay metro.

Madrid se despierta. Saca sus piernas por las sábanas de la M-30 y alza su mano para apagar el despertador. Su mano son cuatro torres gigantescas de metal y cristal, y el despertador que quiere estampar contra la pared, el mismo Sol en el cielo. La noche ayer fue dura y Madrid se acostó con la ropa puesta. Lleva abrochado el puño de su camisa con las torres Kio, al final del largo brazo de la Castellana.

Lejos de tanta poesía barata está nuestra comisaría.

David entra en su despacho y se sorprende al ver allí sentado a Cosme, como si siguiera trabajando allí.

—A lo mejor es verdad que estás mayor, si has olvidado que ya no trabajas aquí — dice dejando su cazadora en el perchero.

—Muy gracioso.

—Si buscas a Jorge, no puede venir hoy. Al parecer salen todas las grapas del mes. No sé qué significa, pero lo dijo como si fuera importante.

—Ya lo sé, vengo de dejarle en la tienda. Con el que quería hablar es contigo.

En La Reserva, Cosme y David, sentados en una de las mesas, toman un «Miguel Jones». Exótico nombre para un castizo chocolate con churros, pero así es este lugar. Por la hora, las once y cuarto, el ambiente en el bar atlético es mucho más tranquilo que en anteriores ocasiones. Al contrario que la conversación de los inspectores, que causa de todo menos tranquilidad a David.

—¿Cómo? ¿Qué... qué tipo de cáncer?

—De los que no se curan —contesta Cosme—. Me lo detectaron en la revisión médica de la comisaría, por eso Norma lo sabía y me quería fuera.

—Joder, lo siento. No sé, si hay algo que pueda hacer...

—Lo hay. —Cosme mira a David, meditando si lanzarle esta losa o no. Para él no es fácil, pero toma aire y lo hace—. Necesito que te ocupes de Jorge cuando yo no esté. Solo echarle un vistazo. Sé que puede ser irritante a veces, pero es un buen chico y necesitará una familia.

—«Irritante» es decir poco... —cae en la cuenta—. Un momento, ¿Jorge sabe que estás enfermo?

—No.

—¡Tienes que decírselo!

—Ni hablar, Jorge no lo soportaría. Es un niño grande, no estaba preparado para perder a su hermano hace tres años ni tampoco para perder a su padre ahora. Sé que no tengo derecho a pedirte... pero prométeme que cuidarás de él.

—¿Pero por qué yo, cojones? Si ni siquiera nos llevamos bien.

—Porque necesitas una familia tanto o más que él, aunque tú mismo no lo sepas.

David sonríe. Cosme es capaz de decir en voz alta cosas que en boca de otro no significarían nada.

—Cosme Galiardo, qué personaje. No quiero que mueras —dice David. Y no es capaz de recordar la última vez que dijo algo en lo que creyera tan ciegamente.

—Gracias, hijo. Este favor que te pido... yo no he sabido estar ahí para Jorge. Es solo culpa mía. Nunca supe cómo hablar con él ni cómo tratarle... pero Dios sabe que le quiero, aunque haya sido un padre horrible.

—Sí... No hay más que verte para saber que eres un padre malísimo.

Antifaz

Anochece, pero Planeta K está abierta. En la sala multiusos Patri y David están sentados en las sillas plegables, observando a Jorge Elías que está escribiendo en la pizarra, muy concentrado. Si no fuera tan orondo podrían ver lo que pone, pero sus lorzcas eclipsan el encerado y tendrán que esperar a que se siente.

David no puede evitar echar miradas de reojo a Patri, que está disfrazada de otro personaje. Si preguntas al policía te dirá que va de *nadadora cachonda con traje de baño verde con boina roja y coletitas largas y rubias*. Si preguntas al friki te dirá que va de Cammy de *Street Fighter*, es más corto y mejor documentado.

Jorge termina y se sienta entre ellos, con la tiza aún en la mano.

—Pues así, a bote pronto, ya está —dice orgulloso.

En la pizarra están apuntadas las palabras de los crímenes, tachadas: ~~Detective~~, ~~Incredible~~, ~~Suspense~~ y ~~Marvel~~. Y a su lado un montón de palabras sin tachar: *Action*, *Amazing*, *Whiz*, *Fantastic*, *Terrific*, *Brave*, *Mystery*, *Weird*, *Savage*, *Adventure*, *All Star*, *All American*, *More Fun*, *Star-Splanged*, *Master*, *Power*, *Lightning*, *Uncanny*, *Miracle*, *Wonder...* y una veintena más.

—Esta es una mínima parte de los posibles futuros crímenes. Para escribir todos, necesitaría diez pizarras. ¿Os cuento a quién corresponden o...?

—Déjalo —interrumpe David, frustrado—. No sabemos cuántos crímenes le quedan para acabar lo que sea que esté haciendo. Ni el orden. Y aunque lo supiéramos, no se me ocurre cómo podría ayudarnos eso. Es demencial, son demasiadas posibilidades.

—Sería más sencillo si le hubiera dado por los pecados capitales —bromea Jorge.

—No puede ser tan difícil —se frustra David—, busquemos a un gordo patético que tendrá a su madre momificada en su cuarto y que está demasiado obsesionado con todos los putos superhéroes, como para darse una ducha y buscar un trabajo.

—No con todos —matiza el librero—. Hasta ahora, los orígenes secretos que ha escogido son todos de la *silver* o la *golden age*, o sea, cómics muy antiguos. De hace más de cincuenta años.

—Y no es el mierda que pintas —interviene Patri—. Ha conseguido una máquina de trasplantes, sistemas de refrigeración carísimos, inmuebles y silencio... Además de

inteligente, es alguien muy, muy rico.

—Vale. Tenéis razón. Entonces se trata de un friki al que le gustan los cómics viejos y está forrado. Pero eso no cambia nada.

Los tres se quedan en silencio, parece que han llegado a un punto muerto. Entonces Jorge se levanta de un brinco.

—Un momento... sí que cambia. ¡Sí! —dice Jorge y sale pitando—. Val, vente conmigo.

—¿Adónde?

—¡Tú ven!

Jorge recoge sus cosas rápidamente, más entusiasmado que cuando leyó que Patrick Stewart sería el profesor Xavier en la primera de *X-Men*. Y hasta hoy, ese día marcaba el máximo. David le sigue, intrigado por su energía.

—¡Eh! No puedes irte ahora —reprende Patri al librero—, mis alumnos están a punto de llegar. Y tengo que dar la clase, hoy me hacen los encargos.

Jorge le lanza algo a Patri, que ella coge instintivamente al vuelo.

—¡Apaga las luces antes de echar la verja de fuera! —dice Jorge, mientras se marcha corriendo. Patri mira el manojito de llaves que sostiene entre sus manos y tarda unos instantes en procesar la información.

—¡No! ¡Jorge Elías Galiardo, no te atrevas a dejarme aquí sola!

Patri sale detrás de ellos, pero es tarde, Jorge y David se marchan por la puerta y hace demasiado frío para salir con este disfraz minúsculo y sin sujetador. Han tenido suerte, ya los matará cuando vuelvan.

—Hijos de puta.

Jorge y David recorren la céntrica calle del Arenal. Un antiguo camino de tierra franqueado por barrancos, una suerte de Termópilas de Madrid, convertido hoy en una calle peatonal, llena de gente con el piloto automático, que une Sol y Ópera.

Pasan frente al cascarón vacío del Teatro Eslava, travestido hoy de discoteca light para niños pijos. Hace un siglo, en un palco de ese viejo teatro, un dramaturgo disparó a otro a quemarropa porque este le recordó que se había follado a su novia cuando aún era puta. Hoy, en la moderna Joy Eslava, un hijo de papá se pedirá una Fanta de naranja y la removerá antes de bebérsela porque el gas le sienta mal. A eso lo llaman «progreso».

Timón y *Pumba* llegan a una bocacalle mucho menos transitada pero igual de castiza, más cerca de la plaza de Isabel II que de la Puerta del Sol. Allí hay un

pequeñísimo escaparate de una tienda de cómics cerrada. El cristal está tapado con cartones y es evidente que lleva muchos meses sin abrir.

—Aquí es —dice Jorge—. Paco tuvo que cerrar la tienda por la crisis y ahora vende todo el material en negro. Es muy desconfiado, déjame a mí.

Jorge se siente como Gandalf ante las puertas de Durin, refrena sus ganas de decir «amigo» en élfico y llama al portero automático.

—Antifaz —contesta una voz.

—Buenas Paco, soy Jorge Elías.

—Eso dices tú —desconfía la voz—. ¿Contraseña o acertijo?

—No sé la contraseña... acertijo, a ver, qué remedio.

—Oro parece.

David se adelanta a responder.

—¡Plátano es! —dice el policía—. La respuesta es «plátano».

—¿Qué coño? —la voz del telefonillo se altera muchísimo—. ¡¿Quién es ese?!

—¡Nadie! Un amigo, que no sabe lo que dice —intenta tranquilizarle Jorge.

—Si me la estás jugando...

—No, no... la respuesta es... —empieza a enumerar, nervioso—: Mu, Aldebarán, Saga, Máscara de Muerte, Aioria, Shaka, Dohko, Milo, Aioros, Shura, Camus y Afrodita.

Silencio. Se oye un leve gruñido de refunfuño.

—Puedes pasar.

Hay un sonido electrónico y la puerta se abre. Jorge suspira aliviado.

—Son los nombres de los Caballeros del Zodiaco que parecen de oro —explica a David.

—La respuesta era «plátano» —insiste el policía.

—Qué cabezón eres.

Antifaz es totalmente distinta a Planeta K. Es una estancia claustrofóbica, demasiado llena de material. Hay un gato negro, que sube de un salto a lo alto de una estantería y les observa. El ambiente es el de una tienda misteriosa, como la del anciano Wing en Gremlins, pero con cómics en vez de antigüedades asiáticas.

Detrás del pequeño mostrador hay una puerta de la que sale un hombre delgado y con coleta canosa. Parece tener setenta años, o cincuenta pero con algún escarceo con la heroína. David no sabría por cuál de las dos opciones decantarse. No quiere volver a cagarla, así que se queda en la entrada, fingiendo mirar los tebeos apilados y deja a

Jorge capitanear. Jorge se acerca a su colega forzando una sonrisa, pero Paco no disimula su desprecio por la visita.

—Jorge Elías... No creí que volvería a verte. —Mira a David—. ¿Quién es tu novio? Huele a madero desde aquí.

—No te preocupes por él.

—Debes buscar algo importante, para atreverte a venir a Antifaz.

—Necesito que compruebes quién tiene esta lista —Jorge le da una hoja de papel. Paco lee lo que hay escrito en ella.

—Una colección interesante —le devuelve la hoja a Jorge—. Lo siento, esta información que pides es ilegal, solo pueden consultarla las casas de subasta y tiendas con licencia CGC.

—Tú tienes esa licencia.

—Tenía. Usar mis códigos ahora entrañaría un riesgo. Sería reconocer que sigo en activo.

—Venga ya, Paco, no te cuesta nada.

—Ni gano nada.

—Mira... estoy colaborando con la policía, el saber quién tiene esos cómics puede ayudarnos a atrapar a un asesino, está muriendo gente.

—Me importa una mierda. La gente está sobrevalorada. Avísame cuando empiece a matar gatos.

—Muy bien, ¿es un tema de pasta? Te pagaré. ¿Cuánto quieres?

—No quiero dinero. Quiero el cómic.

—¿Qué cómic?

—Uno de Mortadelo, no te jode. Sabes cuál. Dilo.

Jorge Elías sabe perfectamente a qué cómic se refiere. Deja caer las dos palabras como hacía Goku con su ropa pesada. Esa que al caer hacía boquetes en el suelo.

—Muhammad Ali.

—El ejemplar de «Superman contra Muhammad Ali» firmado por todos los protagonistas de la portada. El que me robaste.

—Lo gané limpiamente en una subasta.

—Lo que tú digas. Ese es el precio.

Jorge preferiría cualquier otra cosa antes que deshacerse de ese cómic. Salvo quizá volver a ver la peli de *La Liga de los Hombres Extraordinarios*. Eso sería igual de malo, piensa.

—De acuerdo —se rinde Jorge.

—Excelente. —Paco sonrío, coge la hoja y se mete en la trastienda. David, aprovecha

que están solos y se acerca a Jorge.

—Jorge, ¿qué coño está pasando aquí? Parece que estés vendiendo tu alma al diablo.

—Da igual. Escucha, existe un registro de poseedores de cómics míticos, llamado «Almanaque Siegel-Shuster». Debido a que algunos cómics especiales, como el primero de Superman, están valorados en más de un millón de dólares.

—¿Un millón?

—Sí, y cada cómic en los que se basan los asesinatos, valen, por lo menos, medio millón. Si no hubiera un control de quién tiene esos ejemplares, la gente haría reimpresiones fraudulentas. ¿Para qué falsificar billetes con complicados sistemas de protección si puedes falsificar un simple cómic de papel y venderlo por lo que quieras?

—Pero... yo mismo compré esos cómics en tu tienda.

—No. No cuentan las reediciones, los recopilatorios, ni las ediciones en otros idiomas... Solo valen esas cantidades los cómics originales americanos. Se publicaron hace ochenta o sesenta años y en un papel de mierda. Hay poquísimos en buen estado. Si el asesino está obsesionado con los orígenes secretos, y realmente está forrado, puede que los haya comprado y conste en el Almanaque. Por lo menos, merece la pena intentarlo.

Paco sale de las trastienda, con un papel amarillo de la mano.

—En España solo hay una persona que posea esos cuatro números. Y está en Madrid —dice Paco, ofreciendo la hoja a Jorge—. Me pasaré a por Ali, mañana. Yo no os he visto nunca.

Madrid de noche es un espectáculo que se aprecia mejor con un secreto. Solo cuando no deberías estar allí, sus luces brillan como uno imagina. La joven que duerme en casa de su amiga. El niño al que se le ha parado el reloj. El marido que tiene una reunión de trabajo hasta tarde. Su secreto es Madrid. Y es por sus calles por las que circula David, en un vehículo que pasó por los pelos la ITV.

Jorge está de copiloto, mirando la hoja de Antifaz y buscando los datos en su móvil.

—Se llama Víctor Vid —lee Jorge—. Tiene todos los cómics caros que inspiraron los crímenes y alguno más. Según Google, es promotor de la construcción y filántropo.

Entonces, Jorge ve algo por la ventanilla que le llama la atención.

—Eh, por aquí no se va a la zona sur. Tendrías que haber entrado por la M-30 dirección Villaverde —reconoce las calles, extrañado—. Espera, ¿este es mi barrio?

David aparca el coche en doble fila, frente al portal de los Galiardo.

—Tú no vienes. Sube a casa y estate con tu padre.

—¿Cómo? ¿Qué ha sido del «ves cosas que a la gente normal se le escapan» y toda esa mierda?

—Esta vez no. Voy a detener a un asesino, y no quiero tener que cuidar de ti. Vete a hacer compañía a Cosme o te arrepentirás cuando no esté.

—Si tanto te preocupa, quédate tú, seguro que él lo prefiere. —Se baja del coche, muy cabreado—. Pero no es tu padre y nunca lo será. Tus padres están muertos, ¿te enteras? —y cierra con un portazo.

David se marcha. Y por alguna razón, le parece que las luces de la calle brillan ahora de forma distinta.

Villano

Urbanización Surco.

Pisos y áticos de tres, cuatro y cinco dormitorios.

Primeras calidades de construcción.

Piscina y zonas ajardinadas.

¡Oportunidad única para su familia!

Aproveche ahora y descubra lo que es vivir bien en Madrid.

La gran valla publicitaria de la Urbanización Surco da la bienvenida a los visitantes. La publicidad está alumbrada por unos pequeños focos, y en ella se ven los edificios coloridos de la urbanización, con sus verdes jardines, sus niños jugando a la pelota, sus madres bronceándose en la piscina, sus padres sonrientes y el sol alumbrando la felicidad hecha ladrillo.

El coche de David cruza la valla y entra en la zona residencial. Es la misma que el dibujo, pero sombría y siniestra. Los jardines son solo de tierra, y parece totalmente desierta. La valla era un dibujo de Miró y la real es un cuadro de Goya. De la etapa de las Pinturas Negras.

No hay coches aparcados y en la mayoría de ventanas hay carteles de «se vende». El alumbrado, por ejemplo, las farolas que hay por toda la calle, no funciona. Parece que lo único bien iluminado es la valla.

David enciende la luz de dentro del coche para poder ver algo. Saca de la guantera la linterna que le dio el oficial Ibarra y sale fuera. Va iluminando los portales hasta dar con el que busca, el número 7. El terrible silencio y la oscuridad de la calle hacen incluso deseable entrar dentro del edificio de este pueblo fantasma.

Mientras, Patricia, vestida ya «de persona», apaga las luces de Planeta K. Lleva el disfraz de Cammy en una bolsa del Día.

—¿Queda alguien ahí dentro? Cierro escotilla —advierde Patri.

Sus alumnos terminan de salir de la tienda. Están todos los de la clase anterior: Felipe, Toño, Isabel, Pepe y también Galván, el repelente.

—Isa, no te pases con los bollos en tu cumpleaños, que el elástico tiene un límite —le

dice Patri a la más grande de todos ellos.

—No prometo nada.

—Ni yo te prometo que entres en el disfraz de Power Girl entonces.

En ese momento, cruzando la calle, apurado, aparece Jorge Elías, saludando.

—¡Eeoooh! ¡Patri!

—Anda, mira quién llega, Marty McFly —le vacila ella. Es una broma privada, Patri y Jorge llaman siempre así a los que vienen corriendo y saludando, por el final de *Regreso al futuro II* cuando Michael J. Fox (que acaba de ser mandado a 1985 desde 1955), aparece inmediatamente después (tras haber viajado a 2015 y a un 1985 alternativo) gritando «¡Doc! ¡Doc!» como un poseso. No haber preguntado.

—He acabado pronto y venía a ayudarte a echar la verja —explica Jorge.

—¿Dónde has dejado al fracasado? —pregunta Galván con una malicia nada disimulada—. ¿Ha ido a que lo humillen a otra tienda de cómics? —Y se ríe el cabrón.

—Cállate —le dice Patri, gesticulando como las negras en las sitcoms, moviendo mucho las manos—. ¿Sabes quién es un fracasado de verdad? Alguien tan idiota como para tener de fondo de pantalla una foto abrazado a su coche.

—¿Ah sí? —Eso le ha ofendido—. Pues tú...

—Ten cuidado con lo que dices o puedes olvidarte de tu disfraz de Naruto, gilipollas.

—Solo iba a decir... —Galván se lo piensa mejor—, que nos vemos la semana que viene. Venga, vámonos.

El grupito se marcha, con Galván rezongando y el resto aguantando la risa. Patri y Jorge se quedan solos.

—¿Y a ti qué te ha pasado? —pregunta Patri como lo haría una madre a un hijo que llega lleno de barro.

—Nada, que me han echado del *batmovil*.

El rellano del edificio no está tan oscuro como la calle. Hay una tenue luz, que, aunque testimonial, permite a David comprobar que está ante la puerta correcta. La 6-3. Llama varias veces, golpeando con la mano.

—¡Policía! ¡Abran!

No hay respuesta. Medita unos segundos qué hacer, mira el pasillo. Ni hay nadie ni parece que lo haya habido nunca.

David dispara al cajetín de la puerta y la empuja con el hombro. Entra al interior con La Perla Negra por delante.

—¡Víctor! Salga con las manos en alto y sin oponer resistencia. ¡Víctor Vid!

Todo es oscuridad. David ilumina con la linterna, pero las sombras se comen el haz de luz como un agujero negro.

Al enfocar a las paredes, David descubre un mural enorme con textura de corcho. Parece dividido en secciones, con títulos en grande en la parte superior. Los va atisbando según los alumbraba con la linterna, algunos ya los conoce: «INCREDIBLE 1», «SUSPENSE 39», «MARVEL 1»... Otros son nuevos para él: «UNCANNY 1», «FANTASY 15», una de las secciones, en vez de una palabra, tiene el símbolo de un rayo amarillo.

David se acerca a la parte más próxima a él, la de «Incredibile 1». En esta sección del mural hay colgadas con chinchetas, una sucesión de fotos polaroid en la que se aprecia, foto a foto, la conversión de Balbino Blázquez, un hombre muy delgado y de aspecto sano, en el saco de músculos grisáceo del primer crimen. Junto a las fotos hay tablas de ejercicios, recortes de revistas de culturismo y muchas notas manuscritas.

La sección que hay a continuación es la titulada «Suspense 39». Hay fotos de Antxon Azkar aún vivo, con marcas de preoperatorio dibujadas con un rotulador en su pecho. También un diagrama de la armadura, análisis médicos, y tantas fotos del proceso de la operación casera de corazón, que parece una fotonovela macabra. En la última fotografía se ve una mano sosteniendo el órgano arrancado.

David se aleja del horror, impactado. Entonces, le invade un pensamiento y busca algo concreto en el mural. Lo encuentra. Es la sección «Detective 33». Está justo en el lado opuesto de la estancia, a lo lejos.

Patri y Jorge siguen por el centro de Madrid, van hacia Gran Vía por una de las calles aledañas a la Plaza de la Luna. Las prostitutas de sesenta años están en su hora punta, los policías de la comisaría de diseño moderno tienen la educación de hacer como que no ven nada, *bastante tienen las señoras con lo que tienen*, piensan. La terraza del gimnasio que hay sobre el cine abandonado, se convierte en un bar de copas pijo. Un bar de copas que vende menos cervezas que las chinas que pasean con sus carritos por las aceras. Son las once de la noche de un jueves despejado, y eso, aquí, significa que alguien comprará a una china suficientes latas como para atreverse a follar con una de las putas ancianas, querrá celebrarlo en el bar de copas pijo y acabarán dándole una paliza los porteros, teniendo que intervenir los policías de la comisaría de diseño moderno. Es el ecosistema de las calles tan especiales como esta.

«Surco n.º 7, 6-3» pone la nota que Patri lee mientras camina por ellas. La nota que Paco le dio a Jorge en Antifaz. Desde que oyó la historia, Patri cree que hay algo que no

enaja. De pronto, se da cuenta.

—Un momento... ¿Cuándo te apuntan en ese almanaque te informan de ello?

—Supongo que sí. Es como comprar cualquier obra de arte, sabes que constas en un registro.

—¡Joder! —Patri se gira y echa a correr en dirección contraria.

—¿Qué pasa?

—Si Víctor Vid sabe que su nombre consta en una lista —dice, volviéndose—, ¿ninguno de los dos ha pensado que puede ser una trampa?

David avanza a tientas, en dirección a la sección «Detective 33». La distancia a recorrer, unos doce metros, en estas tinieblas que solo permiten ver un palmo por delante, parecen un mundo.

Choca con algo. David casi suelta la linterna, siente sus propios latidos como si fueran golpes de martillo en su pecho. Ilumina el obstáculo. Se trata de una butaca de despacho dada la vuelta. Parece que hay alguien sentado en ella.

Lentamente, David apoya su mano en el respaldo. Usa la mano de la linterna, lo que provoca que cuando gira el asiento bruscamente, para sorprender a quién sea, solo pueda atisbar a una persona de ojos vacíos sosteniendo algo entre sus manos.

—¡Joder! —David dispara varias veces sobre el hombre sentado. Acto seguido, se lamenta de ser tan estúpido como para asustarse así, e ilumina con la linterna rezando para que fuera un muñeco o algo así. No lo es.

Se trata de un cadáver, con aspecto de llevar muerto bastante tiempo. No tanto por su descomposición si no porque las heridas de bala no han soltado fluidos, salvo unos pequeños hilillos negros, como vinagre de Módena.

El cuerpo sostiene, entre sus dos manos atadas, un artefacto redondo. Más tarde, Jorge Elías dirá que le recuerda a la esfera de entrenamiento jedi de Luke en el *Halcón Milenario* y a las Bludgers para jugar a Quidditch. Para David, solo es una bola de metal de la que empieza a salir humo, como si fuera un escape de gas.

—Ahí tienes a Víctor Vid —dice una voz que surge de las sombras, mientras David tose, al inhalar los vapores—. ¿Es a quien buscabas, verdad? Menos mal que ya estaba muerto o estarías en un lío. Un héroe debería tener la mente más fría.

David intenta disipar el gas y busca frenéticamente al hombre que habla, pero si ya era difícil a oscuras, con el humo es imposible. Gira sobre sí mismo tratando de evitar ser sorprendido, pero solo consigue desorientarse. No ve nada, le cuesta respirar y ya no sabe dónde está la salida.

—Los héroes no existen, puto psicópata. Soy policía y voy a detenerte.

—Es cierto, es cierto... no eres un héroe —dice la voz—. Sin embargo, has resuelto el enigma, encontrado la guarida del villano y venido a combatirlo. Te felicito.

—Aquí no hay ningún villano, solo un perturbado con una percepción alterada de la realidad.

—Sí... aquí hay alguien con la percepción alterada de la realidad, pero no soy yo.

Una palanca de hierro golpea la mano de David, haciendo que suelte su arma. La Perla Negra desaparece por el suelo, igual de perdida que si hubiera caído en un pozo de alquitrán. Desesperado, el policía alumbra con la linterna y ve por primera vez el rostro de su atacante.

Es un rostro grotesco y metálico, con aberturas para los ojos y la boca. Los ojos, saltones, le lloran sangre y de sus cuencas salen gusanos y arañas. En su boca hay llamas. David no duda de que si ese monstruo quisiera, podría escupir fuego y quemarlo todo a su paso.

—Te ruego que me disculpes por el gas alucinógeno. Pero tener la mente un poco más abierta te vendrá bien para aprender la lección. Es algo chamánico.

David intenta golpear al ser sobrenatural que tiene delante, pero, drogado, es lento y torpe. La vista se le nubla, le pesan los párpados y siente un sabor ligeramente ácido en la boca. La habitación empieza a girar para él en una terrible espiral sin fin.

Solo le devuelven a la realidad los golpes que el monstruo le asesta con la barra de hierro. Primero en su estómago y sus costillas, y luego en las rodillas, haciéndole caer. David queda a su merced, en el suelo.

—Si vas a matarme... antes, dime quién eres —dice David sin estar seguro de si esto es un sueño o no.

—Puedes llamarme Profesor Nóvaro.

—¿Profesor... Nóvaro?

—«Nóvaro» es mi nombre, y «profesor» mi oficio. Y debo enseñarte muchas cosas. La primera: ¿Sabes por qué no has podido vencerme? Porque eres solo un hombre. Y eso no es suficiente. —Le golpea en la cabeza con la barra, la sangre de la brecha se desliza por su frente, sin que el policía oponga más resistencia que un pelele. Pero es fuerte, aunque grogui, sigue consciente—. Tienes que aprender a ser algo más. Aunque sea a golpes —Nóvaro alza de nuevo el hierro, dispuesto a rematar la faena.

—¡Entonces estás de suerte! Porque yo soy más que un hombre —en el marco de la puerta, apuntando a Nóvaro con su pistola, está Patricia—. Soy una mujer.

A ojos de Patri, Nóvaro es solo un hombre corpulento con una máscara metálica, sin gusanos, arañas, fuego, ni demás parafernalia. Una máscara diseñada para dar miedo,

pero *más cercana a un diseño de Jack Kirby que a uno de Todd McFarlane*, dirá Jorge Elías cuando Patri se la describa.

—Suelta esa palanca y aléjate de él. Ahora.

—¿Y si me niego? —Nóvaro observa a la policía. Escudriñándola.

—Te pegaré un tiro. Vaya pregunta más tonta.

Nóvaro evalúa a la mujer que le amenaza, como el lobo que mira al cazador. Patri le quita el seguro a su arma, como declaración de intenciones. Pase lo que pase, se decidirá en segundos. Y así es. Nóvaro decide ignorarla, levanta la barra para golpear y... ¡Bang! Nóvaro sale volando por el impacto de bala en el pecho y rueda por el suelo.

El piso queda en silencio, Patri se adentra al interior, apuntando con el arma al cuerpo de Nóvaro, que ha caído dando la espalda a la puerta (y a ella). Consigue verlo gracias a que, por puro azar, la linterna que sostiene David enfoca en esa dirección.

Primero comprueba que el inspector esté bien, y, aunque balbuceante y ensangrentado, lo está. Le abre la mano para quitarle la linterna y da una patada a la barra de hierro que ha soltado Nóvaro, para alejarla. Después, avanza hacia él, alumbrándole en el suelo. El Profesor está tumbado cara a la pared. Patri se agacha a comprobar que está muerto.

Con delicadeza, acerca su mano al hombro de Nóvaro para voltear el cuerpo. Él se da la vuelta de golpe y le dispara con un spray de pimienta a los ojos, dejándola ciega.

—¡Aaaargh! Hijo de puta... —grita, mientras el asesino la derrumba de una patada y huye corriendo. Patri abre los ojos con gran esfuerzo y dispara a bulto varias veces, pero como no ve ni torta, no llega ni a acercarse a su objetivo y Nóvaro consigue salir del piso. Otra se rendiría ahí, pero ella no. Patri se levanta, dispuesta a perseguirle hasta el fin, pero entonces, el mundo entero desaparece, absorbido por la oscuridad.

La linterna ha muerto. Claro que sí, porque aunque todo lo que venden los chinos funciona, las cosas se estropean mucho antes y cuando más las necesitas. Y nunca hizo más falta tener luz que ahora. Patri hace una encomiable labor de síntesis y resume la situación en una palabra.

—Mierda.

Nuclear

Cuando Madrid despierta, la plaza de Tirso de Molina abre los ojos. Ojos de todos los colores y formas, bajo unos mismos párpados. Párpados que usan las flores que venden en los kioscos de la plaza como pestañas. Las pupilas de Tirso siempre ven al emperador desnudo, y por eso gusta de parpadeos de pancartas y lucha contra la ceguera, pese a los guiños de represión policial. Por lo menos, hoy sus lágrimas y sus legañas son solo pis y litronas, en los ochenta fueron heroína y jeringuillas: eso sí es progreso, y no lo del teatro Eslava.

Por la boca de metro de Tirso sale el primer bostezo de Madrid, ese bostezo que pronto contagiará a toda la ciudad de su hermoso despertar. Si Madrid fuera una actriz, Tirso de Molina sería ese lunar que la hace irresistible. El lunar de Marilyn Monroe, Natalie Portman o Concha Velasco (aunque dos de ellas se lo pintaran). O tal vez sería unas pecas. Una por cada teatro que trufa su rostro. En cualquier caso, belleza e imperfección a partes iguales. Contemplarla es desear que nadie le diga nunca que se borre sus preciosas manchas.

Y en un dormitorio con vistas a este lunar, estas pecas, estos ojos, despierta David. No reconoce la estancia en la que se encuentra, pero sí a la mujer que está velándole, cerca de su cama, frente al gran ventanal que da a la plaza. En pijama, con los pies sobre el alféizar, dibujando en un bloc apoyado sobre sus rodillas flexionadas y fumando (con la chusta en la boca, como hacen los abuelos), está Patricia.

—¿Eso es un porro? —pregunta David, medio dormido.

—¿Quieres? —contesta ella, ofreciéndole.

—Tengo la peor resaca de la historia, no necesito más drogas.

—Deberías estar en un hospital, pero si en comisaría se enteran de que has ido a investigar solo y sin una orden de registro, te expulsarán del cuerpo. —Patri apaga el canuto en un cenicero y baja los pies de la ventana—. Y te estaría bien empleado, por gilipollas.

—Gracias por cubrirme.

—Agradécemelo no volviendo a hacer una estupidez así. Tienes suerte de que fuera hasta allí en taxi y me pudiera traer tu coche.

—No había tiempo que perder avisando a nadie... *Ouch*. —David se hace daño al incorporarse y desiste de intentarlo, dolorido.

—¿Crees que soy tonta? Fuiste allí tú solo porque no pensabas arrestar a nadie. Ibas a matarle, ¿verdad?

David no contesta. Observa el estudio de Patricia, con las paredes llenas de dibujos manga, chicas de ojos grandes y colores chillones. Repara en la colección de disfraces raros que hay en un vestidor al otro lado de la amplia habitación.

—No entiendo por qué me impusieron a Jorge Elías para ayudarme en el caso si tú eres una friki como él.

—Perdona, pero yo no leo cómics —dice un poco agraviada—. Solo veo series de anime y hago cosplay de personajes manga.

—Ah, eso es otra cosa, claro, en ese caso eres una chica totalmente normal. —David se palpa la cabeza—. Dios, me duele el melón como si me hubieran golpeado con un bate de béisbol.

—Más o menos fue eso lo que pasó.

—Recuerdo... un rostro metálico. Un monstruo.

—Estabas afectado por el gas que inhalaste. —Patri se sienta a su lado—. Yo estuve allí y solo era una máscara.

—Ese monstruo parecía muy real.

—Pues solo es un hombre.

—Nóvaro. Se llama Nóvaro. Y él también dijo algo sobre ser «solo un hombre»...

—No pienses en eso ahora. Aún puedes descansar un poco más —Patri le arropa de forma maternal, pero cuando se va a retirar, David le agarra del brazo con fuerza y la acerca hacia él. Sus caras quedan frente a frente, mirándose intensamente, nariz contra nariz. David sabe que esta apuesta es arriesgada. Todo o nada. O la gana, o la pierde para siempre. Pero este juego es así.

—¿Por qué me trajiste aquí? —interroga David, sin soltarla.

—Era la casa que estaba más cerca —se defiende ella.

—Yo creo que hay algo más. —Y la besa. Ella no se resiste, gracias a Dios, piensa David. Y durante unos segundos se permite creer que todo va a salir bien. Pero tiene que asegurarse—. ¿Significa esto que me has perdonado ya?

—El trato era que dieras tú una paliza al malo y ha sido al revés. Así que NO —contesta Patri, seria, librándose de su presa y dejando cortado a David—. Pero puedo follar contigo sin perdonarte —dice con una sonrisa traviesa que hace que el corazón de David, detenido durante unos instantes, vuelva a latir.

—Me vale.

Los dos policías empiezan a desnudarse y besarse ansiosamente. Mientras le desabrocha el sujetador, David mira el vestidor, lleno de colores chillones, orejas de conejo, colas de gato y alas de murciélago.

—Oye, estoy pensado que a lo mejor te apetecía ponerte uno de tus disfraces...

—¡Vaya! —Patri le pega un guantazo, en broma—. Mira quién es un friki para lo que quiere. —Y los dos se ríen. Y se besan. Y ríen. Y se besan.

Y así, Tirso de Molina, creó por fin a otro Don Juan.

Un par de horas después, la nave de David aterriza en Planeta K. A través del escaparate, Patricia y David ven a Jorge atendiendo a los clientes.

—¿De verdad tengo que hacerlo? —dice reticente David.

—No solo te salvó el culo anoche contándome dónde estabas —explica Patri—, sino que esta mañana ha ido a la comisaría con la información del almanaque, sin mencionarnos a nosotros. Así que la policía ya está investigando el piso de Víctor Vid y podemos ir allí sin problemas, —le gira la cara a David con su mano y le mira a los ojos—. David, tener amigos, es un gran invento.

El viernes, de toda la vida, es el día gordo en una tienda de cómics. El friki que no quería arriesgarse a ir el martes y que las novedades salgan el miércoles (por ejemplo) ha hecho un gran esfuerzo para esperar al fin de semana y comprar toda la *merca* junta. Además, por el trasiego de clientes, debe de ser hora punta: ya hay cuatro tipos haciendo cola, esperando a que Jorge Elías les cobre. El librero podría despacharles más rápido, sin duda, pero Jorge sabe que, en los tiempos del comercio online, la persona que va físicamente a una tienda, además de por los cómics, paga por un poco de conversación *freak*. David entra justo a tiempo de presenciar un poco de ese valor añadido.

—Yo amo a Millar —reconoce Jorge Elías al cliente—. Lo juro. *Red Son* puede ser el mejor cómic de Superman que he leído junto al *¿Qué fue del hombre del mañana?* de Moore. Y, aunque me gusta más su *Authority* con Quitely, adoro sus *Ultimates* con Hitch, pese al Hulk violador y el Capitán América fascista. PERO hay que reconocer que en *Kick-Ass 2* se le fue la puta olla. Quitado que el cómic es un sacacuartos de manual, es que plagia la escena más mítica de *Tormenta de Espadas*. (Lo que le hacen a Robb con la cabeza de su lobo huargo).

—A lo mejor Millar no es lector de *Canción de Hielo y Fuego*... puede ser casualidad.

—POR FAVOR. No insultes mi inteligencia, Felipe. Seguro que Millar se los empolla. Y me parece bien, joder, pero córtate un pelo.

—Lo bueno es que en la película cambiaron eso. No le cortan la cabeza a la perra del Coronel Stars ni nada...

—Mira, ¡no sé si eso me encabrona más o menos!

David, acostumbrado ya a no entender nada, observa el hueco donde antes estaba colgado el cómic de *Superman contra Muhammad Ali*. Su ausencia se detecta rápido, pues ha dejado un cuadrado más blanco que el resto de la pared. Durante años ese tebeo libró de polvo la parcela que tenía detrás y ahora su vacío recuerda a las siluetas que hay tras una explosión atómica.

David se acerca al mostrador, saltándose la cola.

—Hola.

—Ah, hola —responde seco Jorge, que sigue cobrando a los clientes, ignorándole.

—¿Podemos hablar un momento fuera?

—Puedes decirme lo que sea aquí —habla al cliente—. En fin, serán 66 euros. Con la tarjeta cliente se te queda en 60.

—Te necesito —confiesa resignado David.

—¿Cómo dices? —pregunta Jorge, pese a haberle oído perfectamente.

—Que te necesito, ¿vale? Me equivoqué al echarte del coche, si eso es lo que quieres oír.

Jorge se detiene. Deja de lado a los clientes y presta atención a David.

—Yo... también debería disculparme. No tendría que haber mencionado a tus padres. Me pasé tres pueblos.

—No pasa nada...

—¡Que se besen, que se besen! —grita un cliente de la cola.

Es viernes. El día gordo. Hora punta. Frikis inmaduros. En un momento, TODOS los clientes de Planeta K corean «que se besen, que se besen» como si fueran de excursión al zoo en el autobús del colegio.

—Qué gilipollas sois, Dios mío —replica Jorge a sus parroquianos—. No nos vamos a besar. —Duda un momento, y pregunta a David—. ¿O sí?

—NO.

—Ya os lo decía yo.

Urbanización Surco.
Pisos y áticos blablablá.
Primeras calidades de mentira, mentira, mentira.
Oportunidad única nosequé nosecuántos en Madrid.

Es curioso pero la valla publicitaria de la Urbanización Surco parece menos

impresionante a plena luz del día. Seguramente porque ahora en un solo golpe de vista se ve la desértica edificación real detrás de ella. Como si quitáramos la cortina que tapa al marionetista y le viéramos hacer la función agazapado ridículamente bajo la mesa y con los brazos en alto. Su intento por engañarnos resulta patético.

Aunque hoy la urbanización parece más viva, gracias a los coches de policía aparcados frente al número 7 y los agentes que vigilan la calle.

David aparca el cascarro en la puerta, lleva a Patricia de copiloto y a Jorge detrás. Patri le instruye.

—Recuerda que oficialmente nunca hemos estado en este lugar, así que tendremos que actuar un poco. El que sepan que estuvimos aquí solo dificultaría la investigación, ¿de acuerdo?

—Tranquila.

—No, si yo estoy tranquila. Hice teatro en el instituto, pero espero que vosotros estéis a la altura.

El trío entra en el piso. No parece el mismo, ahora hay luces policiales, que iluminan las distintas partes del mural. La butaca del cadáver está vacía y hay varios agentes de policía recogiendo muestras y sacando fotos de todo.

—¡Oh! ¡Qué sorprendente! ¿Quién lo hubiera imaginado? —dice Patri—, fíjate tú... ¡HALA! —Y se interna en el piso, muy satisfecha con su actuación. Los pocos policías que han prestado atención a su entrada, la miran con cara de «¿qué coño le pasa a esta?». David se tapa la cara abochornado, Jorge Elías se descojona, directamente.

—Qué gran actriz —remata el librero.

David reconoce al policía al mando, es el oficial Ibarra, el policía con el que coincidió en el primer crimen, el que les dio las linternas de los chinos.

—Inspector —saluda Ibarra—. Debemos dejar de encontrarnos en sitios así.

—Y que lo diga. Qué sabemos.

—Todo el edificio pertenecía a Víctor Vid. Era millonario, pero hemos pedido el extracto de sus cuentas y durante los últimos años la mitad de su fortuna ha sido dilapidada en compras extravagantes y la otra mitad ha sido retirada paulatinamente en efectivo. Estamos comprobando sus propiedades por si usara alguna otra de piso franco, pero son demasiadas, tiene hasta una mansión en el centro de Madrid.

—Empezad por esa.

—Ya hemos mandado un equipo a comprobarlo, allí no hay nada. A lo mejor el que

sea que suplantó a Vid ni siquiera sabe todos los inmuebles que tenía.

—¿Suplantar a Vid?

—Sí, perdón, creí que le habrían informado. Hemos retirado por razones sanitarias un cadáver que tiene toda la pinta de ser el del finado Víctor Vid, aunque no tendremos confirmación oficial hasta el análisis de Bruguera, todo apunta en esa dirección.

—¿Y sabemos algo del hombre que se hacía pasar por él? Este mural no se hizo en un día, alguien en esta urbanización ha debido ver al impostor, en los meses que se ha tardado en confeccionar.

—Solo hay otros dos pisos ocupados en todo el complejo y están a la otra punta. Sinceramente, el asesino ha podido hacer lo que le ha dado la gana desde aquí. Podría haber matado a plena luz del día, con las ventanas abiertas y no hubiera tenido problemas.

—Gracias, oficial —dice David, con ganas de concluir la conversación—. Avíseme si encuentran huellas al menos, por mucho cuidado que haya tenido, debe haber algo de lo que podamos tirar.

Jorge recorre el mural, seguido de cerca por Patricia. Saca su libreta de «apuntar cosas importantes» y va comentando según avanza. Empieza por la sección titulada «Fantasy 15».

—Esta sección se refiere al origen de Spiderman, en *Amazing Fantasy* n.º 15. Este de «Uncanny 1» al de la Patrulla-X. Y el del dibujo del rayo podría ser el Capitán Marvel o Flash...

—¿Hay algo que nos pueda ayudar a adelantarnos al próximo crimen? —pregunta Patri.

—*Pff...* es que no sé... como muchos orígenes, tanto el de Spidey como el de los X-Men se deben a la radiactividad. Por eso a los mutantes les llaman «hijos del átomo». Pero no creo que Nóvaro tenga acceso a una bomba atómica, ¿verdad? —bromea Jorge.

Jorge escudriña la sección con el símbolo del rayo. Puestos con chinchetas en el mural, hay unos dibujos de una vara con dos serpientes enrolladas y coronado por dos alas abiertas. El librero apunta su hallazgo en la libreta.

—Esta es la vara de Hermes... Pero el rayo es el arma de Zeus. Los dos, son parte de la invocación de «SHAZAM!». Es «S» de Salomón, «H» de Hermes, «A» de Aquiles...

Cerca de él hay dos mujeres policías observándole como si fuera un bicho raro, son Concha y Pilar, dos de esas policías a las que el pantalón del uniforme sí les queda espectacularmente bien. Jorge sigue a lo suyo, muy concentrado.

—¡No! —se corrige—. Es «S» de Salomón, «H» de Hércules. El que le da la velocidad al Capitán Marvel es Mercurio, que es la «M».

—Tú sí que eres «la M» —murmura Concha y la otra chica policía suelta una risilla odiosa, celebrando la burla.

Hay algo hipnótico en el mural, en su minuciosidad macabra y su heterogeneidad plástica. Patricia vuelve sobre sus pasos y se queda embobada mirando la sección «Fantasy 15». Hay varias arañas, pinchadas al tablón con alfileres, junto a una hoja arrancada de las Páginas Amarillas, gráficos y otros papeles ininteligibles. En el papel amarillo de la guía de teléfonos, hay un anuncio, parece de una tienda de animales, marcado con un círculo rojo: Wundagore.

Algunas de las arañas son pequeñas, pero otras son mayores y dan bastante repelús. Hay una especialmente grande y asquerosa. Una tarántula, quizá. Patri, juguetona, quiere tocarla. *Solo un momentito*. Acerca su mano lentamente al cadáver del arácnido. Su aspecto alienígena y su pelo, harían dudar a cualquiera de que el bicho esté muerto de verdad. Está a punto de tocarla, las yemas de sus dedos, ya anticipan el contacto grimoso del vello del ser inerte, cuando...

¡Yappappaa Yappaappaa iishanten! ¡Hashagu koi wa ike no koi! ¡Yappappaa Yappaappaa iishanten! ¡Mune no tai wa dakaretai...!

—¡Aaaaaaargh! —grita Patri, asustadísima al oír el tono de llamada de su propio móvil (la música del *opening* de *Ranma ½*). Los policías de al lado la miran, pero al ver que es la misma loca del numerito de antes, no se extrañan ya de nada. Ella disimula, se recompone rápidamente y coge el teléfono.

—¿Sí?

David inspecciona la sección «Detective 33». No hay nada en ella, solo el título arriba. Pero donde debía haber pistas sobre el crimen, solo hay un tremendo...

—Vacío —se lamenta el inspector. Y no sabe si se refiere al mural o a sí mismo. David se queda meditabundo, preguntándose cómo encaja el asesinato de sus padres en este misterio dentro de otro misterio dentro de otro misterio. Todo este caso es un juego de muñecas rusas con capa de superhéroe y cada vez que cree avanzar en la investigación, solo consigue destapar una nueva muñeca más pequeña pero igual de desconcertante. Tiene miedo de que tras la siguiente muñeca esté su propia vida.

Le saca de su ensimismamiento Patri, que aparece visiblemente alterada y con su móvil de la mano.

—Ha llamado Bruguera, ha pasado algo. Tenemos que irnos.

—Pero... acabamos de llegar, ¿cómo es de importante?

—Como una bomba atómica.

Fantasía

—¿No debería apestar más?

En la sala de autopsias, David, Jorge y Patricia observan un cuerpo que yace sobre una camilla. Bruguera hace de maestro de ceremonias.

—Sí, pero este cadáver ha sido tratado —responde al inspector—. Está medio embalsamado, lo que además impide precisar cuánto lleva muerto. Pero mínimo cuatro o cinco años.

—El asesino es muy paciente y meticuloso —apunta Patri, sin poder evitar un punto de admiración.

—Así es. Y sacó el cuerpo del formol hace poco, por alguna razón. Vete a saber. Por los balazos *post mortem*, a lo mejor fue para hacer prácticas de tiro.

—Hay que estar enfermo para ensañarse así con un cadáver... —dice Jorge sin darse cuenta de que tiene a su lado al «enfermo» que ha dejado a Vid como un colador. David disimula.

—En fin —dice, tratando de cambiar de tema—, espero que lo que has dicho por teléfono fuera una broma.

—Ojalá. No había signos de violencia, así que busqué indicios de envenenamiento. Y he descubierto rastros de polonio 210.

David se da la vuelta, incapaz de contener la rabia. Tiene ganas de pegar a algo. Muy fuerte.

—Mierda. ¡Joder! No me jodas...

—¿Qué pasa? —Jorge no comprende el drama—. ¿Por qué es tan importante?

—En cuanto entra en juego material radioactivo, pasa a ser un tema de seguridad nacional —le explica Patri—. Nos quitarán el caso para dárselo al CNI.

David se recompone.

—¿No puedes olvidarte de esto, Bruguera?

—No, lo siento. Hace años tuvimos otro caso con polonio 210 y los de asuntos internos se volvieron locos porque se extraviaron unas muestras.

—Pues se acabó —se rinde David.

Todos se quedan en silencio, hechos polvo por el callejón sin salida en el que se

encuentran. Bruguera les mira y no puede evitar apiadarse de ellos.

—Mirad... lo máximo que puedo hacer es retrasar el informe. En vez de elaborarlo yo mismo, mandaré las muestras a Pinar del Rey, a la Comisaría General de la Policía Científica. Conozco a esos burócratas y sus protocolos, y tardarán en dar con ello un par de días. Después de eso, tendré que dar la alarma.

Esa noche, la casa de los Galiardo parece un viejo anuncio de un juego de mesa. Esos spots en los que aparecía toda la familia, reunida alrededor del tablero, con las fichas de colores, los cubiletes y los dados, todos riendo felices. En nuestro caso, la familia (si podemos llamar así a Cosme, Jorge, Patricia y David) está reunida alrededor de un juego terrible: la ingente cantidad de documentos policiales, informes y fotos, extraídos de analizar minuciosamente el mural de Nóvaro (o, como lo llama Jorge Elías, *el making of de los asesinatos*). Por lo que sea, nadie está riendo feliz.

David y Jorge están sentados en el sofá de dos piezas, frente a la mesa de cristal sobre la que están todos los ficheros y carpetas. Cosme ocupa el sillón individual y Patri está acomodada en el suelo, con una pierna bajo su culo (la postura no parece cómoda, pero debe serlo). Hay cajas del Pizza-Hut esparcidas por el salón, servilletas hechas un gurrño, y latas de cerveza y Coca-Cola light, como pisapapeles.

Los cuatro llevan toda la noche trabajando, pero no parecen avanzar mucho. Si esto fuera la Oca, estarían en la casilla del Pozo.

—Está jugando con nosotros —dice David—. Si no, ¿por qué sacar el cadáver de donde lo tuviera escondido? No tiene sentido. Lo único que hacemos es ir siguiendo las migas de pan que nos tira.

Jorge coge la última porción de pizza que quedaba antes de hablar. No quiere arriesgarse a que alguien aproveche su disertación para robarle el trozo de la vergüenza.

—Bueno, al menos ahora sabemos cuáles son los crímenes que quedan: «Fantasy 15», «Uncanny 1» y «el rayo». Tres.

—También sabemos que tiene el polonio —añade Patricia.

—Pero seguimos sin poder anticiparnos —insiste David.

Cosme interviene, como haría un padre que ve sufrir a sus hijos con un ejercicio de matemáticas demasiado complicado para su edad.

—Pensad. Debe haber algo que sepáis seguro que necesita para sus próximos crímenes.

—Bruguera dijo que podría rastrear el polonio —recuerda David—, pero tardaría más de una semana, y para entonces ya dará igual, el caso será del CNI.

Jorge tiene la boca llena de pizza «Carne Lovers» cuando la idea le llega de pronto. Una idea demasiado buena como para esperarse a masticar y tragar.

—¡ARAÑAS! —grita lanzando perdigones de mozzarella—. Estaban en el piso y, por muy creativo que se ponga, tiene que usar una, por huevos, para el origen de Spider-Man.

—¡Y sabemos en qué tienda va a comprarlas! —Patri busca entusiasmada entre la documentación que ha traído del «vaciado» del mural. Ha recordado algo que vio poco antes de que casi le diera un infarto por intentar tocar la araña *de las narices*. Lo encuentra: una fotografía de la hoja de Páginas Amarillas con el anuncio de la tienda de animales Wundagore. Patri se revoluciona—. ¿Qué hora es?

Jorge Elías se mira el reloj.

—Las 5 de la mañana.

—¡Podemos llegar antes de que abran!

Patri y Jorge se levantan como un resorte, cogen sus cazadoras dispuestos a marcharse de inmediato. Cosme les para los pies.

—¡Vosotros dos! Ni se os ocurra ir de aquí sin tirar toda la basura.

—¿Y él? —dice Jorge indignado, señalando a David.

—Él no se ha levantado como un poseso.

Jorge y Patri, a regañadientes, recogen las cajas de pizza y las latas, y se las llevan, murmurando maldiciones en élfico y japonés, respectivamente.

Cosme aguarda a quedarse a solas con David, y cuando está seguro de que los otros dos están liados con las bolsas en la cocina, le hace una confidencia.

—Tienes razón —dice con tono grave—. El nombre de Víctor Vid, os llevó al mural, y el mural ahora os lleva al siguiente paso. Pero el cadáver solo le perjudica, podría haber usurpado esa identidad mucho más tiempo. O ha cometido un error, o hay algo más que quiere que descubras. En cualquier caso, hay que investigarlo. Es la clase de cosa que se me daba bien, déjame hacerlo a mí.

David sonríe.

—Cosme... me acabas de ahorrar tener que pedírtelo.

Jorge y Patri aparecen con las bolsas de basura preparadas y las cazadoras puestas, como dos niños impacientes.

—¿Nos vamos?

Wundagore tiene un neón parpadeante, de colores azul y rojo, como un *diner* americano

de los años cincuenta o un puticlub de nuestros días. No podía ser una tienda normal y corriente estando en el barrio de Chueca.

Chueca es el piercing de Madrid. O su tatuaje, su cresta, su pelo rapado (o teñido de rosa), sus zapatos de plataforma, sus botas de punta de acero, su tacón de aguja. No es una cuestión de orientación sexual, qué idiotez. Es una cuestión de personalidad. En Chueca pasar desapercibido se considera una pérdida de tiempo. No es una provocación, es una demostración de orgullo. Y no hay nada que forme más parte de la esencia de Madrid que el Orgullo.

Wundagore parece un establecimiento pequeñito desde fuera, pero dentro se descubre que es un local muy profundo (aprovecha el patio interior de un antiguo bloque de vecinos, al estilo de la cercana Casa de Tócame Roque). En la puerta, un cartel nos informa de que, además de tienda de animales, también es clínica veterinaria.

Regentan Wundagore dos mujeres de mediana edad que se distribuyen el trabajo con la misma equidad que hacen con las mantas y las almohadas por la noche: al cincuenta por ciento.

Una, rubia y fuertota como una valquiria, es Wunda Umbriel, que debe su exótico nombre a su origen germano. Vino desde Baviera a Madrid en 1989 repudiada por una familia muy conservadora pero lo suficientemente rica como para mandarla a estudiar Veterinaria muy lejos y preservar su honor, así acabó en la Complutense.

La otra, morena y poca cosa como un hobbit, es Nagore, hija de ganaderos de un pequeño pueblo de Extremadura. Vino a Madrid «de fregona» hace treinta años. Limpiaba porterías, pisos, oficinas... y facultades, si se terciaba. En la que más se entretenía era en la de veterinaria, pues Nagore disfrutaba corrigiendo a los alumnos. Ella no tenía estudios, pero se había criado en una granja, y eso bien podían habérselo convalidado por media carrera.

La universidad y su amor por los animales, las presentaron. Los paseos desde el campus hasta Puerta de Hierro, las enamoraron. Y en los tiempos en los que casarse era una utopía, ellas celebraron su enlace de la única manera que podían: uniendo sus nombres en el letrero de una tienda, un neón parpadeante, de colores azul y rojo.

Patri y David hablan con Nagore en el mostrador, al fondo de la tienda. Detrás de ella, en una balda en alto, hay un televisor encendido, casi inaudible, dando capítulos de Pocoyó.

Patri demuestra ser una gran interrogadora (mucho mejor que actriz, sin duda) y consigue información en una conversación de aparente informalidad. Así Nagore les

cuenta que abrieron Wundagore con la intención de que fuera una tienda de mascotas normal, pero que las exigencias del barrio las fueron empujando poco a poco a ser expertas en encargos... exóticos. *Va por temporadas*, les cuenta. En los noventa, al auspicio de la leyenda urbana de Richard Gere, vendieron cientos de hámsteres sin pelo (se deslizan mejor por el recto). En realidad nadie se los metió jamás por el ano (que ellas sepan), pero regalarlos junto con un bote de lubricante era una broma recurrente. Más tarde se pusieron de moda las «serpientes Salma Hayek» (ofidios aterradoros, de gran tamaño, que en realidad son inofensivos) para hacer *stripteases*. Parecía que no eras un travesti de verdad si no tenías un reptil enorme a juego con tu pene. Y más recientemente, con internet, la cosa se ha descontrolado. Les piden cosas concretísimas y rarísimas, les sale a cuenta conseguirlas, porque tienen un gran margen de beneficio, aunque *algunos encargos acojonan de la hostia*, reconoce Nagore.

Mientras, en la zona de los terrarios, donde puedes ver a los perritos tras un cristal, Jorge Elías se ha quedado embobado mirando unos cachorros blancos, con la sonrisa con la que lo hacen las niñas que salen del cole y se meten en la tienda a suplicar a sus padres que se los compren. Sí, es cierto que esa mirada en un hombre gordo de casi cuarenta tacos es menos adorable, pero qué queréis que os diga, es la que tiene. Wunda observa al librero desde la entrada de su consulta veterinaria. La puerta está abierta y ella está ociosa, pues es demasiado pronto para que venga nadie.

—No me mires así, «tigre» —le pide Jorge Elías al perro—, si pudiera, te sacaba de aquí, ¿lo sabes, no?

Cuando llegó a Madrid, Wunda perfeccionó su castellano leyendo *El Jueves* y *El Víbora* (sus historietas preferidas eran Makinavaja y Makoki, respectivamente). Por eso ha desarrollado cierto sentido detector de lector de cómics, que le vibra muy fuerte delante de Jorge Elías y hace que le caiga bien en seguida. No durará.

—Por camiseta veo que te gustan tebeos, como a mí —dice con su acento teutón, acercándose y sacando de su ensimismamiento a Jorge—. Estos son schnauzers blancos, igual que Milú.

—Hm... en realidad, Milú es un fox terrier —corrige el librero.

—No, no, es un schnauzer, hazme caso que soy veterinaria.

—Hazme caso tú a mí que vendo *merchandising* de Milú a cascoporro. Estatuas, bustos, llaveros, peluches... mi jubilación me la va a pagar el puto Hergé. Esta cosita no es como Milú —dice mirando al perro—, se parece más a Ideáfix. Solo habría que pintarle de negro las orejillas.

—¿Sí? ¿Cuál raza es Ideáfix?

—Ninguna. Es como Krypto, que en los cómics no se deja claro de qué raza es. —

Wunda frunce el ceño.

—¿Quién es Krypto?

—Joder, el perro de Superman.

—Superman no tiene perro.

—Ooooooh... —Jorge parece coger carrerilla. Wunda no lo sabe, pero ha pinchado en hueso, ahí—. SÍ TIENE.

Wunda y Jorge siguen discutiendo cada vez más acalorada y ridículamente. Jorge saca a relucir algo llamado *Crisis en Tierras Infinitas* de Marv Wolfman y George Pérez y Wunda amenaza con darle una hostia que le mande a su Garmisch-Partenkirchen natal. Si ella no fuera lesbiana, uno pensaría que se han enamorado.

—Lo siento. Llevaba una gorra y gafas de sol, y solo le vi cuando vino a por ellas. El encargo lo hizo por internet.

—¿Qué encargo? —pregunta David.

—Unas arañas muy raras —dice Nagore—, unas *Liphistius Malayanus*. Le advertí que esas cabronas son peligrosas, si han hecho algo... cuando salen por esa puerta ya no son asunto mío.

—No se preocupe por eso y dígame si recuerda algo más.

—Bueno... le interesaba que fueran resistentes a la radiación... dijo que las necesitaba para un experimento en la Feria de Ciencias.

—¿Qué Feria de Ciencias?

—Esa —dice Patri, señalando la tele como si hubiera visto un fantasma. David y Nagore miran a la pantalla. O Pocoyó ha cambiado mucho o han interrumpido la programación para dar una noticia de última hora.

«Asesinato en la Feria de Ciencias de Madrid» reza un *crawl* que va pasando por la parte inferior de la pantalla.

Desde la avenida General Perón, con el Palacio de Congresos de Madrid (y su mural de Miró) como telón de fondo, una joven y guapa reportera realiza una conexión en directo. Tiene que alzar la voz para poder oírse, debido a la marabunta de bomberos, policía y ambulancias que hay detrás de ella, al otro lado de la calle.

La víctima, un varón sin identificar de unos dieciséis años, ha sido descubierta esta mañana al abrir las puertas del recinto ferial a los primeros visitantes. Se ha desalojado a todo el mundo y se ha prohibido la entrada a los medios de comunicación, pero nosotros hemos tenido acceso a algunas grabaciones de testigos

presenciales antes de ser expulsados del lugar de los hechos.

Se trata de grabaciones hechas con móviles furtivos. La calidad de imagen y sonido es pésima en la mayoría, pero eso fomenta la imaginación, y es casi peor. Detrás del cordón policial se atisba algo colgando del techo, como un cerdo en un matadero. Varios bomberos tratan de descolgarlo. Una mujer grita *¡Es solo un niño, por el amor de Dios!* mientras enfoca sus propios pies en sandalias. Más tarde, se ven los dos cables metálicos, como enredaderas o alambre de espino, que llegan hasta el techo y que sostenían el cadáver. Los policías tratan de alejar a los curiosos, mientras dos enfermeros del Samur cierran una bolsa isotérmica para cadáveres, un zoom indiscreto muestra una mano negruzca, como infectada (Jorge Elías diría más tarde que *así se pone la mano si te muerde un zombi*).

El cuerpo se encontraba colgado del techo por sus muñecas y con lo que un agente de policía ha definido como «la peor picadura que ha visto en su vida». Fuentes oficiales, nos confirman *off the record* que se trata del cuarto asesinato de una serie de *performances* macabras que se han realizado por todo Madrid, sin que, al parecer, la policía haya podido esclarecer los hechos. Se diría que la Policía Nacional está poniendo más esfuerzo en evitar que estos crímenes salgan a la luz que en detener a los culpables.

Horas después, Patri está sentada tras el mostrador de Planeta K, leyendo las reacciones en Twitter, Facebook y demás, en el ordenador de la tienda. Han subido más grabaciones a YouTube y baten récords de visitas. El morbo es moneda de curso legal en la red.

—Joder, internet echa humo con esto. Y lo peor de todo es que la gente se las ha ingeniado para hacer memes divertidos con los asesinatos. Respeto no tendrán, pero imaginación y tiempo libre les sobra a los cabrones.

—No podría importarme menos lo que digan en las redes sociales —dice David, que está dando vueltas alrededor de las estanterías, frustradísimo.

—Si hubieras leído *El juego de Ender* no pensarías lo mismo —replica Jorge, mientras saca cómics de unas cajas de cartón y los coloca en el expositor.

—¿*El juego de Ender*? Vi la peli y era un poco malilla —dice Patri.

—Era un truño. Una versión light e insípida del libro, es como comparar un vaso de agua con un plato de sopa de cocido. Y la trama de Peter y Valentine como Locke y Demóstenes se la follaron impunemente.

—¿De qué iba?

—¡Por favor! —les interrumpe David, harto de su cháchara sin sentido—, hoy ha muerto un niño. En una semana Bruguera pasará el informe al CNI y perderemos el caso. No sé qué hacer, no sé adónde ir y, sobre todo, no sé qué pretende ese hijo de puta.

Tras la llamada al orden, Jorge deja de colocar los cómics. Medita un instante si decir o no lo que está pensando. Al final, decide saltar al vacío.

—¿De verdad no lo sabes, o no quieres aceptarlo? David no sabe de qué está hablando.

—¿Qué coño dices?

—¿No es evidente? Nóvaro se cree un supervillano... Está intentando crear un superhéroe y te ha escogido a ti, por alguna razón. Ese es su objetivo. Mató a tus padres hace veinte años y los asesinatos empezaron cuando llegaste a Madrid. En este teatro, tú eres el único espectador que le interesa. Pero como no aplaudes su obra, cada vez busca más público.

David mira a Jorge. Cualquiera que intentara desentrañar sus pensamientos podría creer que esta interiorizando las sinceras palabras del librero. Y puede que así sea. Pero en cualquier caso, es demasiado absurdo. Demasiado absurdo para considerarlo siquiera.

—Es increíble... de todas las chorradas que has dicho, creo que esta es la más idiota —David no puede creerse que alguien diga en voz alta cosas como «supervillano» sin reírse—. Patri, anda, dile a tu amigo que eso es una gilipollez, por favor.

—Estoy de acuerdo con él —suelta sin pestañear—. Nóvaro quiere que seas el superhéroe que le combata, David.

—¿Tú también? —se da cuenta, por su complicidad, que era un tema que ya habían hablado antes ellos dos—. Cojonudo —dice decepcionado—. Supongo que os parece muy divertido vivir la vida como si fuese un puto juego de rol. Pero está muriendo gente de verdad, no personajes de cómics... y vosotros queréis jugar a los disfraces. Me dais pena.

David se dirige airado a la puerta. Patricia trata de retenerle, le agarra del brazo, y al girarse, se quedan mirando muy de cerca. Tan cerca como cuando despertó en su cama en Tirso hace apenas un día.

—Dejadme en paz. Los dos. —El inspector se zafa y sin mediar más palabras, abandona Planeta K, dejando a Jorge y Patri solos y sintiéndose muy culpables.

Esa noche los Galiardo cenan juntos en su comedor, como han hecho tantas y tantas

veces antes. Jorge lamenta que Val esté cabreado con él, reconoce que en ocasiones *debería meterse la lengua en el culo*. Jorge sabe que su padre odia ese lenguaje soez, pero parece divertirse hablando de manera vulgar delante de él, para picarle.

Cosme trata de consolar a su hijo, como hacía habitualmente cuando Jorge venía del colegio, quejándose de los motes y las collejas. Recuerda una conversación que tuvo con Javier, en la que le pidió que protegiera a su hermano. Más tarde, se preguntó si eso no hizo madurar a Javi demasiado pronto. Si su hijo mayor no tenía derecho a ser un niño durante más tiempo. Pero para cuando fue consciente de la pregunta, Javier Galiardo era todo un hombre y no había marcha atrás.

—No te preocupes, tu hermano se iba constantemente enfadado de tu tienda y siempre volvía a por más —dice Cosme tratando de animarle.

—Este al menos no me atiza cuando pierde en un debate dialéctico.

Una puya. Es el agradecimiento que recibe Cosme por tratar de ayudar a su hijo. Debería callarse. No decir nada más. Pero es tan duro... sabe que la ironía y el sarcasmo de su hijo son solo una máscara. Le conoce bien. Le ha limpiado los mocos demasiadas veces para dudar de eso. Pero ya no hay tiempo para máscaras, ¿es que no se da cuenta? Esta vida no es lo suficientemente larga como para sacar tiempo para odiar a los que más te quieren. Además...

—Mañana hace tres años ya —deja caer Cosme.

—Lo sé.

—Me hubiera gustado que os entendierais mejor.

—Y a mí ser alto y guapo, pero es lo que hay, papá.

Cosme suelta un bufido, se levanta y se marcha con su plato a la cocina. Es inútil. Se irá de este mundo dejando un hijo empecinado en hacer daño cada vez que abre la boca.

—¡Es broma! —Jorge Elías intenta arreglarlo y va detrás de su padre—. Joder, últimamente estás muy susceptible...

Cosme se pone a fregar su plato. El ruido del grifo tapa el sonido de su llanto. Jorge entra con su plato también, lo deja en la pila y se acerca a su padre. No recuerda haberle visto llorar nunca.

—Papá... ¿qué pasa?

—Siento mucho que nos odies tanto a tu hermano y a mí.

—Por favor... eres la persona más honrada que conozco, llevarías a objetos perdidos un billete de 500 euros si te lo encontraras por el suelo. Sacaste adelante a dos hijos, en esta ciudad, tú solo. Y haces las mejores croquetas con jamón del mundo, ¿cómo voy a odiarte? Es solo... que es difícil competir con un fantasma.

—¡Pues deja de competir! Tú estás aquí. A ti puedo decirte que estoy muy orgulloso

de la persona en la que te has convertido.

—¿De verdad?

—Tu hermano... se hizo GEO para impresionarme. Lo sé. Y a pesar de lo que cree la gente, nunca le dije que estaba orgulloso de él. Como si cada cosa que hiciera fuera lo mínimo que podía hacer.

—Papá... Javier lo sabía. Era idiota, pero no tanto. Estaba orgulloso del padre que tenía... y yo también lo estoy, aunque parezca adoptado.

—¿Adoptado? —se ríe—. Eres independiente, obstinado y un rival terrible en una discusión. Eres clavado a tu madre, Jorge. La persona que más he querido en mi vida.

Jorge tarda unos instantes en digerir la información.

—Gracias, papá —dice emocionándose. Y después su padre y él se abrazan, como si no se hubieran visto en mucho tiempo. Y en cierto modo, así es.

En otro lugar de Madrid, un móvil vibra en silencio sobre una mesa auxiliar de Ikea. El nombre parpadeante en la pantalla es «Patri». La mano que rechaza la llamada es de David.

El joven inspector se dispone a comer el que puede ser el banquete más triste del universo, mezcla de lo peor de la cena de un piso de estudiantes y la cena de un soltero: un paquete de pan de molde, pechuga de pavo y queso fresco.

David enciende la tele, a ver qué hay. Sería feliz con alguna mierda tipo Gran Hermano, un programa para no pensar, con gente sencilla y mentes simples. Pero en el primer canal que ve ponen «GrasMan», una serie patrocinada por una marca de embutidos sobre un superhéroe porcino que combate el crimen con armas como los «Chorizakus» (una ristra de chorizos a modo de nunchaku), «la morcilla de humo» (una morcilla de la que sale gas lacrimógeno) o «la espada de Jabugo» (una pata de jamón, ya roída, que empuña como un sable con pezuña). Es el final del capítulo y una voz en off se pregunta si GrasMan será capaz de salir de la trampa de «mortadelas movedizas» que le ha preparado su némesis, Mr. Fibra.

El policía tira el mando a la tele melodramáticamente, ante tanta idiotización colectiva, y decide irse a la cama sin cenar.

Rayo

*¡Madrid, Madrid; qué bien tu nombre suena, rompeolas de todas las Españas!
La tierra se desgarras, el cielo truena, tú sonríes con plomo en las entrañas.*

Los sábados, Madrid se siente melancólica y recuerda los versos que inspiró, como recuerdan las personas sus amores de juventud. Hoy toca Machado, mañana quizá Miguel Hernández, Alberti, Calderón de la Barca, Góngora, Quevedo, Sabina o El Club de los Poetas Violentos. Madrid no tiene escrúpulos, se entrega a cualquiera que le diga que la quiere. Le valen lo mismo seguidillas que sonetos, coplas que hip hop *hardcore*, es una musa barata.

Quizá esa melancolía es la que hace que el sabbat sea el día de la tertulia improvisada en Planeta K. Los parroquianos ya han ido comprando las novedades durante la semana (o el viernes por la tarde los que esperan a coger la *merca* de una tacada) y el sábado es día de comentar la lectura, las series y dejar caer *spoilers* al oído desprevenido (y que se caga en la puta de oros, consecuentemente).

Hoy entre los tertulianos están tres viejos camaradas de Jorge (y «alumnos» de Patri): Felipe, Toño y Pepe.

Felipe es dentista, tiene una consulta en Hortaleza que le puso su suegro. La única consulta que además del *¡Hola!* y el *Pronto* pone a disposición de los pacientes cómics de Los Vengadores.

Toño trabaja en la farmacia de la Estación de Atocha, es un aficionado a las consolas retro, por eso tiene enchufadas en la rebotica una NES, una Megadrive (con Mega-CD) y una Super Nintendo.

Pepe es registrador de la propiedad, tiene una oficina en Ciudad Lineal, al lado de Metro Quintana, asegura que la montó tan lejos para tardar más en llegar a los sitios, porque como él lee los tebeos en el metro, así no pierde el ritmo de las colecciones mensuales.

Se criaron todos en Madrid pero se conocieron en el Salón del Cómic de Barcelona, en 1998, el año que estuvo de invitado Stan Lee. El destino tiene esas cosas extrañas. De regreso, viviendo cada uno en una punta de la ciudad, Planeta K se convirtió en el lugar

de reunión idóneo: en el centro, lleno de cómics y regentado por esa enciclopedia viviente para lo friki que habían conocido en el *Saló*.

Jorge está en el mostrador, leyendo un cómic de Grant Morrison y tratando de desentrañar la verborrea psicotrópica del escocés. Para alguien que ha estudiado a Heidegger, debería resultar sencillo, pero no tiene un buen día.

Felipe, Toño y Pepe pululan por la tienda, pero Jorge no participa de su conversación como hace otros sábados. Hoy no está de humor para discutir *si el Mefistazo de Spider-Man es mayor cagada que el lío de New 52 de DC o las dos cosas son igual de mierda*. Y es que los lectores de cómics son el gremio que más energía gasta en criticar lo que consumen ávidamente, como drogadictos que se quejan de la mala calidad del caballo mientras aflojan la guita y se atan la goma en el brazo.

David entra en la tienda. Lleva una carpeta en la mano y se dirige hacia el librero de manera tan abrupta que Jorge se asusta un poco.

—Ha habido otro asesinato —le suelta sin ninguna introducción previa y olvidando que habían discutido el día anterior—. En Palomeras Bajas. Esta vez ha sido el del rayo. —El inspector saca unas fotos y se las enseña. En la primera hay un hombre muerto, con un casco metálico plano, como una bacía de barbero—. La víctima ha aparecido con un puto orinal en la cabeza.

—Es el casco de Hermes, el dios de la velocidad —explica Jorge, observando la fotografía—. Entonces, el crimen hace referencia al Flash de la Edad de Oro.

—¿Cómo es su origen?

Felipe se mete en la conversación como el que no quiere la cosa.

—¡Jay Garrick inhala accidentalmente unos vapores de agua pesada que le dejan en coma, y cuando despierta, tiene supervelocidad! —Tras su intervención, el dentista sigue mirando cómics, como si nada.

—En nuestra versión —continúa David, ignorando la intromisión—, lo que inhala es metanfetamina en grandes dosis. Le han mantenido encerrado, suministrándole constantemente esa mierda. Por lo visto, hace que la percepción temporal se dilate, parece que el tiempo pasa más despacio, o que tú vas más deprisa. Lo mismo da.

—¿Y funcionó?

—Pues a ver —David saca un papel para leer los datos exactos—, en una semana, ha escrito tres novelas de ciencia ficción, dos docenas de canciones de rap y parece que cuando murió estaba investigando una cura para el cáncer. Por lo que me han dicho, no iba mal encaminado.

En otras fotos, Jorge aprecia que el cadáver está tendido sobre un charco de sangre y, dibujado con ella, en la pared de su «celda», hay un rayo como el de AC/DC o el de Flash Gordon. La víctima lleva unos vaqueros azules, unas zapatillas rojas y su torso desnudo está «escrito», lleno de frases aparentemente ininteligibles.

—Cuando se le terminaron los folios empezó a escribir en su piel —prosigue David—. Y cuando gastó el boli, empezó con el compás.

—Genial —dice irónicamente Jorge. Y mientras observa las fotografías, se llena de remordimientos: una persona ha muerto horriblemente y solo puede pensar en lo bien que encajarían estos nuevos cromos en su «Álbum de las maravillas».

Y entonces hay un silencio incómodo, fruto quizá de que David recuerde su despedida airada de ayer. Similar a ese momento cuando, de pequeño, te levantabas, saludabas a tu madre, y justo después recordabas que habías jurado no volver a dirigirle la palabra. Aunque no recordabas por qué. Y decididamente no importaba.

—Vale, me rindo —dice desesperado el inspector—. ¿Según tu teoría qué va a pasar a continuación?

Jorge se pone interesante como Asurancetúrix cuando alguien le permite tocar la lira por fin. Y como el bardo de Goscinny y Uderzo, Jorge no desaprovecha la ocasión:

—Si a estas alturas de la historia el villano no ha conseguido lo que quería, subirá la apuesta en el último crimen, llevándolo a lo personal, si es necesario. Suele ir a por los seres queridos del héroe, para obligarle a entrar en su juego.

—Es lo que hizo Kingpin con Daredevil en *Born Again* —dice inmiscuyéndose Pepe.

—Y el Joker con Batman en *The Killing Joke* —añade Felipe.

—¡Y el Duende Verde cuando mató a Gwen Stacy! —grita Toño desde lejos. Jorge se harta de tanta ayudita.

—¡A ver! Esto es una conversación privada, no una mesa redonda del Salón del Cómic. —Mira recriminando a sus camaradas—. ¿Os importa?

Los tres amigos se marchan, en plan «vale, vale». David espera a que se dispersen, para retomar el hilo.

—Pues si su plan es atacar a mis seres queridos, conmigo lo tiene complicado.

—Ya. Aún así, me alegro de que Patri haya pasado la noche en tu casa. Parece dura, pero le daba miedo dormir sola.

—¿Qué? No... no he visto a Patri desde que me fui de aquí ayer.

—Imposible. Me dijo que te llamaría.

—¡Mierda! —La cabeza de David va a mil por hora. *Maldito idiota, ¿por qué no le cogió el teléfono? Se comportó como un niño orgulloso, y ahora ella está... No, no puede ni pensarlo. Ella está bien. Tiene que estarlo.*

En casa de la familia Galiardo, la mesa sigue cubierta con los papeles del caso. Pero ya no en el caos de hace un par de noches. La división en montañitas perfectamente ordenadas y un montón de notas, son buena muestra de que Cosme ha estado investigando. El policía jubilado habla por teléfono.

—Entiendo. ¿Y podría mandarme los datos de esa persona? Sí, al mismo fax. Gracias.

Por la impresora que hay sobre un mueble auxiliar, sale un folio. Cosme lo lee, y le cambia el rostro.

—Dios mío, no, no, no... —trata de calmarse y ordenar sus pensamientos. Tiene que hablar con alguien— ¡David!

Saca el móvil, busca el contacto...

Ding-dong. El timbre de la puerta le sobresalta.

—¡Ahora no puedo atenderle!

Cosme se lleva el teléfono a la oreja, deseando que no sea tarde para avisar a David.

En Planeta K, David también tiene el móvil en la oreja. Jorge observa intranquilo la llamada. Tras el primer tono, salta una grabación: «Hola, soy Patricia, para hacer más amena la espera, voy a cantarte la cabecera de One Piece —canta en japonés—. *Aritakeno yume wo kakiatsume sagashi mono sagashini yuku no sa ONE PIECE!*».

—Y aún dice que no es friki —ríe David, de los nervios—. Vamos, contesta, por favor...

—Nada. Tiene narices el asunto... —Cosme se desespera al ver que el móvil de David comunica todo el rato.

Toc-toc-toc. Vuelven a llamar a la puerta esta vez con la mano. Cosme no abre, pero insisten otra vez.

Toc-toc-toc.

—Joder. ¡¿Quién es?!

—¡Círculo de Lectores! Tenemos promociones para nuevos socios. —Mientras habla, Cosme busca a Jorge Elías en su móvil.

—No me interesa, márchense.

—¡Solo será un momento! Por favor. —Cosme pulsa y llama.

—Con el carácter que tiene, esta es capaz de haberme bloqueado —se le ocurre a David—. Llámala tú, a ver si a ti te lo coge.

—Vale. —Y Jorge se marcha corriendo hacia el interior de la tienda.

—¿Adónde vas?!

Jorge, que ya estaba bajando las escaleras, cerca del póster de Alan Moore, se vuelve para contestarle.

—¡Tengo el móvil cargando en la sala! Que me he fundido la batería jugando a Pixel Theory, ese juego es un puto vicio.

—¡Maldito idiota! ¿Qué estará haciendo? —Cosme está al borde de un ataque, el pobre hombre. Su desesperación va en aumento, y los golpes a la puerta y el timbre no ayudan.

Ding-dong.

Toc-toc-toc.

Ding-dong.

Toc-toc-toc.

Ding-dong.

—¡Bueno, ya está bien! —Va a abrir la puerta, exasperado. *No tiene suficiente con lo suyo, que tiene que venir el del puto Círculo de Lectores a joder la marrana.* Abre la puerta, ensayando mentalmente el rapapolvo que va a echar al vendedor pesado.

Allí está Nóvaro, apuntándole con una pistola y acompañado de otros dos hombres con máscaras metálicas similares a la suya.

—Oferta de lanzamiento.

Bang.

Cosme cae sobre la mesa de cristal en la que estaban todos los documentos, rompiéndola, pero quedando incrustado en la estructura metálica que sostenía el vidrio. Es una escena bastante patética, por la postura ridícula en la que ha quedado Cosme (como un muñeco de trapo), y por la herida de su abdomen que no deja de expulsar sangre a borbotones, manchándolo todo. Sin duda, los disparos a bocajarro son menos artísticos en la realidad que cuando los dibuja Brian Bolland y el *plomo en las entrañas* no hace sonreír tanto como en los versos de Machado.

Kansas

«No hay nada como el hogar» es una frase manida. A lo mejor no lo era en 1939 cuando la soltó Judy Garland, pero hoy está tan manoseada que ya no significa nada.

En primer lugar, ¿qué es «el hogar»? No es simplemente dónde vives, eso desde luego. Por lo menos, Patri no considera su «hogar» a su picadero de Tirso de Molina.

También le cuesta llamar así al pisito en el que vivió con su madre durante casi veinte años en el barrio del Pilar. Ese piso que su padre abandonó. El piso en el que su madre nunca estaba. Tenía demasiados trabajos mal pagados como para poder ocuparse de su casa (o su hija).

No. Si lo mira con perspectiva, para ella eran más hogar las casas de los vecinos que la suya propia. Esos vecinos que se la iban pasando como se pasaba antes al Santo. Unos días comía en casa de la señora Eufrasia, otros días en casa de la Librada y así. Todo el bloque decidió adoptarla, y en cualquiera de sus casas se sentía a salvo y querida. Llegó un momento en el que tenía un horario como el de las asignaturas del cole para saber a qué casa tocaba tal día. Eso sí, comiera donde comiera, siempre procuraba merendar en casa de los Galiardo.

Cosme la trataba con cariño, tanto que Patri sospechaba que el policía hubiera preferido ser el padre de niñas. Su esposa había sido profesora de instituto y tenía mucho carácter. Le echaba a Patri las broncas que su propia madre no se atrevía. Y la apreció por ello.

Pero si algo le gustaba a Patri de ir de merendola a casa de los Galiardo (además de los sándwiches de pan Bimbo con Nocilla) eran sus dos hijos. Sobre todo uno.

«Jorgito» le sacaba cinco años, y su hermano mayor ocho. De modo que cuando ella tenía trece, Javi tenía unos esplendorosos veintiuno. Era inevitable que acabara enamorada como una tonta de él. Estaba buenísimo. Y era muy reservado, lo que le daba un aire misterioso muy atractivo. Es normal que por las noches Patri soñara con que fuera su *Mamoru Chiva*, su *Ikki*, su *Sasuke Uchiha*. Deseaba correr un gran peligro y que él viniera a rescatarla. Seguramente ese sea el pensamiento menos feminista del universo. No le pega nada a una mujer con los ovarios tan bien puestos como esta policía, pero hasta las mujeres duras fueron niñas. Y la sombra de Walt Disney es

alargada.

No está segura, pero cree que se hizo amiga de Jorge Elías solo para estar cerca de su hermano. Por supuesto era un amor platónico. Patri no recuerda haber tenido una sola conversación de verdad con Javier, seguramente en todo el tiempo que fueron vecinos cruzaron diez frases. Él no tenía nada que decir con quince años a una niña de siete. Y a menudo ella creía que él no sabía de su existencia.

Pero se llevaba genial con Jorge. Excepto el verano que él dejó de hablarle porque le coloreó con los *plastidecors* los *Conan* de John Buscema. *Estaban en blanco y negro, por el amor de Dios, debería haberme dado las gracias*, pensó en su día. Hoy ella misma se abofetearía si coloreara sus Tankōbon.

Jorge no tenía amigos de su edad (o de otra) y para él era una refrescante novedad ser admirado por alguien, aunque fuera una niña pequeña. Patri escuchaba sus historias frikis, más divertida que interesada.

Una vez, cuando la madre de Patri decidió cortarle el pelo estilo chico para no tardar tanto tiempo en peinarla, Jorge trató de convencerla para que se dejase llamar «Carrie Kelly», como la Robin femenina del *Dark Knight Returns*. Ella pasó del tema, pero le permitió contar toda la historia de los cómics de Frank Miller, y con eso se fue contento.

Algunas de las hazañas que hacía este tándem era alquilar las películas en el videoclub y grabarlas juntando dos reproductores VHS. Aquella operación, que hoy parecería tosca, a Patri entonces le parecía tan meritoria como un trasplante de pulmón. Así consiguió los OVAS de *Dominion Tank Police* o *Evangelion*. Pero su película favorita durante aquella época era *Akira*. Porque era la única peli que Javier se quedaba a ver con ellos en el salón. Había suficiente violencia, tacos y explosiones para que él no sintiese que estaba viendo dibujos animados para críos. En realidad, ninguno de los tres entendía nada de lo que pasaba en la película, pero maldita sea la falta que hacía. Molaba y punto.

Esta mañana también pensó en *Akira*. Cuando conducía hacia Planeta K con la sirena de su coche patrulla encendida y el móvil sonando incesantemente en el asiento del copiloto. La tensión que sentía, con esa cacofonía infernal, conduciendo por el centro de Madrid y portando las peores noticias imaginables, bien podría ser una escena del anime de Katsuhiro Ōtomo.

Se subió a la acera a toda velocidad, para no perder tiempo aparcando, y entró en la tienda. Jorge volvía del interior, con el móvil de la mano y disculpándose con David por tardar tanto, cuando la vio, jadeando y muy nerviosa. Jorge dejó de hablar *ipso facto* como si pudiera leerle la mente.

David fue a su encuentro, feliz de verla pero enfadado por el susto.

—Idiota, ¿tienes el móvil de decoración? —le recriminó—. Nos tenías preocupados. —Entonces David la miró a los ojos y también supo que algo no iba bien—. Patri, ¿qué ocurre?

Patri se volvió hacia «Jorgito» y sintió lo mismo que el día que se marchó del bloque, cuando su madre volvió a casarse y vendió el piso. Sintió que una parte de ella misma moría para siempre.

—Es tu padre, Jorge.

Si «hogar» es el lugar que te reconforta al entrar, el lugar en el que te sientes a salvo, el lugar al que sientes que perteneces... entonces Jorge Elías tardará en volver a tener uno. Hoy su casa no le reconforta, no le hace sentirse a salvo y, teniendo en cuenta que hay una docena de policías revolviéndolo todo como si estuvieran desvalijándola más que registrándola, ni siquiera tiene claro si pertenece a ella.

Jorge y Patri observan la marabunta policial. Están sentados juntos en el sofá frente al que se comían los sándwiches de Nocilla hace tanto. El sofá no está en su sitio habitual, está pegado a las estanterías en un extremo del salón. Los policías lo han apartado porque estaba frente a la mesa de cristal sobre la que se derrumbó Cosme y necesitaban espacio para trabajar la escena del crimen. En el mundo real no dibujan la silueta con tiza en el suelo, pero no dista tanto. Varios marcadores numerados indican salpicaduras y restos donde cayó el cuerpo y empezó a desangrarse.

Patri constata que Jorge está realmente mal cuando uno de los policías derriba sin querer la torre de los videojuegos de la Playstation (sin número) y él no se inmuta. Incunables del entretenimiento que pese a las mejoras tecnológicas siguen sin ser superados, como los primeros *Resident Evil*, *Silent Hill* o *Metal Gear Solid*. Los cuatro discos de *Final Fantasy VII* ruedan por el suelo y el librero no pestañea. *El mejor videojuego de todos los tiempos pasados y futuros* (Jorge Elías dixit, con 172 horas de partida) es pisado por unas botas y Jorge sigue mirando al infinito, sin ver.

Mientras, el inspector de policía al mando escenifica el crimen, ajeno a la presencia del hijo de la víctima y bajo la atenta mirada de un oficial, que toma notas. El policía usa de «pistola» su propia mano y se mueve por la estancia, recreando lo ocurrido, muy teatralmente.

—Entra y ¡boom! cae sobre la mesa. Arrastran el cuerpo hasta aquí. No hay manchas de sangre en el pasillo... así que taponaron la herida antes de sacarlo. Era un varón de unos ochenta kilos. Y por el testimonio del portero tardaron menos de veinte minutos en

salir pitando. Eso nos pone en un mínimo de tres asaltantes para poder transportar el cuerpo...

Patricia no aguanta más y se levanta para no seguir escuchando el relato. Se excusa ante Jorge diciéndole que tiene que estirar las piernas. Jorge no contesta, ni da señales de haberla oído. Patri se acerca a una compañera, otra policía joven, Concha. Famosa en comisaría por el buen culo que le hace su uniforme. Lo cual no importa nada ahora mismo, pero es que en estos momentos de presión es cuando se piensan las cosas más inapropiadas. Suplica a Concha algo de información, susurrando, para que Jorge no se entere.

—Ha perdido mucha sangre —dice Concha, intentando evadir el tema—. Y es una persona muy mayor...

—Concha, no me hagas hacer la pregunta, por favor, ¿está vivo o no?

Concha tiene instrucciones precisas de no compartir información del caso con nadie ajeno a la investigación, pero mira a Jorge y recuerda burlarse de él frente al mural de Vid. Decide compensar un poco aquello.

—Cuando se lo llevó, sí. No puedo decirte más. Pero por ahí dicen que no tiene muchas posibilidades.

En el despacho de la comisaria, el ambiente no es más alegre. David está reunido con la jefa, él sentado en la sillita frente a su mesa y Norma en su gran sillón. Todo en la estancia está pensado para que quien esté a un lado se sienta muy pequeño y quien esté al otro se sienta muy grande. Y funciona.

—Voy a apartarte del caso. Ahora estás demasiado implicado... —Norma hace una pausa de esas de «voy a decir algo... no, mejor, no lo digo», y suspira—. Hazte un favor y no vuelvas hasta el lunes.

—Sí, señora —David se levanta y se dispone a irse sin decir nada más. Cruza en silencio los escasos metros del despacho, pero cuando abre la puerta y ya vislumbra el pasillo para marcharse, la comisaria dice algo. Como si se le escapara.

—Se equivocaron al confiar en ti.

David se vuelve.

—¿Qué?

—Hubo quien apostó por ti ciegamente en la junta de traslados. Yo dije que eras demasiado joven, pero no me escucharon. Y ahora mira lo que ha ocurrido. No sé en qué líos metiste a Cosme, pero yo le había apartado del caso para que viviera sus últimos días en paz. ¡Era mi amigo, y tú le pusiste una diana en la cabeza!

—¡Cállese! —el joven inspector explota. Se acerca a la mesa, y señala a la comisaria con el dedo, apenas conteniendo su ira—. No se atreva a llamar «amigo» a Cosme. No

sabía ni cuántos hijos tenía. Y le suplicó que no le jubilara. ¡Se lo suplicó! Un hombre que debería ser tratado con honores... Si le hubiera dejado continuar, Cosme estaría a salvo y puede que el asesino en la cárcel. Ser policía... era su vida. Y usted se lo quitó. Yo... no soy el que debería sentirse culpable aquí.

Norma intenta replicar a David, pero su voz es tan inaudible como cuando era novata y Cosme la vio por primera vez, hace una vida. Quizá no le salen las palabras porque hace mucho tiempo que no pide perdón a nadie y ha olvidado cómo hacerlo. Piensa entonces que Cosme se equivocó, hace años, cuando recién llegada le dijo que si vivía lo suficiente, habría cometido tantos errores que parecería lista. Ya es muy mayor y no se siente nada inteligente.

Pero en lo que no se equivocaba Cosme es en lo otro que decía siempre: en esta ciudad acabas lleno de sangre tarde o temprano. Ojalá ese día no hubiera llegado nunca para Cosme Galiardo, pero esta ciudad siempre cumple lo que promete.

David se marcha dando un portazo.

Los agentes terminan de recoger y se marchan de casa de los Galiardo. Es noche cerrada y ha sido un día muy duro para todos.

Patri hace compañía a Jorge en su habitación. El librero está tirado en su cama, hecho polvo pero con los ojos como platos. *No creo que vuelva a dormir nunca más* dijo esta tarde cuando intentaron que se echara un rato. Y ahora Patri le ha obligado a tumbarse, pero él se ha colocado dándole la espalda, para que ella no vea su poca intención de descansar. Hasta tiene los brazos cruzados, en señal de rechazo de cualquier ayuda.

David entra en la habitación, y saluda a ambos, aunque Jorge finge no percatarse de su llegada.

—¿Queda alguien? —pregunta Patri.

—No. Me he cruzado con el último —se sienta al lado de Patri en la cama que está libre. Le gustaría besarla, pero no sabe si sería adecuado. Así que se limita a poner el brazo detrás de ella, como haría un buen amigo. Ella se lo agradece y apoya su cabeza en su hombro.

—¿Y ahora qué?

—Si Cosme está vivo... —Ring. El teléfono interrumpe a David— ...llamarán —concluye el policía, sorprendido por la increíble inmediatez de la respuesta.

Al oírlo, Jorge se incorpora como un resorte, muy nervioso. El teléfono inalámbrico está en la mesilla de noche, entre las dos camas. Quita el aparato de la base y lo sostiene

delante de él. Le da miedo descolgarlo. Lo mira como miraba John McClane las bombas en *La Jungla 3*. No se siente capaz y se lo da a David, que descuelga sin más ceremonia. Jorge y Patri escuchan atentos.

—Diga.

—Hola, héroe —saluda Nóvaro—. No has sido un buen estudiante, pero aún tienes una oportunidad. Tu examen final.

—¿Qué has hecho con Cosme?

—No te preocupes por el Inspector Galiardo, está en la sala de profesores. Ha sido un buen tutor, pero la última prueba debes superarla tú solo.

—Dime qué quieres que haga.

—Quiero que escuches el enunciado del problema. Estoy en el Depósito Central de Chamberí. El que provee de agua potable a todo Madrid. Y voy a usar cierta sustancia para envenenar el agua de esta ciudad. A no ser que me detengas.

—¿Cómo? ¿Qué se supone que...?

—Ven el próximo sábado a las 21:00 y enfréntate a mí. Si no apareces, mataré a tu mentor y después a tu ciudad.

—Iré.

—Claro que lo harás. Pero te lo advierto... si aparece un policía, mataré al viejo y el Manzanares será el Estigia. Lo mismo si viene un civil. Solo pasará alguien digno, así que trae tus mejores galas.

Nóvaro corta la llamada.

Patri y Jorge tardan un poco en reaccionar, impactados por la conversación terrorífica y estrambótica a partes iguales de la que acaban de ser testigos.

—¡Es una locura! —estalla Jorge—. Hay que hablar con la comisaria y contarle todo lo que sabemos de Nóvaro.

—Sí, demos el aviso —le apoya Patri—. Ya sabemos dónde se esconde, por muy protegido que esté, le atraparán.

Pero David no está de acuerdo con ese curso de acción.

—Atraparle, sí. Pero matará a Cosme, eso seguro. Y contaminará el agua. Tiene los medios para hacerlo y no le tiembla el pulso. Además, Bruguera a estas horas ya habrá pasado el informe. Y si el CNI se hace cargo del asalto, priorizarán el polonio. Entre salvar a millones o a un policía jubilado... Cosme no les importará nada, si avisamos, puede darse por muerto.

—Entonces, ¿qué opción nos queda? —se rinde Jorge Elías.

—Solo podemos hacer una cosa. Darle lo que quiere: un puto superhéroe.

Origen

Los días siguientes, Madrid está cubierta de nubes que no se deciden a descargar. Es apropiado que la ciudad lleve ese velo, porque David se siente como una novia la semana previa a su boda: con Patricia ayudándole a encontrar el vestido perfecto y Jorge Elías instruyéndole en las Sagradas Escrituras para que todo vaya bien en la ceremonia, delante del cura. Se le ocurrió comentarlo y Jorge dijo: *sí, como la boda roja, va a ser esto, no te jode*. David se quedó desconcertado.

Domingo.

Patricia está en su piso de Tirso, trabajando en las mejores galas que Nóvaro exigió a David. Jorge Elías le ha pasado varios libros de Alex Ross para que estudie sus diseños. *Si los superhéroes fueran modelos, Alex Ross sería Dolce & Gabbana* dijo el librero. Pero a Patri le está costando horrores plasmar en dibujo algo que se aproxime a eso y además tenga sentido que se lo ponga alguien en el mundo real para ir a pegarse con gente de verdad. Esto no es tan fácil como hacer un traje de guerrero espacial con corchopán y comprar una peluca de Vegeta.

Por su parte, Jorge y David aprovechan que Planeta K está cerrada para trabajar en la sala multiusos. El librero imparte al policía un curso acelerado (y supuestamente improvisado) de cómo ser un superhéroe. A la vista está que Nóvaro es un sibarita del noveno arte y no se conformará con un tío disfrazado, querrá alguien que se sepa las reglas del juego. Y ahí entra Jorge Elías.

—Lección 1: «La ética del Capitán América» —escribe en la pizarra y acto seguido se da la vuelta como hacen los profesores en las películas americanas tras poner su nombre. En una mano sostiene la tiza y en la otra un muñeco del superhéroe en cuestión.

Su único alumno, sentado en la primera fila de sillas, alucina al leer el título.

—¿El Capitán América? ¿En serio? Si ese personaje es un facha. Propaganda imperialista yanqui como el Tío Sam o el puto Ronald McDonald.

—Vamos a ver... —Jorge respira, trata de retener las ganas de estrangularlo— el Capitán América luchó en la Segunda Guerra Mundial, NO participó en la Guerra de Vietnam, cuando ocurrió lo del Watergate se sintió tan defraudado por lo que había

hecho el gobierno de su país que abandonó su identidad del Capitán América y se convirtió en el Nómada («el hombre sin patria», ojo). Ha desobedecido órdenes de su gobierno un porrón de veces cuando iban contra sus principios. En resumen: el Capi es un *hippie*. Si no tuviera que ir a combatir supervillanos me lo imagino con unas greñas hasta el culo, fumando porros y fabricando su propia cerveza en una granja de Kentucky.

—Si tú lo dices... ¿Y qué se supone que tengo que aprender de él? ¿A hacer hamburguesas?

—Solo quiero que te queden dos cosas claras de Steve Rogers —se pone épico—. Una: el Capi lleva un escudo, no una espada, porque un héroe de verdad prefiere defenderse a atacar —Jorge señala el escudo en su *custom figure*—. Y dos: el Capi es el único superhéroe que lleva las orejas por fuera de la máscara —señala las orejas descubiertas—. Porque un verdadero héroe debe escuchar antes de hablar.

David rebufa, hasta las narices ya y es solo la primera lección.

Lunes por la mañana. Tirso.

Patri enseña a David un diseño con una gran capa con pliegues, digna del Spawn de McFarlane.

—Sé lo que vas a decirme. No quieres llevar capa. Has visto la puta escena de *Los Increíbles* que explica que llevar capa es una estupidez. Pero *Los Increíbles* son unos superhéroes luminosos, puede vestirles Agatha Ruiz de la Prada si quieren. Mataron a tus padres, tú tienes que ser un héroe sombrío. Como Batman, el Zorro, La Sombra o Drácula, TODOS CON CAPA.

—De hecho... la capa es lo único que me gusta.

Patri mira a David un buen rato. Y sin quitarle la vista de encima, alarga su brazo y arrebuja el diseño hasta destrozarlo. Sin abrir la boca, empieza a dibujar en otra hoja un nuevo diseño.

Lunes por la noche. Planeta K.

Cuando todos los clientes se han ido, siguen las clases particulares de Jorge Elías.

—Lección 12: «La Regla de Oro de Batman: PISTOLAS NO».

—¿Qué? ¿Cómo que pistolas no? ¿No tiene una bat-pistola?

—No. Él nunca empuñaría el mismo instrumento que mató a sus padres.

—A ver... no tengo ni puta idea, pero... yo juraría que le he visto empuñar una pistola. Una que dispara un garfio o algo así.

—Ese es el bat-gancho.

—Bat-gancho —repite incrédulo.

—Lo que odia son las armas de fuego. Mira, que da igual, con lo que tienes que quedarte es con que «los superhéroes no matan».

—Pues Lobežno sí mata.

—No eres Lobežno.

—¿Y quién soy?

—Aún no lo sé. Pero lo averiguaré.

Martes por la mañana. Tirso.

Patri está en su gran mesa de dibujo y David detrás de ella, «supervisando» lo que está diseñando y dando la tabarra.

—Solo unas cosillas —dice tímidamente, y enumera—: la capucha más ancha, sin antifaz, falta un cinturón con bolsillos para meter cosas, calzoncillos por dentro, los guantes más altos y no te enfades, pero ¿esas botas no son de mujer?

Si Patricia fuera el doctor Banner, en ese momento se pondría verde y aplastaría a David con sus propias manos.

Martes por la noche. Planeta K.

—Lección 27 «El teorema de Bond & West: fases del enfrentamiento final contra el malo». A saber: 1) Captura al héroe, 2) Discurso contando su plan maestro, 3) Descuido que permite escapar, 4) Derrota usando la información del discurso.

David sigue bufando.

Miércoles por la mañana.

Patri no aguanta más y echa al pesado de David de su casa. Le gustaría hacerlo como hacía tío Phil con Jazz en *El príncipe de Bel Air*, agarrándole de los pantalones y haciéndole volar por los aires ridículamente. Pero se conforma con darle una patada cuando sale por la puerta.

—¡Te llevaré el diseño cuando acabe, y será el que a mí me salga del culo! ¿Entendido? —Cierra de golpe, dejando a David solo en el rellano. Él se va a ir, pero decide decir una última cosa.

—¡Pues que sepas que Drácula no computa como superhéroe! ¡Lista!

Miércoles por la noche.

David escapa de Planeta K a buen ritmo y sin mirar atrás. Va ya por la calle del Teatro Lara, cuando Jorge le alcanza (sudando y con flato, el muy gorderas).

—¿Adónde vas? —le increpa jadeando—. ¡Si aún no he entrado en materia de verdad!

Pero David pasa de él y sigue andando, sin detenerse, por la calle de Loreto Prado y Enrique Chicote. Finalmente, Jorge desiste y se queda recuperando el aliento en la puerta de un local de microteatro.

Mientras ve cómo Val se marcha a lo lejos (esquivando modernos), Jorge piensa que al menos ha logrado colarle *Una nueva esperanza*, *El Imperio Contraataca* y *El Retorno del Jedi* como *entrenamiento de tácticas de combate*. No debió tentar a la suerte poniéndole después el *Episodio I*.

Jueves.

En casa de los Galiardo, sobre la mesa en la que solían cenar Cosme y su hijo (esa típica mesa redonda con faldillas y brasero debajo), hay una carpeta tamaño Din A3. David y Jorge están sentados juntos, observándola expectantes. Patri está frente a ellos. Abre la carpeta. David y Jorge miran el contenido, como miraba Vincent Vega el interior del maletín en *Pulp Fiction*.

—Acojonante —dice admirado Jorge Elías.

—Muy bueno —David está muy satisfecho, pero intenta contener su ánimo—. Supongo que es mucho pedir que sea antibalas o tenga algo de kevlar...

—Pues sí es mucho pedir, sí. Yo hago disfraces para Expomanga, no para combatir el crimen, esos materiales que quieres no se venden en las tiendas.

—Yo puedo solucionar eso —dice Jorge, y se levanta de la mesa. David y Patri se miran desconcertados y le siguen hasta su dormitorio.

Allí, Jorge abre la puerta prohibida (la que conduce a la habitación Gandalf), donde cotilleó David la primera vez que vino a esta casa. David y Patri se asoman al interior. El inspector ve ahora bien lo que entonces solo pudo atisbar: una estantería llena de cómics eróticos, desde Manara a Hentai (Chiyoji, U-Jin, Chataro, Utatane Hiroyuki...).

Patri observa el material y, atraída por las preciosas chicas manga de las portadas, coge uno de los tomos japoneses. Un chico le está metiendo el pene a una mujer por la cuenca del ojo. Cuando acaba y el líquido se derrama, el chico dice que parece que está llorando. Patri deja, asqueada, el volumen en su sitio.

—Hay partes de tu vida que no necesitaba conocer, Jorge.

—Esta habitación esconde algo más valioso que mi colección de porno.

Jorge aparta un par de cómics guarros. Hay dos cuerdas anudadas, a modo de asas. Tira de ellas con fuerza y abre la estantería como si fuera un libro. Lo hace lentamente para no tirar los tebeos de los estantes.

—Aquí guardo el traje del mayor héroe que he conocido. Me costó mucho conseguirlo.

—¿El Capitán América? —pregunta David, recordando su alegato sobre el personaje.

—¿Superman? —pregunta Patri, sabiendo que por él puso el nombre a su tienda.

Pero no es ninguno de ellos. Tras la estantería hay una vitrina de cristal, y en ella, un traje de GEO bastante quemado, pero completo.

—Ese es... —Patri se queda anonadada, no le salen las palabras.

—El traje de Javier. Mi padre cree que le odiaba, pero no es así. Le admiraba. Como todos. Era imposible no hacerlo. Y sé por qué me trataba como a una mierda. Quería que fuera tan valiente como él, para compartir la carga. Es jodido ser siempre el fuerte. Yo no pude estar a su altura, pero creo que tú sí podrás, Val.

David y Jorge están reflejados en el cristal tras el que está expuesto el traje. Lo observan con veneración casi religiosa.

—Lo difícil va a ser estar a tu altura, Jorge Elías.

—No digas eso...

Patricia se limpia los lagrimones.

—Dejad de comeros las pollas, y a trabajar —dice fingiendo dureza—. Hay que ponerse las pilas, nos quedan dos días para crear un superhéroe.

Viernes.

El piso de Patricia se ha convertido en un improvisado taller.

Patri trabaja en las partes que hay que confeccionar del traje. Por ejemplo, la dichosa capa, que da mucho trabajo conseguir que tenga esos pliegues chulos que imaginas, y además Jorge ha pedido un forro interior amarillo para resaltar la silueta del héroe, cosa muy necesaria según dice.

Mientras, Jorge está lijando el casco de GEO, que estaba bastante cascado, para darle una textura uniforme. Cuando termina, saca un spray Montana negro y empieza a agitarlo. Al hacerlo suena el típico sonido de «bolita» (*tiquitiquitiquitiqui*). Tras un rato, se sube el cuello de la camiseta hasta taparse la nariz, a modo de mascarilla, y dispara el aerosol.

—Este olor me recuerda a mis tiempos de rapero. Yo dibujo como el culo, pero conocía buenos grafiteros. Yo vi pintar a Muelle una vez. Y a Glub, Remebe... buenos B-Boys.

David no le presta atención. Está llenando el cinturón utilitario con todo lo necesario. Introduce la porra, la linterna y su pistola... Jorge lo ve y, rápidamente, se la quita de las manos.

—Nada de pistolas. Los superhéroes no matan —dice escondiendo el arma.

—¡La Perla Negra! —Se le escapa a David.

Jorge se queda parado. Dudando de lo que acaba de oír. Hay un silencio en el que David reza porque el librero deje correr el asunto, para él es demasiado vergonzoso reconocer que pone nombres a sus pistolas, como haría un niño pequeño. Pero no tiene suerte.

—¿Acabas de hacer una metáfora con lo que sientes al ser desprovisto de tu pistola, con lo que sintió Jack Sparrow cuando perdió su navío *La Perla Negra*? —dice Jorge esperanzado—. ¡Eso es una referencia friki! Creí que nunca viviría para oírte hacer una.

David respira aliviado un breve instante, pero luego lo repiensa: *lo único peor que el que sepa que soy un imbécil que pone nombres de jugadores del Atleti a sus pistolas, es darle el gusto de que crea que soy un friki como él.*

—No he dicho «La Perla Negra». He dicho «LA PERRA NEGRA» —improvisa patéticamente—. Es una expresión que usamos los polis, mezcla de «me cago en la perra» y «tener la negra». Significa que estás gilipollas si piensas que voy a ir desarmado. No voy a ponerme el traje y de pronto, hala, ya sé Kung Fu.

—¿Eso era una referencia a *Matrix*?

—¡No, pedazo de cabrón, no he visto *Matrix* ni *Piratas del Caribe* ni ninguna de las mierdas con las que construyes tu puta realidad! Lo único que he visto es que van a darme por culo pero bien si no llevo un arma de verdad.

—Llevarás un arma de verdad.

Jorge saca de su mochila una pequeña caja de cartón rectangular (más pequeña que una caja de zapatos) y de ella saca un aparato del tamaño de un *walkie-talkie*, pero acabado en dos electrodos.

—Es un taser. Lo compré en Ebay después de que me atracaran una vez en la tienda. Es de China. En Europa este modelo, el Kaio Ken, está prohibido porque las descargas son demasiado fuertes.

David sostiene el aparato y lo mira con reticencia.

—No sé... dicen que las cosas chinas se estropean mucho antes y cuando más falta te hacen.

—NO. Eso son las cosas que los chinos venden a los occidentales. Esto lo venden en china para los chinos. Los chinos son los clientes más exigentes porque son los que timan al resto del mundo.

David comprueba el funcionamiento, sin mucha fe. Aprieta el botón. La electricidad fluye entre los electrodos de forma muy potente. En la academia usó alguno de estos artilugios pero no se veían tan peligrosos ni por asomo. Una cosa está clara: ese chisme no pasaría ningún control de seguridad de la Unión Europea jamás.

—Ahora solo hay que bautizar al cacharro. Las armas de un superhéroe deben llamarse de alguna forma chula —dice Jorge. Y David le mira con cara rara—. Sí, ya sabía yo que te parecería una estupidez... eres un aburrido.

Esa noche.

Tras secarse la pintura y zurcir el último retal, llega el momento del estreno.

David se aprieta las botas.

Se abrocha el cinturón.

Se ajusta el casco y lo cubre con la capucha.

Y entra en la habitación, vestido por primera vez de superhéroe.

Jorge y Patri le estaban esperando, como espera un futuro padre noticias en los pasillos del paritorio: de pie, dando vueltas y nerviosos. Al verle, se quedan eclipsados.

Jorge Elías le observa y piensa en el *Batman* de Mazzucchelli, el *Caballero Luna* de Sienkiewicz y el *Midnighter* de Hitch. Patri suspira aliviada, porque el traje no se vea tan cutre puesto como cuando Son Gohan y Usopp se visten de superhéroes en *Dragon Ball* y *One Piece*.

Imaginad a un GEO con la majestuosidad de un lord Sith encapuchado y os haréis una idea de la apariencia de David Valentín ahora mismo.

Él se mira en el espejo y hace su propio análisis:

—Me doy asco.

—¡Anda ya! Si estás de puta madre, Val.

—Es que a algunos les sienta mejor un uniforme que otros —bromea Patri.

—Necesitas un nombre —recuerda Jorge—. ¿Qué tal Guardián Nocturno? O... ¿Capucha Oscura?

—Mierda y mierda —juzga Patri.

—¿Puedo decir algo?

—¡NO! —contestan los dos frikis al unísono. Y siguen discutiendo como si él no estuviera allí.

—Tiene que ser una identidad que imponga respeto y que exprese que no le da miedo enfrentarse al peligro él solo —apunta el librero.

—No está solo —corrige ella—. Los tres estamos juntos en esto, David solo es un vértice en este triángulo. —Patri busca en su bolso y saca un parche. Lo coloca sobre el pecho de David.

Es un símbolo: un triángulo amarillo. David lo mira, extrañado.

—¿Entonces soy... el Hombre Triángulo?

—No, eres... —a Jorge se le ocurre en ese momento—. VÉRTICE.

—Vértice... —David saborea el nombre en su boca. No está mal.

—¡Eh! Vértice es cojonudo —dice Patri entusiasmada.

—Lo sé. —Jorge Elías choca con orgullo las manos con su amiga.

David vuelve a mirarse en el espejo. ¿Es posible que cuanto más se mire, más le guste lo que ve? ¿O simplemente está preguntándose cómo ha podido llegar a esta situación ridícula? Con ese traje puesto, es imposible saber qué está pensando.

—Bueno, pues ya está todo listo —dice Patri para sacarle de su trance—, ¿no, chicos?

—No. Aún falta una cosa —contesta Vértice.

Barrio de Salamanca.

Exterior de una casa lujosa en la calle Lagasca, no muy lejos de la embajada de Italia. El edificio es famoso por el aprovechamiento que hace de la luz diurna (como los girasoles). No sirve de mucho cuando son las cuatro de la madrugada.

Alguien duerme plácidamente en una cama demasiado grande para una sola persona. Todo el dormitorio es un acto de ostentación innecesaria, con una amplitud poco hogareña. Hay un Mac con el salvapantallas activado. La pantalla es enorme. Los altavoces a su lado, también.

Una mano enguantada mueve el ratón, doble *click* y el cursor abre la carpeta de *downloads*. Hay un montón de archivos con nombres que incluyen palabras como Divx, HD, subt, XXX o DVDrip. Se marca una opción que indica «play a todo».

A la orden, se abren a la vez una docena de ventanas en el monitor (Quicktime, VLC, iTunes...) y empieza a sonar un estruendo tremendo, diálogos de películas, mezclados con canciones, *openings* de series de dibujos y gemidos de vídeos porno.

—¡Aaaaaaaaaaaaah! —Galván se despierta sobresaltado en su cama. Frente a él, de pie sobre su cama, está Vértice, grandioso y amenazador, señalándole con el táser centelleante (aún sin nombre) y llevando en su otra mano un saco de esparto. Por alguna razón, a esta artimaña Jorge Elías la llamaría más tarde *hacer un George McFly*.

—¿Quién eres? —pregunta cagado de miedo el friki irritante.

—¡Silencio! Galván Gosto, llevas años descargándote archivos con derechos de autor.

Pero eso termina hoy.

—¿Qué? Pero... si lo... lo hace todo el mundo.

—Has sido escogido para servir de ejemplo a los demás. Ponte esto en la cabeza —le tira el saco que sostenía—. Despertarás en Guantánamo. Allí las descargas serán en tu culo.

Galván recoge el saco y lo mira horrorizado.

—¡No! ¡No, por favor! —llora patéticamente—. Te daré lo que quieras. Por favor...

Vértice, que hasta ahora parecía implacable, se detiene. Parece considerar la oferta durante unos largos segundos. Finalmente, lanza su órdago.

—Quiero las llaves.

El Dodge Viper SRT-10 de Galván cruza el centro de Madrid a toda velocidad. Baja por Velázquez, cruza la Puerta de Alcalá, saluda a la Cibeles y llega a Gran Vía.

Vértice recorre el corazón de la ciudad, como la electricidad de un desfibrilador que quisiera devolverlo a la vida. Y quizá lo consigue, aunque solo sea un latido. Un latido para recuperar un pedazo de su alma perdida. Ya casi no quedan cines, pero Madrid sigue deseosa de contar historias.

Casi de madrugada, David regresa a casa de los Galiardo. Abre la puerta con las llaves que le dejó Jorge, unas con un llavero con el escudo del Atlético de Madrid (las llaves de Cosme, piensa, y el corazón le da un vuelco al recordar al viejo policía). Va a acostarse y abre la puerta de la habitación, pensando que Jorge debe estar profundamente dormido. Pero no. Jorge está pelándosela. Pim-pam-pim-pam. David le ha pillado en pleno acto masturbatorio con un cómic, que el librero tira rápidamente mientras se sube los pantalones del pijama (como si sirviera de algo disimular).

—¡Oh, por el amor de Dios, no me lo puedo creer, joder! Mañana voy a enfrentarme a un asesino que tiene secuestrado a tu padre. ¿Tú crees que es momento de hacerse un pajote?!

—¡Precisamente! —contesta Jorge indignado—. Si conoces un método mejor para no darle vueltas al asunto, me lo cuentas.

Ambos miran al lado contrario, mostrando su absoluto desacuerdo con la postura del otro. Tras unos segundos, se dan la vuelta. Se miran y se ríen, la situación es demasiado ridícula como para no hacerlo.

—Gracias, Val.

—¿Por qué? —David se sienta en la otra cama, aún sin creerse la escena onanista que acaba de presenciar.

—Por todo. Por quedarte conmigo esta noche, por ir a salvar a mi padre... por existir, yo qué sé.

—No digas chorradas. Lo hago porque tu padre es del Atleti. No me lo perdonaría si le pasara algo a un colchonero.

—Ya. De todos modos, gracias. —Jorge le ofrece la mano. David se la estrecha. Es un momento de auténtico amor fraternal. Entonces David recuerda lo que estaba haciendo Jorge con la mano hace un momento y le cambia la cara. Jorge se descojona.

—Mierda. ¡Puto cerdo! ¿Dónde está la lejí?

David se marcha corriendo sosteniendo su mano como si hubiera que llevarla al cirujano para amputarla.

—Jajajaja, ¡has caído!

Guerra

Cuando Madrid duerme, Chamberí es el barrio que fabrica sus sueños. La fragua donde esta ciudad forja sus mitos.

Siempre ha sido así. Durante la Edad Media, estas tierras pertenecían a la orden del Temple. En ellas los templarios planeaban sus cruzadas y su búsqueda del Santo Grial. Aquí quemaban a las brujas.

Más tarde, fue aquí donde residían los masones que dieron forma al Madrid de la era industrial. Aquí donde los ocultistas hacían su alquimia a la luz de las candilejas. Un barrio con tantos cementerios que los saqueadores de tumbas hacían fortuna. Hasta que la funeraria de Galileo, con su leyenda negra de muertos que volvían a la vida para vengarse, les atemorizó más que ninguna ley terrenal.

Incluso su parada de metro es un mito. Al pasar entre Bilbao e Iglesia, todo el mundo, indefectiblemente, levanta la vista del móvil y mira la estación fantasma, con su andén aún congelado en 1966. Solo ven un borrón fugaz, y sin embargo mirarán cada día, hechizados por la magia de este pasaje.

Si existieran los vampiros o los hombres lobo, no cabe duda de que se instalarían aquí, atraídos por un imán fantástico que solo ellos pueden sentir. Quizá sabedores de que Chamberí es el tintero en el que Madrid moja su pluma.

Y esa pluma hoy parece dibujar un cómic de superhéroes.

«Ángulo» (que es como ha bautizado Jorge Elías al antiguo coche de Galván y actual vehículo oficial de Vértice) circula por unas húmedas galerías subterráneas, iluminando las paredes cilíndricas con sus faros y haciendo huir a las ratas a su paso.

A medio camino entre unas catacumbas y unas cloacas, los túneles de canalización de agua del Canal de Isabel II a duras penas son lo suficientemente anchos como para conducir por ellos.

Vértice intenta concentrarse en su misión, consciente de que el destino de su amigo Cosme y de toda la villa de Madrid, dependen de que esto salga bien. Y sin embargo, no puede evitar pensar en otra cosa importante que pasa hoy. Por eso lleva encendida la radio.

Sábado, nueve menos cuarto de la noche. En breves momentos dará comienzo el encuentro: Atleti-Bayern de Múnich. El Atlético de Madrid tiene una cita con la historia, se juega ganar su primera Copa de Europa. El equipo rojiblanco solo ha disputado dos finales de Champions y la primera en 1974 la perdió contra este mismo equipo. No va a ser un partido fácil, desde aquí deseamos a nuestros chicos mucha suerte en esta gran final.

Vértice apaga la radio y se toca la oreja para activar el auricular del manos libres.

—Aquí Vértice. ¿Seguro que este es el camino?

—Aquí Hipotenusa —contesta Patri desde la sala multiusos de Planeta K. Está sentada con Jorge, frente a sendos portátiles, llevan auriculares y tienen boles con gusanitos naranjas y palomitas con mantequilla—. El depósito tiene varios túneles que solo se usan en caso de que los embalses superen los límites. Los vamos a usar para entrar sin ser vistos.

—¿Entrar sin ser visto? Pero si me han dado fecha y hora, esto no es una fiesta sorpresa, es una cita.

—Nóvaro pidió un superhéroe. Los superhéroes no entran y saludan.

—Hipotenusa tiene razón —añade Jorge.

—¿Con quién hablo?

—Con Jorge.

—Ese no es el nombre en clave que hemos acordado. Si yo soy Vértice y ella es Hipotenusa, ¿tú quién eres?

Jorge suspira, y dice refunfuñando:

—Cateto.

—¡A babor! Jejejejeje.

—Frena —le indica Patri—. Según el GPS estás justo debajo del Depósito Central.

Vértice deja los faros de Ángulo encendidos, para iluminar su expedición a pie por los túneles. Va arrastrando su capa por los charcos hasta llegar a una escalerilla en la pared. Sube por ella hasta un pequeño respiradero del que sale luz. A través de él observa el vestíbulo del Depósito Central, una gran estancia llena de tuberías y maquinaria hidráulica. Y también llena de esbirros patrullando. *Como en un puto videojuego*, media docena de soldados de Nóvaro, todos con máscaras de metal como su jefe, dan vueltas de aquí para allá, cubriendo el perímetro. Cada uno lleva un arma distinta: uno un gran cuchillo, otro un bate de béisbol, otro unos puños americanos... Uniformados todos de negro y con el rostro oculto, el armamento es casi la única forma de distinguirlos.

—Hay guardias por todas partes —informa Vértice—. Si entro por aquí, estoy jodido. ¿Podéis acceder al sistema y apagar las luces o algo así?

—Cariño... esto no es *Juegos de Guerra*.

—Val, tendrás que entrar ahí como Luke en el palacio de Jabba.

—¿Qué? ¿Alguien habla mi idioma?

—Que llames a la puerta —traduce Jorge, decepcionado porque Val no prestara atención durante la proyección de La Trilogía—. De todos modos, tenías razón, te están esperando.

—Que llame a la puerta dice... —David desecha la estúpida idea. Pero después lo piensa mejor—. Sí... eso voy a hacer.

El Depósito Central de Madrid (o, como lo conocen en Chamberí, «El Vaso») es un depósito elevado a treinta y seis metros sobre el suelo y con mil quinientos metros cúbicos de capacidad. Una gran torre hecha de ladrillos y reflejos de zinc en su corona, obra de los ingenieros Luis Moya Ydigoras y Ramón de Aguinaga, que tardó más de una década en construirse.

Una joya arquitectónica hacia cuya puerta de entrada se dirige a ciento cuarenta kilómetros por hora un Dodge Viper SRT-10 como un kamikaze.

Crash. Ángulo atraviesa el portón, rompiéndolo todo a su paso, en línea recta. Imparable, arrolla a uno de los esbirros de Nóvaro como si no estuviera allí, le pasa por encima, y los demás se apartan por la cuenta que les trae. El coche desbocado se empotra finalmente contra una pared. Aún así, las ruedas siguen girando y el motor en marcha, creando una densa nube de humo que va en aumento.

Uno de los esbirros, el más alto de todos, se acerca lentamente a la puerta del coche, atravesando la niebla. El ruido del motor es ensordecedor y el olor a caucho quemándose es penetrante y tóxico. Pero al esbirro, que empuña un gran cuchillo de carnicero, no parece importarle, y avanza hacia la puerta del conductor con más curiosidad que miedo. La abre de golpe y lanza una estocada certera a la yugular del conductor.

Pero no hay nadie para recibirla. El asiento está vacío y el volante bloqueado. Hay algo oprimiendo el acelerador para que, incluso ahora, las ruedas sigan girando, como queriendo atravesar el muro.

Es la porra de Vértice, encajada entre el asiento y los pedales de forma muy ingeniosa. Cuando el esbirro la extrae, el coche deja de acelerar y echar humo. El esbirro mira la porra confuso.

—Eso es mío —dice una voz a su espalda.

Vértice le electrocuta con El Compás y cae al suelo.

Sí. «El Compás» es el ocurrente nombre que Jorge Elías le ha puesto al táser. Al final se le ocurrió uno. Y lo cierto es que *al capullo se le da bien poner nombres*.

Vértice recoge del suelo su porra (aún anónima, Jorge está trabajando en ello). Al incorporarse, ve reflejado en la ventanilla a otro esbirro que va a golpearle con un bate de béisbol. Vértice lo esquiva por poco y el bate atraviesa el cristal del coche. Luego le sujeta el brazo para impedirle sacarlo de la ventanilla, y empieza a atizarle con la porra, hasta que deja caer el bate. Entonces Vértice le suelta de pronto, y el esbirro, que estaba haciendo fuerza hacia atrás para tratar de liberar el brazo, se cae al suelo de la inercia. Vértice mete la mano dentro de Ángulo y saca el bate. Es de titanio, más ligero y contundente que la porra. Perfecto. Empieza a golpear con él la cabeza del sicario. El sonido del metal contra metal podría confundirse desde fuera con el repicar de unas campanas. Le golpea tantas veces y tan fuerte, que le deforma la máscara de hierro sobre su cabeza hundida.

Cuando acaba con él, tiene delante a otro de sus soldados, esta vez uno enorme y corpulento, con puños americanos en las dos manos. Este parece que quiere boxear. Empiezan a andar en círculos. Estudiándose. Midiendo sus fuerzas. La única ventaja de Vértice es que el bate o la porra tienen más alcance que sus puños. Sin embargo, Vértice se deshace del bate, lanzándoselo al esbirro para que lo coja. Él alza los brazos y lo pilló al vuelo. Vértice aprovecha para darle una patada en los huevos, y después una lluvia de golpes con la porra. Una docena de porrazos que deberían haber pulverizado sus costillas. Pero aún trata de levantarse, así que le pateo con las botas de punta de acero varias veces. Con todas sus fuerzas. Pero sigue poniéndose en pie. Jorge Elías, al escuchar el relato de esta pelea, apodará a este esbirro «La Montaña». Pero Vértice no está dispuesto a acabar como el príncipe Oberyn, así que saca El Compás y se lanza sobre su enemigo poniéndolo a máxima potencia.

—¡Fríete cabrón! —y le electrocuta, aplicando los electrodos en su nuca sin parar. Protegido de la electricidad por su traje aislante, Vértice sigue apretando el botón de electrochoque hasta que la bestia deja de patear y se caga encima.

Después mira satisfecho alrededor. No hay más adversarios a la vista.

—No ha sido tan difícil —dice recuperando el aliento—, podría acostumbrarme a esto.

Al darse la vuelta, un esbirro le clava un cuchillo ancho en el abdomen. Es el primero al que se enfrentó, el más alto. Vértice, sujeta con sus manos la hoja para impedir que penetre más en su cuerpo, mientras se pregunta cómo es posible que ese tipo se haya

levantado cinco minutos después de una descarga de cincuenta mil voltios.

Entonces, una mano recoge el bate de titanio del suelo. Es el esbirro de la máscara deformada por los golpes, que se incorpora. Por el amor de Dios, por la forma en que la máscara se hunde en su cráneo, debería estar muerto. Lo que chorrea por debajo de su cara no es sangre, es masa gris. Y sin embargo, se alza.

El esbirro de los puños americanos también se levanta a continuación, cagado y todo, como un sonámbulo gigante. Y a lo lejos, el esbirro atropellado por Ángulo al entrar, al que le ha pasado un coche por encima, se pone en pie también, maltrecho, para unirse a la refriega.

—¿Qué sois? —pregunta Vértice desesperado—. ¿Zombis?

Parece una pesadilla. El esbirro del bate golpea con tal fuerza a Vértice entre los ojos que le deja ciego y le tira de espaldas. Cae a plomo, si no fuera por las protecciones, se habría desnucado contra el firme. Al menos, el derribarlo ha hecho que el otro esbirro saque el pincho de su vientre.

Cuando Vértice recupera la visión, en el suelo, mira hacia arriba, al culo del Vaso. Como si desde el fondo del cucurucho miraras la bola de helado. El techo de este cilindro, que es la torre de ladrillo, es la parte inferior del depósito elevado. Para subir hasta la parte superior, unas escaleras van llevando de un piso concéntrico a otro (los pisos son como rosquillas, con un círculo interior vacío que da a la primera planta, donde yace Vértice) y también hay un montacargas que lleva directamente al interior de la cúpula.

El esqueleto de la torre recuerda al de una fundición metalúrgica (*como la del final de Terminator 2*, dijo Jorge Elías cuando se estuvieron documentando) el suelo de cada piso es metálico y las barandillas que protegen el hueco central también.

Asomados a esas barandillas, Vértice descubre más soldados de Nóvaro observando el espectáculo, en silencio. Debe haber una docena más. Divididos en hornadas de tres o cuatro por piso. Vértice se da cuenta de que esto que le está costando tanto es solo el primer nivel. Es demasiado para cualquiera.

El esbirro del bate le rompe el casco a golpes, el del cuchillo se tira al suelo para seguir rajándole (ahora busca las juntas del traje para que la hoja penetre más), y «el golem» le da patadas en la tripa. El atropellado aún no ha llegado, va arrastrando los pies, pero traerá otra arma, seguramente una pistola. Todo acabará pronto.

La victoria (la supervivencia, a estas alturas) simplemente es imposible en estas circunstancias. Vértice es completamente consciente de ello.

—¡Joder! Me cago en mi puta vida.

Es lo último que Cateto e Hipotenusa oyen de Vértice antes de que empiecen los

disparos.

Después, solo gritos de dolor. Y silencio.

Imperio

Futre. Jugador de fútbol. Seis temporadas en el Manzanares, las seis que mejor recuerda David Valentín, porque las vivió siendo un niño. Un niño sin padres que no tenía un grupo de amigos a los que poder contar sus tribulaciones, era demasiado sombrío para que las madres estuvieran tranquilas dejando a sus hijos con él. Pero demasiado bueno con la pelota como para poder ignorarlo en el patio cuando había que hacer los equipos. Y cuando miraba jugar al Atleti de Luis Aragonés, él solo estaba pendiente de Futre. Odiaba que la gente lo llamara «el portugués» cuando las cosas iban mal y lo adoraran cuando ganaba para ellos la Copa del Rey. La gente admiraba su velocidad, sus regates imposibles y sobre todo, su potente disparo que podía romper la red. Pero David apreciaba más, pura y simplemente, *sus cojones*. Cuando hacía falta, los ponía sobre la mesa, incluso fuera del campo, cuando sin corrección política decía auténticas barbaridades del Real Madrid. Acertado o equivocado, si estabas en su equipo sabías que lucharía por ti, a muerte. Y en una época donde pocas personas estaban del lado de David, Futre le acompañó siempre.

Futre. Pistola semiautomática Beretta 92FS. Quince disparos por cargador, balas calibre nueve milímetros. Cuando Jorge Elías le requisó La Perla Negra, David la sacó del banquillo y la escondió en la parte de atrás del cinturón utilitario (detrás de la capa), junto a varios cargadores que tenía de reserva. Según la Guía de Pertenencia de Armas de España, David Valentín la licenció para un «uso recreativo», aunque la última vez que miré, combatir el crimen vestido de superhéroe no estaba incluido en ese epígrafe. La ha mantenido oculta hasta ahora, porque no sabe con seguridad si usarla infringe alguna norma de Nóvaro y no quería poner en peligro a Cosme. Pero ya no hay alternativa. No puede permitirse perder, hay demasiado en juego. Es el momento de que Futre salga al campo. Es hora de poner los cojones encima de la mesa.

Vértice saca la pistola y dispara a bocajarro al del cuchillo. La bala penetra por la base del cuello y sale por la tapa de los sesos, como el agua de una ballena cuando respira. Después se levanta, gritando furioso, y dispara al resto, mientras huyen confundidos al ver que se ha subido la apuesta. Al mastodonte le vuela los pies. Sería más fácil acertarle

en cualquier otro sitio, pero Vértice lo quiere así, aunque tarde en hacerlo cuatro o cinco disparos. Después se acerca a él y apoya la pistola en su oreja. Espera un par de segundos antes de disparar, para que sea consciente de lo que va a ocurrir.

Al de la máscara deformada le acierta en pleno esternón, lo que hace que tenga tiempo de berrear medio minuto antes de morir agonizando. Al atropellado, que ya está bastante moribundo de por sí, se acerca y lo mata como se mata a un caballo herido, pero sin mostrar piedad.

En Planeta K, Jorge y Patri no tienen ni idea de qué está pasando. Solo pueden imaginarlo por lo que oyen a través del manos libres:

—¡Aaaaaaaaarghhhhhhhhhh! —El grito es desgarrador.

Bang. Bang.

—Disparos... —dice Jorge Elías, como si se negara a creerlo. Y luego silencio.

Demasiado silencio.

—Val ha muerto. Ha muerto de verdad. Dios mío... —El librero se levanta, conmocionado. Se mueve en círculos, al borde de un ataque de nervios—. Él tenía razón, soy imbécil, un niño de mierda. Este es el mundo real, aquí dan igual los escuditos y las orejas por fuera... y yo le hice prometer que no llevaría su pistola. ¡Le he matado yo! ¡YO!

—Jorge... tú no podías saberlo... no eres responsable... —Patri intenta consolarlo, pero ella misma se flagela: *Put a idiota. Todo esto ha sido una idea nefasta desde el principio, ¿qué creías que estabas haciendo? Animar a David diseñando el traje de las narices, como si fuese un cosplayer shonen. Pero en el mundo real, si mueres no puedes invocar a Shenlong con las bolas de dragón para que lo resucite. Y encima tenías que enamorarte de él antes de mandarlo a morir. Idiota al cuadrado.*

Mientras los dos se torturan, por el comunicador suena una voz familiar.

—¿Hola? ¿Seguís ahí?

—¡Val! —Jorge salta de alegría—. ¿Estás bien?

—Por poco.

—Joder, te quiero, cabronazo, no vuelvas a hacernos esto. ¿Qué coño ha pasado?

—No hay tiempo. Una cosa, Cateto, he conseguido quitarles una pistola... ¿Crees que podría...?

—¡Acribilla a esos hijos de puta! —le interrumpe Jorge.

—Buen plan.

Clic. Vértice pone otro cargador en Futre.

Mira hacia los pisos superiores. Los soldados de Nóvaro siguen allí, terroríficos,

mirándole en silencio y juzgándole. Dan unos pasos hacia atrás y se funden con las sombras. *Ahora que saben de lo que soy capaz, serán aún más peligrosos*, piensa.

Sube por las escaleras al siguiente piso. Tres soldados se lanzan a por él a toda velocidad, como poseídos, uno lleva una tubería oxidada y los otros dos, barras de hierro de distinto tamaño. Vértice dispara a sangre fría, primero a uno, luego a otro, y al otro. Varias veces, hasta asegurarse de que están muertos.

Desde donde está, ve a otro esbirro en el piso superior y dispara. Después de años practicando, la puntería que tiene con Futre es prodigiosa, e incluso en este lugar oscuro y con poca visibilidad, le acierta en uno de los dos agujeros que tiene la máscara para los ojos. El esbirro trata de taponar la herida pero es inútil, la sangre sale como lava de un volcán en erupción, se derrumba hacia delante y el cuerpo cae al vestíbulo, provocando un gran estruendo.

El ruido hace asomarse a otro esbirro en el piso más alto de la torre. Vértice le acierta en la entrepierna, y cuando se arrodilla por el dolor y apoya la cabeza en la barandilla, le remata una bala en la nuca, no protegida por la máscara metálica.

Entonces se abre el ascensor en el primer piso y salen a su encuentro otra pareja de soldados de Nóvaro, esta vez uno lleva un palo con pinchos (*el esbirro Mad Max*, lo llamará Jorge) y el otro un palo de golf (*el esbirro Funny Games*). Corren hacia él, dispuestos a embestirle. Consigue abatir a tiros a uno, pero el otro (que avanza detrás del primero, usándole de parapeto), se acerca irremisiblemente. Vértice espera al último segundo para apartarse y aprovecha su propio impulso para empujarle al vacío cuando le ataca. Caen sobre el pobre diablo del ojo-volcán. Vértice se asoma a la barandilla y le dispara tres veces antes de que vuelva a levantarse. Aprovecha que ya está asomado para volverse y mirar hacia arriba, buscando más adversarios.

—¿Alguien más? —Ninguno responde—. ¿Nadie? ¿En serio?

Vértice se retira. Esquiva los cadáveres y se monta en el ascensor.

Clic. Pone otro cargador. Y la puerta se cierra.

El montacargas entra en El Vaso, la cúpula superior de la torre. Y sigue subiendo.

A través de la verja del ascensor, Vértice ve en la base del depósito una cuba con un líquido verde burbujeante. Tiene el tamaño de una piscina familiar y su contenido tiene el aspecto amenazador de la poción de una bruja.

—Chicos, aquí hay una cuba llena de... *blandiblub* hirviendo, o algo así. Parece algo salido de un capítulo de la serie de Batman de los sesenta.

En Planeta K, Jorge Elías se pone de pie, como si hubiera oído algo muy importante.

—Val... ¿acabas de hacer una referencia friki?

—¿Qué? No. De friki nada... esa serie es pop, la veíamos todos.

—No lo estropees —Jorge se pone ceremonioso—, David Valentín: acabas de graduarte.

El ascensor se detiene en el penúltimo piso del depósito elevado, el último al que tiene acceso el ascensor.

—¿Val? —Jorge Elías espera alguna respuesta.

—¿Cateto? —solo suena estática—. ¿Jorge? —Vértice da golpecitos al casco, para ver si recupera la señal, pero el comunicador no responde.

Patricia se quita los auriculares.

—Era de cajón. Dentro de esa esfera metálica no hay cobertura, hemos perdido la conexión —se lamenta—. Ahora, sí está solo.

Vértice abre la verja del elevador y sale afuera. Como pasaba en la torre inferior, aquí los pisos también son como un donut: una planta circular con un hueco en medio. El único piso no agujereado es la base, «el culo del Vaso», donde está la piscina con residuos tóxicos.

De modo que desde donde está, Vértice puede bajar (a la peligrosa cuba de productos químicos), o subir (al enigmático último piso). Entonces, oye una voz desquiciada que procede de arriba.

—¡Se lo advertí! Jajajaja.

Es Nóvaro. Vértice sube las escaleras, deseando que no sea demasiado tarde para Cosme. Después de tantos años sin hacerlo, se permite el lujo de rezar. No rezó para salvar su vida hace unos minutos cuando le acuchillaban, aporreaban y pateaban en el suelo, pero sí reza para que Cosme Galiardo siga con vida.

Vértice sube el último escalón y descubre el piso final.

Tiene la sensación de haber llegado *in medias res*. Todo está hecho un desastre, parece que haya habido una batalla campal ahora mismo. Hay unos monitores de televisión ardiendo y líquido verde por el suelo, junto a una especie de pila bautismal metálica... También una mesa en la que hay cosas realmente extrañas: varias jeringuillas, un saco de esparto, una cabeza de maniquí, un espejo... *¿Qué coño ha pasado aquí?*

Al otro lado de la estancia está Cosme, sentado en una silla de ruedas. Y detrás de él, Nóvaro. Parece menos imponente que la primera vez que se encontraron, pero igual de amenazador. Sostiene una pistola apoyada contra la espalda del inspector jubilado. Una P220R SIG-Sauer diría Vértice, aunque desde donde está no podría asegurarlo.

—Bienvenido —dice Nóvaro, saludándolo.

Y acto seguido dispara a Cosme a quemarropa.

El impacto lanza el cuerpo despedido de la silla y cae aparatosamente al suelo como un saco de patatas.

—¡No! —Vértice corre a ayudar a Cosme, *no puede ser, después de tanto esfuerzo, esto no puede estar pasando, no es justo, joder*. Se quita el casco y sostiene el cuerpo de su mentor contra su pecho—. ¡Cosme! Por favor, no...

Pero a Cosme se le escapa la vida a borbotones, la herida es mortal y él lo sabe. Sabe que no tiene tiempo, y acaricia la cara de David, mirándole como se mira cuando sabes que te marchas. Cosme susurra algo que solo escucha David; después, cierra los ojos satisfecho, y se deja ir.

David deja el cuerpo en el suelo, con delicadeza. Luego se incorpora, rabioso.

—¿Por qué? —pregunta, roto por el dolor.

Nóvaro menosprecia a David, dándole la espalda, y se acerca a la barandilla circular que protege el hueco que da directo al tanque de ácido humeante.

—¿Que por qué? Concreta más: ¿Por qué maté a tus padres? Porque soy malvado. ¿Por qué he matado a Cosme? Porque puedo. ¿Por qué Dios permite que le pasen cosas malas a las personas buenas? Para crear hombres que lo impidan. ¿Eres tú esa clase de hombre? Si es así, enfréntate a mí como tal. —Tira su pistola al ácido de abajo y el arma desaparece en el líquido, que responde con una nueva pompa que explota—. Como ves, yo me he deshecho de mi arma.

—Yo no —David le dispara en el hombro. Y después le vuela la rodilla. Nóvaro se agarra a la barandilla para no caer al suelo. David se acerca al «villano», con la pistola por delante.

—¡¿Quién eres?!

—No soy nadie... soy una idea. Y las ideas no pueden desaparecer, una vez surgen, solo pueden ser combatidas por otra idea mejor.

—¡Filosofía barata! ¡¿Quién eres?!

—Soy el primero de muchos.

—Estás loco... Voy a ver quién hay ahí debajo, lo quieras o no.

David le quita la máscara, tiene que tirar con fuerza, y al arrancarla, se lleva media cara de Nóvaro. *¿La tenía pegada con adhesivo?* Debajo del metal, hay un rostro despellejado y deshecho, solo músculo abrasado, carne desprendiéndose, sangre y hueso descubierto. Un semblante horrible, totalmente irreconocible. David mira anonadado el engendro que tiene ante él y no sabe si vuelve a estar alucinando. A Nóvaro la cara de sorpresa de David le hace mucha gracia.

—Jajajajajajajaja. —Parece completamente ido. Es obvio que está como una puta cabra. Eso enfurece a David, que le pone la pistola en la cabeza.

—¿De qué te ríes?!

—De tu esperanza. Aún esperabas que el asesino fuera el mayordomo. Que el hombre tras la cortina fuera la pieza final que da sentido al puzle. Pero en este mundo... el mal no tiene rostro. Ni nombre. Yo solo soy el hueco sobre el tablero, la pieza que faltaba eres tú.

Nóvaro aprovecha la distracción, se revuelve y consigue tirar al suelo a David. Intenta huir, pero con las heridas que tiene, su esfuerzo resulta patético. David se levanta sin esfuerzo y, sin prisa, apunta con frialdad y dispara contra Nóvaro. Una vez. Y otra. Y otra. Bang. Bang. Bang. En el pecho, en el estómago, en la otra rodilla... pero en ningún punto vital. Quiere que dure.

Nóvaro solo se mantiene en pie porque apoya todo su peso en la barandilla. Debe de ser demasiado peso, porque la estructura metálica se parte y ese tramo de la barandilla se descuelga, quedando justo encima de la cuba de ácido. Nóvaro se agarra a la parte desprendida, para no caerse.

—De acuerdo, tú ganas... —dice maltrecho y escupiendo sangre—. Me rindo... Por favor, ayúdame a subir y arréstame, como un buen policía.

David mira lo que queda del asesino de Cosme Galiardo. Con solo extender su mano podría salvar a ese monstruo. Pero no va a hacerlo.

—No soy un policía —dice finalmente—, SOY VÉRTICE.

Las manos de Nóvaro se escurren de la barandilla y cae al vacío gritando. No sabría decir si su grito es llanto o risa. Pero se apaga al sumergirse de golpe en el ácido esmeralda. Tras unos segundos, su cuerpo vuelve a salir a flote, deshaciéndose como un terrón de azúcar en un café caliente. Cuando queda reducido a un esqueleto limpio, se vuelve a hundir.

Desde lo alto, Vértice mira impertérrito cómo desaparece. Como si nunca hubiera existido. Al verlo, lo que más le preocupa es cómo explicar a Jorge Elías que no queda nada del asesino de su padre para averiguar quién era. Se pregunta cómo lo explicaría el librero. Imagina que él diría algo como que *Nóvaro ha desaparecido sin dejar rastro, como Boba Fett en la boca del Sarlacc en el Retorno del Jedi ¡un bicho con una digestión de mil años!* Y entonces David repara en la cantidad de datos absurdos que Jorge le ha metido en la cabeza esta última semana, y sonrío. Sin que haya ninguna razón, sonrío. Por última vez en mucho tiempo.

Abismo

Dos días después, en el cementerio de La Almudena, se oficia el entierro de Cosme Galiardo.

El policía ahora será vecino de Pío Baroja, Julián Marías, Ramón y Cajal, Galdós, Arturo Soria y otros huéspedes memorables de esta necrópolis. Personajes más ilustres pero no más importantes para Madrid que él.

Pasear por el cementerio de La Almudena causa desasosiego. Provoca agorafobia por su inmensidad inabarcable, claustrofobia por sus hileras interminables de nichos diminutos, y la angustia normal de saberse rodeado por cinco millones de muertos, que se dice pronto.

La Almudena bien podía ser el espinazo de Madrid: sostiene su cabeza, es donde se apoya para descansar y solo recuerda que está ahí cuando le duele.

La mayoría de los difuntos están metidos en nichos, pero Cosme tenía preparada su última morada bajo tierra, en la tumba en la que ya están enterrados su mujer y su hijo Javier.

En el funeral está congregada la plana mayor de la Policía de Madrid, con la comisaria Norma a la cabeza de la comitiva fúnebre. En la misma fila que ella están Jorge Elías, David y Patricia. Jorge lleva una chaqueta de traje que no le cierra, tampoco tenía camisas así que lleva debajo una camiseta que simula ser la armadura de Darth Vader. Suena mal, pero lo cierto es que no es muy llamativo y da el pego de luto.

El cura echa gotas de agua bendita sobre el ataúd, agitando *esa cosa que parece un sonajero* y que nadie sabe cómo se llama. A no ser que se llame «cosa que parece un sonajero», si es así, todos sabemos cómo se llama y no he dicho nada. Pero lo dudo.

Mientras el oficiante habla, una pequeña grúa amarilla de obra desciende poco a poco el féretro, hasta desaparecer en la fosa.

—... no digamos adiós a nuestro hermano Cosme, pues no nos ha dejado del todo — dice el sacerdote—. Aún podemos encomendarnos a él, que ya sabe cuál es el camino del Cielo, y sentado con Dios Padre en su misericordia, conoce ahora la paz por la que tanto trabajó en vida. Amén.

Al terminar el sepelio, la gente empieza a marcharse, no sin antes pasar a dar el

pésame a su hijo. Mientras Jorge Elías atiende a todos, David y Patri se retiran y miran la tumba de su mentor.

—¿Estás bien? —pregunta Patri, preocupada.

—Claro que no. No pude salvar a Cosme y no pude averiguar quién era Nóvaro... Todo ha sido para nada.

—Para nada no —le corrige—. Aunque no lo sepa nadie, has salvado esta ciudad. Cosme hubiera dado la vida sin dudarlo por eso. Era esa clase de persona.

—De eso no me cabe duda. Lo que no sé es qué clase de persona soy yo, ahora.

Jorge ha acabado «la recepción» y se une a ellos. David se acerca a él.

—Siento haberla cagado, Jorge.

—Ni se te ocurra culparte, Val. Odio el rollo Peter Parker de tengo la culpa de todo. Sé que intentaste salvarle, y te doy las gracias. —Va a llorar, pero se para en seco. Niega con la cabeza, reteniéndose—. NO. No pienso llorar, él querría que fuera un tipo duro, e hiciese como tú.

Patri y David se miran, y tienen claro qué hacer.

—Si lloro yo... —pregunta David—, ¿me acompañarás?

—Sí —Jorge se emociona—. Creo que en ese caso a él no le importaría.

Los dos se abrazan, y Jorge empieza a llorar a mares. Patri les mira y tampoco puede contener el llanto. No recuerda haber sentido tanta tristeza nunca.

—Daría lo que fuera por haber estado con él al final —solloza Jorge en el hombro de su amigo—. Lo solo que debió de sentirse... No puedo ni imaginar cómo fueron sus últimas horas.

—Tal vez sea mejor así —trata de consolarlo David.

Cuando el abrazo termina (muchas lágrimas después), los tres se acercan a la fosa y miran el agujero del suelo. Tan solo dos metros de profundidad, y sin embargo, todo un abismo. Jorge recuerda sus clases de filosofía moderna y al puto loco de Nietzsche. No aquella frase de «cuando te asomas mucho tiempo al interior del abismo, el abismo también se asoma a tu interior» (la que suelen citar los que no han estudiado a Herr Friedrich). Sino una más simple y oportuna: *El abismo más difícil de salvar es el más pequeño.*

Imposible

Cosme despierta. Le cuesta respirar, algo le cubre la cabeza, ¿una mortaja? No, es un saco o algo parecido. Intenta quitárselo pero está atado muy fuerte alrededor de su cuello.

—Tranquilo inspector —dice una voz que Cosme reconoce. *Es él*. Deja de luchar y unas manos deshacen el nudo y le quitan el saco suavemente.

Nóvaro lleva un elegante traje de etiqueta y su máscara plateada. Deposita el saco sobre una mesa que hay delante de Cosme, al lado de un espejo de maquillaje (redondo y con peana), un busto de maniquí y varios utensilios.

Cosme mira alrededor. Está bajo una bóveda de metal, el piso tiene un hueco circular en el centro, protegido por una barandilla. Hay una pared llena de monitores de televisión apagados, como si fuera una garita de seguridad, y hay una especie de pila metálica, como un lavabo industrial (*para lavarse las manos o beber agua, quizá*). Se da cuenta de que está sentado en una silla de ruedas y trata de levantarse, pero no siente nada de cintura para abajo. Se pregunta si es a causa de las heridas o a causa de los anestésicos, porque lo que sabe seguro es que no le duele nada, y eso, después de ser acribillado, es bastante improbable.

Nóvaro toma asiento frente a él, al otro lado de la mesa.

—Es irónico que el título de este crimen sea «Uncanny» por los X-Men, y usted haya acabado en una silla de ruedas como Charles Xavier.

—Es más irónico que siendo mi hijo dueño de una tienda de cómics, yo nunca te haya visto leer uno en quince años. Quítate eso.

Nóvaro obedece y se quita la máscara. Ni siquiera Cosme, que ya había descubierto quién se escondía debajo de ella, puede evitar sentir un escalofrío al ver el rostro que se ocultaba: el de su compañero Bruguera.

El forense sonrío mientras coloca su disfraz en el busto vacío sobre la mesa.

—Vaya. Han obligado a jubilarse al único policía que ha adivinado mi identidad. ¿Cómo lo has hecho?

—El médico que certificó la invalidez de Víctor Vid hace años, fue Jonathan B. Jonathan Bruguera.

—Bravo. No esperaba menos de ti. Tu recompensa será ser la clave para el último acto de esta obra: el origen secreto del primer superhéroe.

—Superhéroe —repite Cosme con sorna—. Eso sería estúpido en cualquier lugar del mundo, pero en España más.

—¿Tú crees? Un país donde la corrupción campa a sus anchas, sin fe en los políticos ni en la policía, y mucho menos en la justicia... es el caldo de cultivo idóneo para que surjan los héroes.

—En lo que menos fe tienen los españoles es en los héroes. Mientras en Inglaterra se escribía sobre el Rey Arturo, nosotros escribíamos *El Quijote*. Solo concebimos que haga el bien un loco.

—¡Entonces crearé a un loco! —Bruguera se levanta enfurecido—. Si es necesario seré un molino y le dejaré que se estampe contra mis aspas. Si puedo hacer que el concepto funcione en este país de cínicos y descreídos, podré hacer que funcione en cualquier lugar del mundo.

Bruguera se dirige a la barandilla que protege el agujero sobre la cuba de ácido. Hay un sistema de poleas con una cadena y un cubo de acero, como para sacar agua de un pozo. Las acciona.

—¿Tú te escuchas? Pensar que alguien va a ponerse un disfraz y va a combatir el crimen, es un sueño infantil, es ridículo, inmaduro...

—Es inocente —interrumpe Bruguera—. Y solo una sociedad enferma consideraría la inocencia un signo de debilidad.

De la piscina tóxica sube el cubo lleno del peligroso líquido verde. Bruguera se pone unos guantes de plástico grueso, lo recoge con mucho cuidado y lo lleva a la pila. Las gotas que derrama, abrasan el suelo y humean. Después, empieza a volcar el contenido en la pila, muy poco a poco.

—¿Inocente como David cuando mataste a sus padres? —Bruguera interrumpe el volcado un momento.

—Cosme, por favor... yo no los maté —contesta ofendido—. Por lo que leí, fue un yonki que les quería robar y la cosa se complicó, pero no me hagas ni caso, yo no estaba ahí —dice retomando su tarea.

—Pero... había un recorte... ponía «Detective 33» —dice Cosme incrédulo.

—¡No había nada! Introduje esa prueba en el expediente hace solo un mes. La primera vez que intervine en la vida de David fue cuando recomendé a la Junta Directiva que le escogiera a él para su traslado, por delante de otros policías con mejor historial y más experiencia.

Cosme, aunque horrorizado, no puede evitar admirar la genialidad de la broma. Les

dio dos opciones: o el asesino llevaba matando veinte años sin detenerse o mató hace veinte años y había vuelto a empezar ahora... y la respuesta era que hace veinte años no a mató nadie. La pregunta misma era una trampa.

—Te atribuíste... un asesinato que no cometiste...

—Sí. Otros policías hubieran sido más fáciles de atraer, pero la historia de David era tan perfecta... con su callejón, su cine... casi demasiado para ser verdad. Por supuesto, le escogí por eso. Podría haberme quedado ahí y ser simplemente un eco. Un asesino como el que mató a sus padres. Hubiera sido suficiente. Pero no pude resistirme a sumarle un componente más personal. Pensé que favorecía a la coherencia interna del relato.

Bruguera termina de verter el ácido en la pila, devuelve el cubo a su sitio y regresa a sentarse a la mesa. Saca un frasco de cristal con una solución transparente y varias jeringuillas, y lo va colocando todo delante de él minuciosamente, como si fuera la preparación de una operación quirúrgica.

—Esa mentira será tu ruina —amenaza Cosme—. Si David entra aquí creyendo que eres el asesino de sus padres, no se conformará con detenerte.

—Eso espero. Nóvaro debe morir, para que el héroe viva. —Bruguera hunde la jeringa en la tapa del frasco y llena el tubo—. ¿Has oído hablar de Joe Chill? Es el asesino de los padres de Batman. Ha sido borrado y reintroducido en la continuidad de los cómics muchas veces. ¿Sabes por qué?

—No podría importarme menos.

Bruguera coloca el espejo de maquillaje con la inclinación necesaria para verse el rostro. Y empieza a agujonearse con la aguja en distintos puntos hasta recorrer toda la cara (como deben de hacer los famosos con el bótox). Mientras lo hace, continúa su perorata.

—La conveniencia o no de la existencia de Joe Chill es un tema controvertido. Algunos autores opinan que Joe debe existir, para que Batman cumpla su venganza. Sin embargo, otros creen que si Batman resuelve el asesinato de sus padres, su cruzada deja de tener sentido: su *vendetta* no debe ser contra un individuo con nombre y apellidos, si no contra todos los criminales como concepto. Algo mucho más poderoso y eterno. ¿Entiendes? Una lucha sin fin.

Cuando termina de pincharse, empieza a masajearse la cara para que la sustancia penetre bien en los músculos faciales. Tras ello, se dirige hacia una parte concreta de la barandilla central. En la que luego morirá.

—Yo estoy de acuerdo con la segunda teoría. Por eso, moriré siendo una pregunta, no una respuesta. —Bruguera «abre» esa parte de la barandilla, cerciorándose de que

gira hasta detenerse encima del ácido. Se apoya en ella un par de veces, comprobando que aguantará bien su peso—. Si lo veo claro, puede que hasta suplique, para hacerlo más creíble —empieza a actuar—: *De acuerdo, tú ganas... ¡Me rindo! Ayúdame a subir.* Ya veré, puede que eso sea jugármela demasiado, no quiero forzar... pero daría credibilidad a la escena.

—Esta conversación... es absurda —intenta zanjar Cosme—. David no va a venir a rescatarme y menos vestido de carnaval.

Crash. Se oye un gran estruendo, hasta el suelo ha temblado. Bruguera se apresura a encender los monitores de televisión, ansioso como un niño que se da cuenta de que empieza su programa favorito.

—¡Ya empieza!

En una de las pantallas se ve un coche deportivo estampado contra un muro en la planta baja, echa humo sin parar. En otras se ve a los esbirros reaccionando a la entrada dramática del vehículo.

—¡Madre mía! —Bruguera aplaude, eufórico—. ¡Ni en mis mejores sueños imaginaba que aparecería con un *batmovil!*

Cosme se queda atónito, no puede creerse lo que ven sus ojos.

En otro monitor, Vértice retira la tapa y sale de una alcantarilla bajo el suelo, atraviesa la niebla, y se dirige sigiloso al coche. A esta idea de surgir de las cloacas buscando venganza, Jorge Elías la llamó *estrategia Claremont-Byrne* en homenaje a *la incursión de Lobezno contra el Club Fuego Infernal en la Saga de Fénix Oscura*. Puede que Bruguera también lo haya leído porque enloquece como una quinceañera al verlo en acción.

—¡Ahí está! Mira el traje... Y con capa, como debe ser.

En el monitor, Vértice sorprende al primer esbirro electrocutándolo. Cosme aparta la mirada.

—Tantas muertes... —lamenta— solo para conseguir que un muchacho se ponga un disfraz. Hay algo de perverso en todo esto.

—Intentas provocarme. Muy inteligente. Pero esas muertes han servido para un bien mucho mayor. Créeme, solo has visto los ensayos, Cosme. Los próximos meses aparecerán mis verdaderos hijos para hacer más interesante el «Año 1» de nuestro héroe.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Os lo dije cada vez que me visitasteis, pero no escuchabais. «Parece que alguien quería poner a prueba los límites de la resistencia humana», ¿recuerdas? Incluso a David le sugerí que el asesinato de Jordi Fórum era «un experimento para ver cuánto podía durar vivo en esas condiciones extremas». Y había una razón para ello. Los

experimentos llevan al conocimiento y el conocimiento lleva a la creación. Puede que yo deba morir, pero un superhéroe necesita supervillanos. Y ya están en camino.

El año próximo.

En los túneles de Chamartín, un culturista enorme, grotesco y gris, vagabundea canturreando una canción infantil (*sesenta y dos elefantes se balanceaban sobre la tela de una araña, como veían que no se caían, fueron a llamar a otro elefante, sesenta y tres elefantes se balanceaban...*). El monstruo agarra una rata con su manaza y le arranca la cabeza de un mordisco. Después, sigue avanzando con la misma cantinela, en busca de su amo.

En Madrid III, la cárcel de Valdemoro, un hombre libera una pareja de *Liphistius Malayanus* en el Departamento de Tránsitos (donde llegan y desde donde se desplaza a los presos más temidos de todas las prisiones del país para ser juzgados en la Audiencia Nacional), sembrando el caos y favoreciendo la mayor fuga de la historia de España.

En la Casa de Campo, un hombre con un extraño traje de neopreno rojo, sostiene un lanzallamas. Cuando lo enciende para calcinar a la primera prostituta, él mismo empieza arder como una antorcha. Pero eso no le detiene, sigue caminando y quema todo a su paso mientras se ríe como un loco.

Esto es solo una pequeña muestra de las cosas terribles que están por venir en Madrid. Y todas tienen su origen secreto en Chamberí, hace dos días.

—Dios, me encanta el traje...

Bruguera mira los monitores, cautivado por la belleza de su obra. En una pantalla, Vértice golpea la máscara de un soldado de Nóvaro hasta deformarla sobre su cabeza.

—¿Quiénes son esos desgraciados? —pregunta Cosme.

—Carne de cañón, como los esbirros de los villanos de James Bond. Siempre me he preguntado de dónde los sacaban... yo solo he tenido que cobrarme favores. Mira — señala en los monitores al soldado que lleva el cuchillo de carnicero, el cual se está levantando lentamente del suelo para apuñalar a Vértice por sorpresa—, este alto es el que acuchilló a su madre y su padre, en el primer caso de David en Madrid. Tú estabas allí. Declaré que era imposible que un hombre de su complexión y zurdo hubiera podido cometer esos asesinatos. Este de aquí — señala a otro—, hace poco intentó robar en un hospital con una navaja y una pistola de juguete. «Extravié» el arma del crimen y hubo que soltarle. A lo largo de los años mi testimonio ha liberado a muchos criminales que quedaron en deuda conmigo. Pero no te preocupes por David, he drogado tanto a esos

infelices que no son un peligro real para él. Tienen tanta desoxiefedrina dentro que no protestaron ni cuando les corté la lengua. No tienen ninguna posibilidad.

En el monitor, Vértice está complacido, tras derrotar también al de los puños americanos. Si las teles tuvieran audio, le oirían jactarse: *No ha sido tan difícil, podría acostumbrarme a esto.*

—Un momento, ¿dices que todo está amañado? No lo entiendo, ¿te boicoteas a ti mismo?

—Sí. También llevo días impidiéndoles dormir. Como comprenderás, no puedo arriesgarme a que ganen. Es como el padre que paga a una prostituta para que desvirgue a su hijo: el hijo no debe saber que la chica cobra o el teatro no funcionará. Es una ilusión necesaria. Debe perder el miedo para cuando se enfrente a una mujer de verdad.

En ese momento, los esbirros tiran al suelo a Vértice, y una vez allí, le golpean, apuñalan y patean sin piedad. Incluso a través de las pantallas, parece un peligro muy real.

—¡No! —Bruguera se asusta de verdad—. Debí suponerlo... La metanfetamina les hace estúpidos y torpes, pero también incansables y muy resistentes al daño. Voy a tener que intervenir. —Agarra su máscara y se dispone a bajar a arreglar el desaguisado.

¡Aaaaaaaaaarghhhhhhhhhh!

El grito furioso de David cuando saca su pistola, llega hasta el interior del Vaso como un eco lejano, pero desgarrador.

Bang. Bang. Bang.

Los disparos resuenan bajo sus pies.

Bruguera se relaja y vuelve a sentarse, complacido.

—Vaya... diría que este Don Quijote se parece cada vez más al Rey Arturo.

Cosme va a contestarle, pero siente un mareo y empieza a ver borroso. Bruguera se percata, por cómo intenta enfocar, entrecerrando los ojos, y cómo meneaba la cabeza para no dormirse. Se acerca al inspector y le habla en confidencia.

—Perdona, Cosme. No te he dicho que también te he drogado a ti antes de despertarte. Pero no con cristal, te he inyectado *Salvia divinorum*, un potente alucinógeno que te llevará a algún sitio bonito. No quiero que sufras cuando te mate... Ojalá no tuviera que hacerlo. Te admiro, Cosme. No mereces morir así y sé que me condeno al matarte. Pero es necesario que David sepa por qué lucha. La muerte de sus padres es algo muy lejano. No me importa sacrificar mi alma por dar a este mundo lo que más necesita: un héroe. Alguien que nos proteja a todos. Por algo así, merece la pena arder en el infierno.

—¿Ahora te crees un santo? ¿Crees que Dios aprobaría tus actos? Has matado incluso a un niño.

Bruguera apenas puede contener su ira ante esa infamia. Si no le abofetea en ese momento es por el profundo respeto que tiene al policía jubilado y su deseo de que le comprenda.

—Ese... «niño», como tú lo llamas, violó y mató a una compañera de clase con doce años. Se negó a revelar dónde tiró el cuerpo, impidiendo a sus padres enterrarla. La ley del menor hizo que no pisara la cárcel. Balbino Blázquez encubrió vertidos químicos cerca de colegios (de una de sus fábricas he conseguido el tanque de ácido fluorhídrico de ahí abajo). La factoría de Antxon Azkar era una tapadera de tráfico de drogas (él fue mi proveedor de *meta*). Jordi Fórum era un pirómano con un pico de oro que convenció al juez. Y el historial del otro es aún peor... Todos criminales y todos impunes.

En el monitor, Vértice, monta en el ascensor. Bruguera se apremia. Se dirige a la pila que llenó antes con el líquido extraído de la cuba.

—Llega el momento de mi gran actuación. Voy a interpretar el papel más exigente para un actor: la Némesis. Hasta tú sabrás que los actores que pasan a la historia son los que interpretan al Joker, no a Batman: Jack Nicholson, el pobre Heath Ledger... — Se acuerda, de pronto—. Me sé una historia buenísima sobre esto. ¿Te la cuento?

—Preferiría que pusieras el partido en alguna de esas teles, deben estar jugando y no quiero morir sin saber si ganamos la Champions —dice Cosme, intentando mantenerse consciente.

Bruguera se pellizca la cara para comprobar que la anestesia ha hecho efecto. Parece que sí. Pero no se fía y se clava unas pequeñas tijeras en la mejilla. No se inmuta, ni al clavárselas profundamente en su carrillo, ni al sacarlas sin cuidado. Todo correcto. Después se coloca unas pequeñas lentes negras sobre los ojos, muy pegadas a la cara (similares a las gafas que se ponen para tomar rayos UVA).

—Te contaré la historia. Esto ocurrió de verdad: un periodista le dijo a Jack Nicholson que acababan de encontrar muerto a Heath Ledger. Jack estaba pasando por una alfombra roja de Londres. Se detuvo, impactado por la noticia, y sin pestañear, dijo una única frase:

Bruguera sumerge la cara en la pila llena de ácido corrosivo y, tras un largo segundo, la saca. Su carne se abrasa y se deshace a ojos vista.

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaarghhhhhhhhhhhh!

Bruguera se quita las pequeñas lentes que le protegían los ojos y las tira lejos. Se acerca a la mesa y se pone la máscara de hierro sobre su carne tierna, aún hirviendo y deritiéndose. Y termina de contar su historia.

—«Se lo advertí» ¡Dijo: «SE LO ADVERTÍ!»! ¡Jajajajaja! —La risa maníaca de Nóvaro resuena en El Vaso, y se desata su locura. Derriba la pila llena de ácido sobre los monitores de televisión, que empiezan a arder. Y saca su pistola. Es una M75. Más conocida como P220R SIG-Sauer.

Cosme cierra los ojos un momento. *Solo un momentito...* NO. No puede dormirse, debe mantenerse despierto para... ¿para qué? Ya no lo sabe bien. Pero logra abrirlos. Y ve el fuego. Es un incendio. Ahora lo recuerda. *¡El incendio! Dios mío, Javier ha entrado en el edificio hace veinte minutos y aún no ha salido.* Demasiado tiempo. El jefe de los bomberos le dice que se prepare para lo peor. *¡Idiota! Él no conoce a su hijo. No puede estar muerto. Saldrá de ahí dentro y volverá con él a casa, ya lo verá.* Se lo suplica a Dios con todas sus fuerzas. *Te quiero Javi, repite una y otra vez, intentando recordar todas las ocasiones que no se lo dijo. ¡Vuelve conmigo! ¿Recuerdas el piso de La Latina? Tu hermano era demasiado pequeño, pero tú sí te acuerdas, ¿verdad? Comíamos en la cocina porque el comedor era diminuto, pero aún así los Reyes Magos te trajeron un coche patrulla enorme, «es más grande que el pasillo» decía tu madre. ¿Y cuando fuimos a la Romareda en el 96 y vimos el remate de cabeza de Pantić con pase de Delfí Geli? En el camino de vuelta desde Zaragoza me dijiste que habías decidido ser policía. Yo solo podía pensar en la bronca que me iba a echar mamá cuando se enterase. ¿Qué va a ser de tu hermano sin ti? Eres el único al que escucha. Te necesita más que nadie. Salvo quizá yo mismo. Esta familia no sobrevivirá sin ti, ¿es que no lo entiendes? ¡No puedes dejarnos solos!*

Y de pronto, cuando Cosme perdía toda esperanza, aparece. Subiendo las escaleras, con su traje de GEO, al otro lado de las llamas. *Vivo, gracias a Dios.*

—Bienvenido —saluda una voz detrás de él. Y Cosme siente un fuerte pinchazo en la espalda.

—¡No! —grita el GEO al ver caer a Cosme, y va a socorrerle. *No te preocupes, hijo, todo está bien, ha sido solo una caída tonta.*

El GEO sostiene su cuerpo. Se quita el casco, y Cosme ve el rostro de Javier. Lo acaricia como si aún no se lo creyera. *Cuánto te he echado de menos, piensa. No vuelvas a irte nunca. Pero perdóname, por favor, estoy agotado, han sido muchas emociones y necesito descansar.*

Cosme gasta sus últimas fuerzas en decirle algo al oído, antes de dormirse.

—Estoy orgulloso de ti, hijo.

Mientras, en la radio.

—¡Final del partido! Qué noventa minutos, señoras y señores. Esto es historia, hoy nace un mito. España, 23:00 de la noche, el Atlético de Madrid... ¡CAMPEÓN DE EUROPA! Dentro de unos años, contaremos a nuestros hijos qué hacíamos este día.

No se oía un comentarista tan afónico desde el gol de Señor.

En La Reserva se invitan a rondas. La fuente de Neptuno se prepara para recibir a la hinchada. Los coches pitan, las banderas ondean, la gente canta, las botellas se descorchan, la gente vive.

Hoy Madrid tiene mucho que celebrar.

Secreto

Un mes después, en pleno barrio de la Justicia, cerca de Tribunal.

Jorge y David recorren las pesadas cortinas que cubren un gran ventanal, para que entre la luz del sol y ver algo en la oscura estancia en la que se encuentran.

Están en el interior de una lujosa mansión abandonada, casi un palacio. Los muebles están tapados con sábanas. *Partículas de polvo flotan por la estancia en una proporción que solo se ve en trasteros y bibliotecas.* Este lugar también tiene un poco de ambas cosas. Están buscando algo, levantan algunas telas, abren cajas, apartan los sillones...

—Parecemos Guillermo de Baskerville y Adso, en *El nombre de la rosa*, investigando en el laberinto de la biblioteca de la abadía... Ellos tampoco tenían puta idea de qué estaban buscando.

David no ha prestado atención a Jorge Elías (ya ha desarrollado la capacidad que Cosme tardó años en pulir).

—¿Qué dices?

—Cof, cof... —Jorge tose por el polvo que levantan al moverse—. Nada. ¿Val, vas a decirme ya qué hacemos en Xanadú?

—Vale. No he querido preocuparte, pero hace unos días encontré las últimas notas de Bruguera.

—¿Y qué?

—Pues que al final hizo mucho más de lo que le pedimos. No mandó las muestras a la Comisaría General de la Policía Científica, ni informó a nadie del material radioactivo, así que el caso no pasó nunca al CNI.

—Se arriesgó por nosotros...

—No solo eso, según sus anotaciones, Bruguera rastreó el espectro de radiación del polonio para encontrarlo él mismo y ayudarnos. Tenía los cálculos en su ordenador.

—Así que... estamos buscando a Bruguera.

—Ojalá. Lleva desaparecido tanto tiempo que no tengo esperanzas de que esté vivo. Pero pensé que si sus datos eran correctos y encontró a Nóvaro, siguiendo el mismo camino, encontraremos otro de los cubiles de ese cabrón y con suerte, sabremos por fin quién era.

—Estoy impresionado.

—Gracias. Bruguera trianguló la zona marcada por la radiación, y ¿qué había justo en el centro? La mansión de Víctor Vid, la primera propiedad que la policía registró cuando se enteraron de que había sido suplantada su identidad.

—Esta casa. Pero ellos no encontraron nada.

—Por eso te he traído a ti, para que hagas «tu magia» y veas algo que a ellos se les escapó.

—Genial, soy como el niño de *El sexto sentido*, pero en vez de muertos, veo superhéroes —Jorge sigue observando alrededor, buscando sin mucha fe. Piensa que esto no va a servir para nada.

Hasta que ve un reloj de pie antiguo. El péndulo no funciona, así que está parado. Jorge se ríe, como si pillara una broma privada. Coloca las manecillas del reloj en las 10:47. El reloj se mueve físicamente, apartándose y dejando al descubierto un agujero con dos barras de metal para deslizarse al piso de abajo, como las de los bomberos. Jorge sonrío, orgulloso. David no da crédito.

—Esto debe de ser una broma...

Primero se desliza Jorge. Bueno, más que deslizarse... se desploma. Aterrizo sobre sus abundantes posaderas.

—Joder, ¡mi culo! Ay...

Después baja por la barra David, elegantemente, y ayuda a levantarse al librero.

—Te dije que bajaras por la escalerilla.

Efectivamente, además de las dos barras metálicas, hay unos escalones de metal labrados en la pared. Menos espectacular, pero más seguro para la gente que suspendía gimnasia.

Al incorporarse, ambos admiran el piso subterráneo. Está lleno de ordenadores, material científico, pantallas gigantes, cápsulas de cristal como las del crimen «antorcha»... Y a pesar de la acumulación de trastos, es muy amplio. David y Jorge se dividen por la estancia para inspeccionarla, sorprendidos por todos los cachivaches extraños.

—Nóvaro debía de dirigirlo todo desde aquí abajo —reflexiona David, mientras observa algo que parece el control de realización de un programa de televisión (una butaca dispuesta frente a un montón de monitores). En realidad, es un circuito cerrado de vídeo desde el que se monitorizan varias cámaras de seguridad dispuestas por la mansión.

Jorge, que es un *tocón*, gira un dial de una máquina y empieza a sonar la frecuencia de radio de la policía.

—Nos tenía controlados todo el tiempo... —concluye el librero.

David destapa algo rectangular, grande como un container, que estaba disimulado bajo unas sábanas blancas. Al hacerlo, vuela dinero. Lo que había debajo era un montón de billetes de 500 y 100 euros, apilados. Una barbaridad.

—Madre mía.. aquí hay millones en efectivo. Ríete de lo que guardaba Walter White en el trastero en *Breaking Bad*.

—Es la fortuna de Víctor Vid. —David saca el móvil y marca.

—¿Qué haces? —pregunta Jorge.

—Llamo a comisaría, para que vengan a inspeccionar todo esto. —Jorge le quita el teléfono, rápidamente.

—¿Tú estás tonto?

—¿Qué pasa ahora?

—¿No te das cuenta? Todo este equipo acabará siendo vendido por la mitad de precio en subastas de la policía, desperdiciado. Y Víctor Vid no tenía herederos, si no, Nóvaro no hubiera podido suplantarle tanto tiempo. Así que el dinero se perderá. El único que puede darle un buen uso a todo esto, eres tú.

—¿Qué estás diciendo?

—Tienes el carácter, la motivación y ahora los medios. Ningún otro lo hará. Eres tú o nadie.

—Un momento... ¿estás proponiendo... que salga a patrullar por las noches e investigue crímenes desde mi puta cueva?

—No quiero que hagas nada. Solo quiero... que no llames todavía. Trae el traje y las cosas, y escóndelas aquí. Ojalá Vértice no sea necesario nunca más... pero la vida es más interesante si existe la posibilidad de que vuelva, si se le necesita.

David mira a Jorge como se mira a alguien al que después de estar un año sin fumar, le ves encenderse un cigarrillo. Con más pena que enfado.

—Después de todo lo que hemos pasado, sigues siendo un niño. Qué puta locura.

—A lo mejor lo digo porque así parece que la muerte de mi padre sirvió para algo... para crear algo bueno. Pero tienes razón... no es más que el sueño infantil de un loco que ha leído demasiados cómics. —Jorge se gira para marcharse, melodramáticamente. David le detiene, no sabe por qué, pero las palabras brotan de su boca.

—Si yo también estuviera loco... ¿me ayudarías?

Jorge Elías mira a su alrededor. Observa este lugar que parece salido de un cómic de los años cincuenta, y tiene tan claro lo que debe hacerse, como que su papel ya ha acabado.

—Yo no puedo formar parte de esto, Val, soy demasiado mediocre.

—¿Qué? Yo no puedo hacerlo solo.

—No estarás solo, Patri te ayudará. La conozco y esto le chiflará. —David se acuerda entonces de algo.

—¿Sabes? —dice sonriendo—. Al final aquel día, en el coche, no me contestaste. ¿Qué le dirías a un superhéroe de verdad si le tuvieras delante?

—Le diría... —lo medita un instante. De pronto lo sabe. Solo hay algo que se pueda decir a alguien tan importante para todos nosotros. Alguien que por el mero hecho de existir ya nos da esperanza—. Le diría que se pusiera el traje, y saliera a hacer de este mundo un lugar mejor.

Epílogo

Un día tranquilo en Planeta K.

Patricia está subida a una escalera, terminando de colgar un marco en la pared, bajo la atenta mirada de Jorge Elías que, desde el suelo, da indicaciones tan útiles como «está torcido, no, un poco más abajo, ahora te has pasado, súbelo de la derecha, ya, ahí, perfecto». Una vez acabada la operación, Patri salta, se une a Jorge y ambos miran la nueva decoración, orgullosos.

—Gracias por traerlos, Patri, es el mejor regalo que me han hecho nunca.

—Quería esperarme a tu cumpleaños, pero no he podido aguantar tanto.

Uno de los clientes que pululan por la tienda, Felipe, ha escuchado la conversación y se acerca intrigado a admirar la obra. Antes de que diga nada, ellos se percatan de su presencia por su peste a eugenol (ese característico olor a dentista). Felipe observa la novedad, ajustándose sus gafas de culo de vaso.

—Hm... ¿Cuánto vale eso? —pregunta intrigado.

—Lo siento, pero no está en venta.

La reticencia a dar el precio solo aumenta la curiosidad del odontólogo.

—Hm... es una publicación en formato tabloide... ¿Es una edición especial?

—Sí —dice Jorge, mirando cómplice a Patri—. Es la edición más especial de toda la tienda.

Felipe se acerca aún más, frunciendo los ojos para verlo bien.

—¿Sabes si lo van a reeditar para el Salón del cómic o algo? Ese dibujo hiperrealista bien podría ser de Álex Ross... ¿Seguro que no lo vendes?

El librero admira una vez más su última adquisición. En el lugar de honor donde durante años estuvo expuesto *Superman vs. Muhammad Ali*, se encuentra ahora la nueva joya de la corona de Planeta K: los dos periódicos deportivos amarillentos de Cosme Galiardo.

—Muy seguro —contesta Jorge Elías.

Y después, Patri y él se marchan riéndose a carcajadas.

ASTRO BUS

Unos apuntes sobre «Astro Bus»

Para esta nueva (e infinitamente superior) edición del libro, quería incluir un relato inédito solo para los lectores de Alianza. Pero tampoco quería que fuera algo ajeno a nuestros personajes y a lo que van a construir, porque entiendo que lo que a todos nos pide el cuerpo es seguir inmersos en su universo. Por eso me decanté por seguir en su mundo pero mostrar la visión de un ciudadano de a pie que vive en él.

Parte de la siguiente historia se sitúa años después del final de Orígenes secretos (aunque parte se sitúa mucho antes). La protagoniza Lesley Libertad, una mujer normal que vive en un mundo que de pronto se volvió especial. Como todas las historias que transcurren en el futuro tiene algo de apócrifa, no hay que verla como doctrina de lo que va a ocurrir, pero sí como un probable horizonte.

El relato incluye vistazos al futuro de Vértice, vistazos al pasado de Lesley Libertad y si he hecho bien mi trabajo, vistazos a nosotros mismos.

Espero que os guste.

Amaba contar historias. Por eso Lesley Libertad quería ser escritora.

Escribió varios cuentos en el colegio, usando a sus compañeros y a sus profesores de personajes protagonistas. Y aunque en sus historias los transformaba en gnomos, trolls, duendes, ogros y hasta vampiros, Lesley tenía un *savoir faire* para hacer sentir bien a la gente. Sus compañeros se reían aunque vieran reflejados en sus historias sus defectos más molestos. No sería atrevido decir que alguno de ellos fue mejor persona después de verse a sí mismo a través de los ojos de Lesley Libertad. Nunca te avergonzaba ni te ridiculizaba y, sin embargo, tras escucharla era como si cayera un velo y por primera vez supieras quién eras y quién querías ser.

Era así de buena contando historias.

De niña sus amigas le habían intentado llamar Pippi Långstrump por su combinación de coletas y pelo pelirrojo, que le hacía tener la cara trufada de pecas, pero cuando alguien tiene un nombre tan chulo como Lesley Libertad es difícil que ningún mote cuaje durante mucho tiempo.

Fue elegida por sus compañeros para dar el discurso en su graduación del instituto. Era la primera vez que hablaba ante tanta gente y cuando subió al estrado un escalofrío le estrujó el estómago y un latido de su corazón no acudió a la cita; por suerte, los siguientes sí. Lesley agarró el atril, respiró y empezó a hablar. Todos los estudiantes lloraron y rieron a partes iguales con la historia mágica que leyó. Lesley era capaz de tratar la fantasía más colorida sin caer en lo infantil. Hablaba de hadas sin ser ñoña y sus metáforas eran tan elegantes que profesores de sesenta años no se sintieron estúpidos cuando se emocionaron al escuchar su última frase: «se acabaron las aventuras y ahora empieza la vida».

Era así de buena contando historias.

Lesley decidió estudiar periodismo. Era lo más parecido que había a lo que de verdad aspiraba a ser: la sucesora de Ray Bradbury, el autor de sus libros favoritos, *Fahrenheit 451* y *Crónicas marcianas*, el mejor escritor de relatos cortos de la historia. Sin embargo, el libro que más veces había leído Lesley no era de Bradbury sino de William Goldman, *La Princesa Prometida*, seguido de cerca por las Alicias de Lewis Carroll y los

mundos funestos de Orwell. Pero siendo sinceros, el autor que más centímetros cuadrados ocupaba en las estanterías de su habitación era Stephen King. Y al que más le gustaba imitar cuando nadie la leía era a Lovecraft. Aunque, por alguna razón, Lesley mantenía la teoría de que los mejores libros para leer en el wáter eran los de Ann Rice.

Lesley en la Tierra Media quería ser una elfa Noldor, en Hogwarst quería ser una Ravenclaw, en Poniente quería ser una Mormont y en España quería ser la periodista que hiciera La Entrevista Más Importante de la Historia. Una que le permitiera dejarlo y ganarse la vida escribiendo novelas.

Lesley llegaría a hacer esa entrevista.

Pero nunca fue periodista.

El verano tras el que debía ingresar en la Complutense su padre murió de un infarto repentino, como Philip K. Dick, y su madre entró en ese agujero negro infinito que los médicos despachan con la palabra «depresión». Y ese vacío ignoto absorbió todo lo que pudo de la vida de Lesley. Por lo pronto, ella aparcó la universidad. *El año que viene*, se dijo. Su madre necesitaba su ayuda y ella era una buena hija.

Sus padres habían sido *hippies* en sus tiempos: «Libertad» no era el apellido de Lesley, era su segundo nombre. Tan *hippies* eran que no habían creído necesario firmar ningún papel para poder vivir plenamente su amor. Así que nunca se casaron. En su día fue un pequeño gesto, más para sacar de quicio a sus respectivos suegros fachas que porque de verdad les importara pasar por la vicaría. Así, de paso, se libraron también de bautizos y comuniones, que les daban una pereza tremenda. Y Lesley, que siempre fue una niña muy feliz, nunca echó de menos esas celebraciones multitudinarias que sí tenían sus compañeros.

Al no haber matrimonio tampoco había pensión de viudedad. Y la madre de Lesley, que había trabajado tantos años como su padre y en su mismo negocio de artesanía, nunca había estado dada de alta en la seguridad social. Los *hippies* y firmar papeles... una guerra perdida. Así que Lesley tuvo que ponerse a trabajar para poder pagar las facturas y que no los desahuciaran de su casa.

La mayoría de los días su madre parecía catatónica, así que también tuvo que ocuparse de su hermano Alberto, cinco años menor que ella. Su madre nunca salió del pozo y ella se convirtió en la cabeza de familia. La última broma del destino fue cuando, un lustro después, Lesley mandó a su hermano a estudiar a la misma universidad a la que ella nunca iría.

Lesley pudo hacerlo gracias al dinero que ganaba trabajando diez horas al día siendo

guía turística en el bus de Madrid Astro Tour.

Astro Tour era sin duda la empresa más cutre de autobuses turísticos de Madrid. Fundada en los setenta por Antonio Astroza (padre), su flota eran unos desvencijados autobuses rojos de dos pisos descubiertos, dotados con una capota para evitar la solana en verano y el viento en invierno. Pero daba igual, sus buses tenían un microclima que hacían que te asaras desde primavera y te congelaras desde otoño. Lesley los definía como «buses con menopausia».

Vendían billetes para uno o dos días, pero nadie que lo comprara para dos días iba el segundo. Es difícil engañar a alguien dos jornadas seguidas. A lo largo del camino, los guías turísticos iban explicando hitos sobre la historia de Madrid (nada que no estuviera en Wikipedia) y los puntos de interés (más manidos) de la ciudad. Por supuesto, los clientes también tenían a su disposición unos auriculares que te iban contando cosas en catorce idiomas a elegir, pero por alguna razón solo los compraban los japoneses. Pese a que el japonés no era uno de los catorce idiomas a elegir...

Había dos rutas. La Ruta Azul, que supuestamente se adentraba en la arquitectura del casco antiguo de Madrid y permitía subir y bajar en el Museo del Prado, el Palacio Real y la Gran Vía. Y la Ruta Verde, que en teoría se centraba en el Madrid moderno, con el Santiago Bernabéu, las Cuatro Torres de Plaza Castilla, la Puerta de Europa... pero que también incluía la Puerta del Sol. En realidad, como todo en Astro S.L., el itinerario parecía hecho al tuntún.

Lesley encontró la oferta de trabajo de casualidad en internet y le sorprendió que no pidieran experiencia previa ni titulación. Cuando supo la birria que pagaban, entendió por qué eran tan poco exigentes con los requisitos. Solo les preocupaba, y mucho, el nivel de inglés. Habían tenido malas experiencias con titulados en Turismo hechos y derechos que llegaban hablando el inglés de Ana Botella. Por suerte, años de escuchar rap americano habían hecho de Lesley la reina de los *listenings* en clase y podía mantener conversaciones nivel nativo. Eso sí, gracias a KRS-One, con más acento del Bronx que de Oxford.

Era un trabajo que invitaba rápidamente a la desidia y se notaba. Los guías turísticos compañeros de Lesley repetían su cantinela sin alma a turistas hastiados y si alguna vez amaron lo que estaban contando, hace tiempo que el sueldo, las condiciones del trabajo o la repetición machacona echaron cal viva sobre ese amor.

Hasta que llegó ella, todas las críticas en TripAdvisor y webs similares incluían las

palabras «aburrimiento» o «timo». Normalmente las dos. Aburritimo. Y no pasaba nada, el autobús seguía llenándose bastante, dijeran lo que dijeran en internet. Es lo que tiene ser los más baratos.

Pero con Lesley Libertad la cosa cambió. Ella insuflaba vida a las calles de Madrid. Los comentarios de la gente que viajaba con ella siempre remarcaban lo mucho que les habían entusiasmado las explicaciones de la joven guía redhead. Lesley solía incluir historias fantásticas que hacían las delicias de los viajeros: el hombre sin cabeza de la iglesia de San Ginés, los monjes espectrales del metro Tirso de Molina, el fantasma de Raimunda en el Palacio de Linares o el duende del Retiro que cambia cada día las flores de sitio y de color.

Lesley quería que cada viaje fuera especial. Ella no repetía la misma matraca todos los días, iba probando su material para ver qué emocionaba más a la gente y, hasta que se compró su Megane gris, aprovechaba sus viajes en metro desde el barrio de San Diego para investigar sobre los secretos más recónditos de la ciudad.

Lesley les contaba tanto lo que estaba delante de sus ojos como lo que hubiera estado delante de ellos si hubieran pasado por allí hace veinte años, o hace un siglo. Era una narración en cuatro dimensiones en la que los viajeros salían con la impresión de haber paseado por Madrid en varias épocas, incluso aunque no se bajaran del autobús. Sus compañeros le hacían la autopsia a Madrid, mientras que ella la maquillaba para ir a un baile de gala.

La «fama» de la nueva empleada llegó hasta el dueño de la compañía, Antonio Astroza (hijo), que decidió viajar un día de incógnito en el Astro Bus de Lesley para verla en acción con sus propios ojos.

Astroza no montaba así en uno de sus autobuses desde que fuera niño y su padre le llevara a conocer el negocio familiar. Vivía en La Moraleja, trabajaba en un despacho muy lejos de su flota y no podría interesarle menos la historia de Madrid.

Hasta que la oyó de labios de Lesley.

Astroza estaba tontamente emocionado por la aventura de espías que se había montado él solito para indagar sobre su empleada, pero aun así subió al bus muy escéptico respecto a Lesley. No creía que fuera para tanto. Pero cuando ella empezó a relatar las aventuras del barrio de los comediantes, de los literatos, del Parnaso y de las Musas, más conocido como Barrio de las Letras, Astroza se rindió ante Lesley completamente.

Para Astroza fue como si la guía le graduara las gafas. Hasta entonces cuando

miraba a la ciudad veía un borrón y ahora por fin podía ver Madrid enfocada, tal y como debería ser.

Era así de buena contando historias.

Para más inri, Astroza fue testigo de algo gracioso. Algo que le pasaba a Lesley algunas veces: unos turistas fans de *Mad Men*, le preguntaron si podían hacerse fotos con ella por su parecido con Christina Hendricks. Era una tontería, pero Astroza quedó cautivado del todo cuando vio lo educadamente que ella gestionó una situación que para otra persona hubiera podido resultar violenta, con toda la razón. Pero el reino de Lesley no es de este mundo, buscó en Google Imágenes y recreó con ellos algunas de las posturitas de Joan, el personaje de la actriz en la serie.

Hay que decir que durante el trayecto Lesley no reconoció a su jefe. No le había visto en persona y nunca se había preocupado por su existencia. Pero sí notó algo raro en el tipo absurdamente sospechoso que llevaba calada la gorra, no abría la boca y no dejaba de mirarla de reojo. Astroza nunca supo lo cerca que estuvo, cuando se acercó por la espalda a hablar con Lesley después del viaje, de llevarse un puñetazo con el manojito de llaves que ella apretaba con fuerza en su bolsillo. Pero Lesley, quizá porque le sacaba una cabeza a su jefe, antes de darle una hostia le dejó hablar. Ya habría tiempo de aplastarle la nariz si era menester.

Astroza habló. Y tras disculparse por el numerito, invitó a un café a Lesley para hablar sobre su futuro.

Astroza le prometió que si bien ser la mejor en su trabajo no le proporcionaría un ascenso (él no la quería en otro sitio que no fuera ahí arriba del autobús dando palique a los clientes), y tampoco le proporcionaría una subida significativa de sueldo («estamos en plena crisis económica», dijo), sí que le proporcionaría estabilidad duradera. Y no le mintió. Ninguno de los compañeros de Lesley logró estar más de dos años contratado. Y eso que la mayoría lo intentó: pese a las paupérrimas condiciones, para un guía que quisiera asentarse era un trabajo muy apetecible; normalmente tienen que estar danzando aleatoriamente por toda la península ibérica (si tienen suerte) o por toda Europa. Dentro del gremio, encontrar un trabajo estable que te permitiera dormir todas las noches en Madrid era una quimera.

Pero Lesley logró ser trabajadora fija de Astro S.L.

La única que existía en la empresa, además del presidente.

Quince años trabajó ahí. Quince años sin tiempo para juntar dos letras en un folio, llegando a casa demasiado cansada para escribir ni un verso de una poesía. Quince años sin tiempo para nada más.

Bueno, para nada más, tampoco.

Pese a su curro de diez horas diarias y tener que cuidar de su madre y de su hermano, Lesley Libertad fue una veinteañera sexualmente activa. Aunque no estaba en su lista de prioridades ni mucho menos, tuvo tiempo de echarse dos novios «serios» en estos tres lustros. Ambos le salieron ranas. Resultaron ser dos capullos inmaduros, pagados de sí mismos y sin respeto por su relación con ella.

Uno le atrajo porque parecía un tipo duro. Un personaje de novela negra clásica: serio, callado, fuerte y atormentado por algún oscuro secreto quizá. A Lesley le gustaba cuando la miraba en silencio y ella sentía que en cualquier momento podía arrancarle los botones de la blusa y follársela contra la pared. Pero el tipo esnifaba y se cabreaba con ella porque no participaba de sus fiestas y le cortaba el rollo. Quizá se lo hubiera perdonado si todo lo que se metía no le hubiera robado sus erecciones. Ni para eso acabó valiendo. Lesley un día se miró en el espejo, se preguntó qué hacía ella con un machirulo así y le dejó.

El otro le atrajo por su labia. Era un personaje de literatura juvenil noventera. Siempre dando discursos, parecía saber de todo y le encantaba el sonido de su propia voz. Era un escritor. No, perdón, era un fotógrafo. No, espera, era monologuista. En realidad cada seis meses era una cosa distinta. Filósofo, poeta, crítico de cine... Al final, lo único en lo que el tío era constante era en decir que quería viajar y ver mundo y que su relación con Lesley, una chica con tantas responsabilidades y anclada en su casa con su madre, era una cárcel insoportable. Él quería volar libre. Aun así tuvo que ser ella la que le dejó a él porque el tipo era demasiado comodón para tomar la decisión por sí mismo.

No merece la pena hablar más de ellos, eran dos gilipollas anodinos y Lesley no necesita a ningún tío para definirse. Aunque sí es verdad que su vida cambió para siempre el día que conoció a un hombre.

Fue hace seis años, bajo la mayor tormenta eléctrica que ha habido en Madrid en lo que va de siglo.

Lesley luego recordaría que lo había oído por la radio: una reyerta por los tejados de la calle Atocha tras la cual Vértice había desaparecido sin dejar rastro. Y no era la primera vez que Lesley oía hablar del pretendido héroe. No, ella sabía unas cuantas cosas del

hombre del triángulo amarillo en el pecho. Lo que ocurría es que no se creía del todo casi ninguna.

Por ejemplo, ella, como todos en España, había visto las grabaciones de Vértice luchando contra aquellos criminales con máscaras metálicas que supuestamente pretendían envenenar el agua del Depósito de Chamberí. Pero esas imágenes las había filtrado a los medios una fuente anónima un año después del incidente, no se veía gran cosa y estaban editadas muy convenientemente... Fue fácil desecharlas como un truco publicitario.

Pero lo que ocurrió en su propio barrio no fue tan fácil de explicar. Los medios no dijeron casi nada, pero Lesley era de Vallecas y allí lo que se oye en la calle es el único telediario fiable. Su hermano Alberto había llegado un día contando que, según sus vecinos, Vértice había participado en «La batalla de Pablo Neruda» y que había logrado lo imposible: poner fin a la sangrienta guerra de bandas de Portazgo, en la que los clanes Cartagena y Manso se mataban entre sí y a todo el que pillaran en medio. Lesley dio gracias porque acabara la matanza, pero siguió pensando que el héroe era una leyenda urbana: para los dos bandos hubiera sido humillante dar su brazo a torcer y por eso inventar un tercer elemento en discordia sin relación con ninguno de ellos les venía muy bien para zanjar el asunto sin parecer derrotados por el otro.

Y más o menos esto es todo lo que Lesley Libertad sabía de Vértice antes de encontrárselo a dos metros de ella, con su capa ondeando, azotada por el viento, mientras la lluvia no paraba de caer sobre la plaza de Antón Martín.

Aún faltaba un tiempo para que Vértice hiciera su Primera Aparición pública salvando a la alcaldesa Marta Toutain y su nieta, el día de la fiesta de Navidad a favor de los refugiados. Esa sería sin duda su aparición más documentada, zurrando terroristas en la Galería de Cristal del Palacio de Cibeles, después de atravesar el techo con Ángulo, como si fuera una película de Michael Bay con exceso de presupuesto.

«Ángulo», «Vértice», «Hipotenusa», «Compás», «Pirámide» o más tarde «El Prisma» (la Vértice-señal que proyecta un triángulo invertido en el cielo y que, según algunos amantes de la teoría de la conspiración, se envió a la alcaldesa para que ella pudiera llamarle si Madrid le necesitaba). Todos esos nombres del campo semántico triangular y a qué cachivaches o personajes correspondían se conocerían más tarde gracias a las cartas que mandaba regularmente a los medios alguien que firmaba como KT-to y que solían llegar manchadas de Doritos. El autor aseguraba ser «el hombre de la silla» de Vértice. «Como Ned Leeds; tenéis que ver *Spider-Man: Homecoming*»,

recomendaba la postdata. Quien fuera estaba bastante preocupado porque se llamara a las cosas por su nombre.

Pero en ese momento a Lesley no le importaba cómo se llamaba nada. Estaba paralizada frente a esa gárgola majestuosa bajo la lluvia, la misma que de pronto saltó como un tigre hasta su autobús. Y ahí se acabó la majestuosidad. Vértice cayó sobre la mitad de capota que estaba desplegada, se deslizó rodando patéticamente por la lona de plástico y cayó como un saco de patatas a los pies de la guía. Aún con la lluvia llevándose la sangre, ella vio que estaba destrozado a golpes, como un boxeador de los pesos pesados que ha aguantado hasta el decimosegundo asalto.

Había sido un día fatal para el negocio y Lesley se estaba dirigiendo a la cochera de Astro S.L. bajo la Plaza de Jacinto Benavente. Aunque la época fuerte es cuando empieza el buen tiempo, en invierno la afluencia al Astro Bus tampoco flojeaba. Si hacía mucho frío, los turistas subían con parcas y abrigos abrochados hasta la nariz y listos. Además, la promesa de la capota, aunque incumplida, les animaba a subir a los muy inocentes. Pero los días de tormenta eléctrica con rayos y truenos no había nada que hacer, no montaba ni un desgraciado. Era mejor guardar el autobús hasta que escampara.

Pero Lesley no temía las tormentas. Y amaba el repiqueteo de la lluvia sobre la capota y sobre el suelo de metal del autobús. Le gustaba sentirse como un grillo en un jardín. Por eso ella estaba ahí arriba, cubierta solo con media capota, disfrutando de su soledad, cuando Vértice se alzó de entre los brazos de la escultura de El Abrazo de Juan Genovés. Lesley imaginó que el hombre debía de llevar horas ahí escondido, protegido por esos brazos de hierro cobrizo, esperando a que se fuera su agresor o reuniendo fuerzas para volver a alzarse. Y estaba en lo cierto.

Fuera como fuere, Lesley ahora tenía a un tío disfrazado desangrándose delante de ella y no sabía qué hacer con él. Por suerte, Vértice sí parecía saberlo.

—Wundagore... llévame a... Wunda...

—No, no te voy llevar a ningún sitio, voy a buscar ayuda.

—NO. Wundagore.

—¿Qué es eso de *Guoundagore*?

—Médico...

—La madre que me parió —Lesley sacó el móvil para apuntar— ¿cómo coño se escribe eso?

—Uve doble, u... —Y Vértice se desmayó.

En la cochera, Lesley se dirigió a la salida acompañada por Wilson Wenceslao, el conductor peruano de Astro S.L., pero cuando estaban en el marco de la puerta, ella «recordó» haberse dejado el bolso en la parte superior del bus. Le dijo a Wilson que no se preocupara, tenía llaves del autobús e iría ella misma a por él, total, no tenía prisa. Wilson no discutió, deseoso de llegar pronto a su casa y ver a sus hijos despiertos por una vez.

Lesley era una tiarrona, grande y fuerte, pero no tanto como para poder cargar a pulso con ese cuerpo ella sola. Además, bajando a Vértice inconsciente por las escaleras del bus, Lesley descubrió por las malas que una capa empapada de agua pesa una maldita tonelada. Tuvo que quitársela para siquiera poder arrastrarlo. Al final eso le vino bien porque así pudo usar la capa para cubrir los asientos del coche y evitó mancharlos de sangre.

Fue arduo. Lesley tardó casi cuarenta minutos en salir de la cochera con Vértice en la parte de atrás de su Renault Megane, haciendo lo que alguien llamaría más tarde *un señor Naranja de Reservoir Dogs*.

Por suerte para todos, la combinación de palabras «Wundagore Madrid» solo daba un resultado en Google. Lesley llamó de camino, con el manos libres, y habló con una mujer con acento como ruso (en realidad era alemán) y se dirigió al sitio, que estaba en el corazón de Chueca.

Se trataba de una pequeña tienda de animales que parecía salida de *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, con un neón azul y rojo parpadeando. Bajo la lluvia torrencial, todo parecía aún más *Blade Runner*.

Le abrieron la puerta que tenían para entrar animales de gran tamaño para que pudiera meter el coche. Y entonces descubrió que lo que parecía una pequeña tienda en realidad era bastante grande, solo que hacia el interior del edificio.

Una mujer aún más alta y corpulenta que Lesley la estaba esperando para ayudarla a bajar del coche a su pasajero y otra, mucho más pequeñita y enjuta, llevaba una camilla de metal para transportarlo al quirófano. Agarraron las esquinas de la capa y lo trasladaron en volandas hasta una camilla claramente demasiado pequeña para un ser humano, pero era lo que había. Las dos mujeres le dieron las gracias a Lesley y se llevaron a Vértice adentro.

Lesley se vio tentada de irse en ese momento. Ya había sido una idiotez gigante llevarle allí, ¿por qué había hecho algo así? Cualquier persona racional hubiera llamado

a la policía y punto. O se lo hubiera dicho a Wilson o al señor Astroza y que ellos se ocuparan. No conocía a ese tío ni era su responsabilidad. Ella no pintaba nada ahí; a lo mejor, ayudarle la convertía en cómplice de algo turbio y le arruinaba la vida. No podía salir nada bueno de seguir mucho tiempo ahí.

Pero Lesley se quedó.

Dentro de la tienda, en un banco de plástico rojo, rodeada de pósters de perros y gatos, periquitos piando y arañas peludas en terrarios, Lesley esperó. Llamó a Albertito para que se pasara él a vigilar que su madre se tomara las medicinas, alegando que había habido una emergencia en el trabajo. Su hermano gruñó y le preguntó cuándo volvería a casa y ella no supo qué contestar. Lesley había decidido que no se iría hasta saber que Vértice estaba bien.

No tardó mucho en aparecer una mujer. Por alguna razón iba vestida de Ms. Marvel versión Dave Cockrum (*bañador negro con la «S» amarilla en grande, cinturón rojo ondeando en el aire*), ignoró a Lesley completamente y entró a la trastienda.

Más tarde entró un chico gordito con barba y gafas. Una especie de Guillermo del Toro, Álex de la Iglesia o Peter Jackson. Versión gorda, claro, no las versiones a dieta estricta que hay cíclicamente. Este sí saludó sorprendido al verla. Y antes de entrar también, Lesley juraría que le miró las tetas. No porque ella le pillara sino por la cara de vergüenza que puso cuando creyó que lo había hecho.

Tiempo después, salieron los dos del interior. La mujer se quitó la peluca rubia y el antifaz negro, y solo entonces reparó en la pelirroja de la sala de espera. Su pelo oscuro recogido y su mirada desafiante, hicieron pensar a Lesley en la Katniss Everdeen de Suzanne Collins. «Katniss» se acercó a interrogarla.

—Tú eres la que le ha traído.

—Sí.

—Muchas gracias.

Lesley se dio cuenta de que el agradecimiento era sincero y que el hombre que yacía por ahí dentro hecho papilla era muy importante para ella. También se dio cuenta de que los agradecimientos se habían acabado.

—Cuánto quieres por olvidar este paseo.

—¿Qué? No quiero nada. —Y era sincera. Lesley no se había quedado para ser premiada por sus servicios. Pero entonces... las palabras acudieron a su boca sin que ella supiera muy bien de dónde salía la idea. Llevaba allí horas pero se le ocurrió de pronto —. Bueno, mentira. Sí quiero algo. Quiero hablar con él.

—¿Para qué?

—Una entrevista.

Entonces el chico gordito se adelantó, entusiasta.

—¡Lo sabía! Eres periodista. Pues cojonudo, porque siendo rigurosos para ser un superhéroe en condiciones Vértice necesita una periodista: una Vicky Vale, una Lois Lane, una Linda Park, una Roxanne Ritchi...

—No soy periodista.

—Vale, acabo de perderme.

—Es solo que... me gustan las historias. Y seguro que esta es la historia más emocionante que voy a vivir en mi vida.

—Pero no se la puedes contar a nadie —dijo Ms. Marvel.

—Lo sé, esta no, pero otras... Hay tantas cosas que me gustaría saber... y a lo mejor dentro de un tiempo sí que queréis que alguien las cuente. ¡Además, le he traído en medio de una tromba de agua durante la peor tormenta que he visto en mi vida, creo que hablar con él sería lo mínimo!

«Katniss» y «Guillermo del Toro» se miraron y no tuvieron necesidad de decir nada más.

Cuando Vértice despertó, salieron a buscar a Lesley Libertad y ella entró a verle. La imagen era ridícula, el hombre estaba en una camilla para perros, vendado y tapado con una fina sábana que apenas cubría su desnudez, pero seguía llevando la máscara que le cubría la cara.

Imaginad a alguien convaleciente en un hospital pero con un casco de Darth Vader. Pues así lucía.

—Me han dicho que quieres historias.

—Así es.

—Creo que... dado que te debo la vida, es justo que seas mi biógrafa.

De este modo empezó lo que Cateto (pues así se presentó finalmente el chico gordito) dijo que sería como las citas de Morfeo y Hob Gadling.

Quitados los Mortadelos y los Astérix de su infancia, que Lesley recordase, solo había leído un par de cómics en toda su vida. Uno era *Maus* de Art Spiegelman. Por suerte el otro era *Sandman* de Neil Gaiman, así que conocía la historia de Hob Gadling.

En el siglo XIV, en una taberna llamada El Caballo Blanco, Sueño de los Eternos escucha a Hob Gadling decir que la muerte es una estupidez, que no va con él. Dice Hob

que eso de morirse puede estar bien para otros hombres pero que él pasa mucho de esa mierda. Intrigado, Morfeo le concede su deseo y, gracias a su hermana Muerte, permite a Hob vivir para siempre. A cambio solo le pide encontrarse en esa misma taberna cada cien años y hablar sobre lo que les ha ocurrido durante ese tiempo. El objetivo del experimento es demostrar que las ganas de vivir de Hob y su deseo de esquivar la muerte acabarán desapareciendo si vive lo suficiente. Pero quinientos años después, Morfeo sigue equivocándose. Aunque ha ganado un amigo.

Se decidió que Lesley haría lo mismo con Vértice, solo que una vez al año.

«Las citas Hob Gadling» tenían lugar en La Reserva, un bar castizo donde los haya. Lo primero que pensó Lesley al entrar en el local (una hora antes de su cita con Vértice, como haría siempre) es que su padre, forofo del Rayo Vallecano, se hubiera descompuesto como Pennywise al final de *IT* si la hubiera visto entrar allí: todo estaba plagado de objetos y fotos de su odiado Atlético de Madrid.

Hasta la carta parecía la de un restaurante temático colchonero. Lesley estuvo tentada de pedirse un «Croissant Griezmann» (un croissant mixto), pero al final se decantó por unas rebanadas de pan con tomate. O como rezaba la carta: un «Milinko Pantic-maca».

Lesley y Vértice solo se verían seis veces en su vida. Y aunque Vértice acudía desenmascarado a sus encuentros, este nunca le dijo su nombre real y Lesley nunca se lo preguntó.

Ella solo quería historias de Vértice.

Y las tuvo.

En su primer encuentro, Vértice le habló del Profesor Nóvaro y su cuba de ácido verde. Y en sucesivas entrevistas el héroe le habló de El Llorica y su traje blanco que acabó teñido de sangre. También le habló de Novo Nóvaro, de Sayón, del Paquidermo, de La Hoguera. Del enigma de Esmeralda. Y en su última velada, cuando ya todo estaba en su contra, incluso le habló de El Caballero de la Blanca Luna.

Le contó historias divertidas, como la de Pitágoras, un gran danés de pelo azul al que Cateto se empeñó en que adoptaran tras encontrar a su madre malherida y que él fuera el único superviviente de la camada. Ahora es perro policía. Pero lo que más abundaba eran historias tristes sobre hombres malos que no había podido redimir y sobre violencia que engendra más violencia en un ciclo sin fin.

Lesley se percató de que Vértice no había pedido tener la vida que tenía y que lo

hacía empujado por un sentido de la responsabilidad sin duda excesivo. Nadie puede ser responsable de toda una ciudad. Lesley pensó en su madre y en su hermano y en que ella tampoco había pedido tener la vida que tenía. A ambos les unía cierta tristeza por no ser dueños de su destino, aunque habían sido ellos mismos los que habían aceptado sus respectivas condenas sin que nadie les obligara.

Lesley solo veía feliz a Vértice cuando este hablaba de Hipotenusa (resulta que así se hacía llamar Katniss) una mujer que tenía la fastidiosa manía de acudir constantemente al rescate del héroe y salvarle de una muerte segura.

—No sé qué haría sin ella —dijo Vértice. Y Lesley supo que no se refería solo a su ayuda para combatir el crimen.

Gracias a estos encuentros Lesley también supo del ingenioso método que usaba la alcaldesa para poder activar El Prisma siempre que había una emergencia en Madrid: lo había trasladado a La Faraona, una famosa casa okupa regentada por amigos activistas. Allí llamaba Marta Toutain para que proyectaran el famoso triángulo en el cielo siempre que fuera necesario. Y ellos solo pedían a cambio que la policía se olvidara de intentar echarlos, algo con lo que la regidora comulgaba sin necesidad de que nadie la convenciese.

Pasó el tiempo.

Y casi seis años después de su encuentro bajo la tormenta, Lesley Libertad había observado que las menciones al «caballero del Triángulo» emocionaban constantemente a sus clientes. Eso y su propia simpatía por Vértice (con el que se sentía hermanada desde que le hizo de chófer) hacían que ella intentara traer a colación muchas de sus aventuras durante el recorrido del Astro Bus. Y siempre era un éxito. Sobre todo entre los españoles.

Hay que entenderlo, Vértice era un capítulo incómodo en nuestra historia. En Madrid podía actuar porque la alcaldesa Toutain hacía la vista gorda, ella era independiente y tenía su propia agenda. Pero desde que surgió, Vértice había sido un arma arrojada entre los distintos partidos políticos. Era considerado un fascista irredimible por la izquierda y un antisistema que busca el caos por la derecha. Lo cierto es que no lo controlaba ninguno y eso era inadmisibile para todos. Era un tema que se rehusaba tratar en las comidas familiares o en el trabajo. Era controvertido y los ánimos pronto se encendían. Así que Vértice entró rápido en la categoría de temas que los españoles evitaban a no ser que quisieran tener un conflicto. Y sin embargo, la gente se sentía atraída por su existencia ya fuera para alabarle o condenarle. Vértice era un

personaje del que todo el mundo quería saber más.

A la guía pelirroja empezó a rondarle una idea en la cabeza. Quizá ella conociera suficientes historias de Vértice como para hacer un recorrido solo contando sus hazañas.

Al principio desechó la idea. Era una tontería, seguramente. Pero durante los siguientes meses dejó de escuchar rap en el coche de camino al curro, Lesley iba en silencio imaginándose cómo sería ese recorrido y qué contaría si la dejaran hacerlo. Poco a poco, fue enamorándose de esa ruta que anhelaba. Se descubrió disfrutando más soñando con esa ruta que haciendo el mismo tour que llevaba haciendo tantísimos años.

Años en los que Lesley Libertad no había pedido nada a su jefe.

Desde que se infiltró de manera chapucera en su propio autobús, Antonio Astroza (hijo) había vuelto cada cierto tiempo a escuchar a Lesley. Nunca solo. Llevó a sus hijos, a amigos suyos, a sus suegros... Cada vez que quería impresionar a alguien los llevaba con ella en un viaje privado.

Pero Lesley nunca había ido a su despacho en la sede central de Astro S.L. De hecho, para ir allí tuvo que pedir indicaciones porque no sabía ni dónde estaba eso.

Astroza salió a recibirla, le preguntó a qué se debía tal honor y la invitó a entrar en su despacho. Dentro, en un rincón apartado, había un chico tan joven que Lesley creyó que era un becario. En realidad se trataba de Antonio Astroza junior (hijo de Antonio Astroza hijo). Este no hablaba, estaba en su mesa, fingiendo teclear algo importante y en realidad jugando a un solitario en el ordenador. La saludó levantando la barbilla.

Lesley se sentó frente a la gran mesa de despacho, miró a los ojos al más mayor de los Antonio Astroza presentes en la sala y le explicó su plan: una ruta que recorriera Madrid contando las aventuras de Vértice. Sus victorias, sus derrotas, sus villanos... Lesley le contó a Astroza el interés que despertaba el superhéroe madrileño entre sus clientes y que daba la casualidad de que ella misma era una experta en el tema y podría dar lo mejor de sí misma en esta empresa.

Astroza la escuchó con atención pero Lesley se dio cuenta rápidamente de que su jefe no estaba receptivo. Cuando acabó, lo que dijo Astroza demostró que la guía no se equivocaba. Él le explicó que era muy arriesgado, que tendría que usar algunos de los buses de las otras rutas porque ahora mismo no podía aumentar su flota («seguimos en plena crisis económica», dijo). Dio muchos rodeos pero al final la cosa se resumía en que lo sentía mucho pero no lo veía posible.

Lesley le contestó muy, muy tranquila.

—Siento oír eso porque si no probamos esta ruta... se acabó.

—¿Te irás de Astro Madrid?

—¿Y perder mi finiquito después de más de una docena de años? No, me tendrá que echar. Lo que se acabó... es hacer lo que hago. Si no me deja probar esto, seguiré en mi ruta pero seré como todos los demás. Dado que no sirve de nada esforzarse, no lo haré.

Y Astroza sintió miedo. Habría podido aceptar perder a Lesley, pero no que se perdiera su talento. Es difícil de explicar, pero a Astroza le hubiera dolido menos que la guía le dijera que se iba a la competencia a seguir haciendo su magia a que le dijera que se quedaba con él a medio gas, siendo una sombra de lo que fue, y por su culpa además.

Así que Astroza aceptó probar esa ruta. Durante tres meses. Si no funcionaba, se acabó. Lesley se puso a dar saltos de alegría. Se acercó a él y le dio un abrazo que le hizo crujir la espalda. Luego se fue más feliz que unas castañuelas. Cuando la pelirroja se marchó, el joven Antonio Astroza (nieto) le preguntó a su padre.

—Papá ¿qué acaba de pasar?

—No lo sé, hijo, pero sí sé una cosa.

—¿El qué?

—Nunca despedirás a esa mujer.

Así nació el proyecto de la Ruta Amarilla (que nunca nadie llamaría así, porque todo el mundo prefería el nombre más pegadizo de Ruta Vértice). Y lo que empezó como una idea comprada a regañadientes, tras un estudio de mercado que indicaba que la cosa podía funcionar muy bien, se acabó convirtiendo en la gran apuesta de Astro S.L. para ese año.

Astroza invirtió en publicidad y la nueva ruta se publicitó en las marquesinas, en el metro, en la radio... Por supuesto, solo a nivel local, pero para ser publicidad de una empresa de autobuses turísticos, era un gran despliegue.

Un mes antes de la inauguración Lesley dispuso de un «autobús piloto» en el que Wilson Wenceslao recorría Madrid siguiendo el itinerario marcado por ella misma. La guía tenía que medir bien los tiempos y la cantidad de las paradas, antes de poder recibir al público de verdad. Verla ensayar ahí arriba del autobús, hablando a la nada con tanto entusiasmo, hubiera hecho pensar a cualquiera que estaba loca.

Lesley iba probando su texto durante todo el recorrido. Al llegar a la antigua calle de Las Flores explicó al viento que allí tuvo lugar «El asalto a la mansión» cuando todos los supervillanos que habían surgido los últimos años se unieron para destruir La Pirámide. Cerca de la calle del Postigo de San Martín narró el enfrentamiento con Paquidermo en La Metralleta, una tienda de discos subterránea. Narró las aventuras en

el templo de Debod y en el Frontón Beti Jai. Y se explayó hablando sobre el duelo en la terraza del Praktik Metropol que casi acaba en tragedia sobre Montera. Lástima que no hubiera nadie para escucharla porque hubieran aplaudido.

Lesley sabía que iba a ser un éxito. Después de tantos años ella tenía un instinto infalible para lo que le gusta a la gente. No sabía si iban a montar muchos o no, pero los que se montaran iban a disfrutar. Todo estaba pensado para eso. Lesley trataba de alternar, dentro de lo que la lógica geográfica le permitía, las historias divertidas con las historias tristes. Y siempre jugaba con el aliciente de poder encontrarse a Vértice en cualquier momento. Nada podía fallar.

Y entonces Vértice murió.

Todas las cadenas interrumpieron sus emisiones para televisar en directo su última batalla que terminó en una de las azoteas más famosas de Madrid.

Así que todos le vieron morir, de forma terrible.

¿Qué sentido tenía ahora este trayecto o ningún otro con Vértice como reclamo? Lesley tenía la sensación de que cada vez que ella iba a echar a volar una mano invisible la agarraba de las alas y la estampaba contra el suelo por su atrevimiento. Lesley ni siquiera pudo ir a su funeral si es que hubo alguno. A Vértice no le enterraron con honores ni sin ellos, y en realidad ella no sabía quién era. Lesley era una persona alegre y había aguantado mucho, pero esto la demolió. Todo había sido para nada.

Pese a todo, Astroza informó a Lesley de que la Ruta Vértice debía arrancar. Con toda la publicidad lanzada y la inversión hecha, ya no se podía parar. A Lesley le parecía un grave error, una falta de respeto incluso, pero después de todo lo que había luchado para que esa ruta existiera, no pudo negarse.

Y en el viaje inaugural ocurrió algo asombroso.

El bus se llenó a rebosar. En toda la ciudad se habían organizado «funerales» clandestinos por el héroe caído, pero la policía dispersaba las concentraciones ilegales con violencia. Hacía meses que Marta Toutain había perdido las elecciones y la ciudad ya no era *Vértice friendly*. De hecho, desde el ayuntamiento se había hecho todo lo posible para luchar contra él. Una de las primeras medidas que tomó el nuevo alcalde fue expulsar a los okupas de La Faraona. Por eso, Prisma no volvió a brillar en el cielo de Madrid ni siquiera para conmemorar la muerte del portador del triángulo.

Parecía que el único sitio de todo Madrid al que se podía ir a honrar a Vértice era ese autobús. Una suerte de iglesia móvil que recorría Madrid como los anticuerpos las

venas, curando su infección de melancolía.

Para los madrileños ese viaje en autobús fue como una vigilia. Lesley intentaba contar las historias que llevaba un mes ensayando pero era imposible, no la dejaban. La interrumpían, la matizaban... Parecía un grupo de autoayuda sobre ruedas en el que todos querían contar su experiencia. Iban allí a ser escuchados. Y a Lesley le pareció bien. Cada noche distintos viajeros tomaban el turno de palabra y contaban sus historias. Preferiblemente cuando pasaban por donde habían sucedido los hechos que iban a narrar.

Lesley pasó de guía a apuntadora. Se compró una libreta negra tipo Moleskine y empezó a tomar nota de todo lo que se contaba en ese autobús. La llenó en tres días.

Durante un año entero el autobús nocturno de la Ruta Vértice fue abarrotado de gente. Lesley llenó treinta y tres cuadernos enteros de historias. La mayoría eran tan rocambolescas que seguramente eran ciertas. Otras eran más de andar por casa y seguramente eran mentira (cosas como «Vértice me subió la compra al piso» o «Vértice me ayudó a cambiar la rueda del coche un día que me quedé tirado en la M30»). Lesley se dio cuenta de que mucha gente necesitaba creer que sus historias eran verdad. Haberse cruzado alguna vez con Vértice era formar parte de su historia, y su historia ahora era Historia.

No eran pocos los que decían convencidos que Vértice tenía superpoderes. Por supuesto, no se inventaban que volase, *que lanzase rayos por el culo* (parafraseando a William Wallace), ni nada de eso. Eran más bien cosas del tipo: «podía hipnotizarte si te miraba fijamente» o «podía fundirse con las sombras y desaparecer». Es decir, sus «asombrosos» poderes eran que si te decía algo mirándote fijamente a los ojos, lo hacías y, si había poca luz, no lo veías. Pero para los que lo habían vivido era algo absolutamente sobrenatural y ellos habían sido testigos. Testigos de auténticos milagros.

Un día de primavera se subió al autobús Arianne Zamora, editora de una editorial bastante grande de libros. Arianne había leído un reportaje sobre Lesley en un dominical y, como Astroza años antes, quiso verla con sus propios ojos. Ese día Lesley pudo contar varias de las mejores historias de Vértice y a Arianne no le pasó desapercibido cómo la guía iba tomando apuntes cuando los demás contaban las suyas.

Cuando el trayecto acabó, Arianne se acercó a Lesley Libertad con su tarjeta de visita en la mano y la saludó con esta frase:

—¿Alguna vez has pensado en escribir un libro?

Le prometió un anticipo. No era una cifra millonaria pero eran dos meses de sueldo en el autobus. Lesley no tuvo que meditar mucho la decisión. Los recientes acontecimientos la habían dotado de una determinación tremenda.

Se había ganado poder pedirse dos meses de excedencia. Astroza no se atrevió ni a replicar.

Se había ganado que su hermano se llevara a su madre dos meses a su casa. Albertito sí se atrevió a replicar, ahora no le venía bien, dijo, pero tras oír un par de amenazas muy, muy serenas de su hermana colgó el teléfono, se vistió, cogió su coche y se llevó a su madre a su casa.

Al día siguiente, Lesley se sentó tras el escritorio de su habitación con una sonrisa, algo que no hacía desde que tuviera dieciocho años. En un lado, una pila de *black books* llenos de historias. Al otro, sus propias notas de sus seis entrevistas con Vértice. Y en el centro, su ordenador portátil.

Abrió el Word.

Y así fue como Lesley Libertad volvió a hacer lo que mejor se le daba.

El libro se titularía *Bajo el triángulo isósceles* y pese a la amplia documentación que había reunido y todo lo que Lesley sabía de primera mano, era, en su inmensa mayoría, una obra de ficción pura. Lesley no descubrió nunca la identidad secreta de Vértice y tuvo que imaginarse (inventarse) la mayor parte de su mundo: su origen, sus motivaciones...

Como no le quedaba otra, basó todo su relato en una de las teorías más extendidas construida con los restos encontrados en el lugar de su última batalla, la azotea del Círculo de Bellas Artes, donde el héroe falleció a los pies de la estatua de Atenea. Esa versión aseguraba que el *cruzado del triángulo* se trataría de Javier Galiardo, un GEO que, siempre según esta teoría, habría fingido su muerte en un incendio varios años antes de la primera aparición documentada del superhéroe.

Lesley le imaginó viajando por todo el mundo durante esos años, entrenando con los mejores maestros en artes marciales y ciencias detectivescas para volver a la capital y ser el héroe que Madrid necesitaba.

Por supuesto, Lesley vió la foto de ese Javier y supo que no era el hombre de sus «citas Hob Gadling», pero por alguna razón eso en vez de inquietarla la tranquilizó. A veces la verdad no nos deja contar las mejores historias, pensó.

Así, quince años después de su discurso de graduación en el instituto, Lesley publicó su

primer libro. Fue un éxito de ventas, pero lo más importante es que fue una catarsis. Los que no se habían permitido llorar, lloraron. Los que no se habían permitido recordar con una sonrisa, sonrieron. Hasta ese momento nadie se había dado cuenta, pero desde la muerte de su salvador, había una especie de sentimiento de culpa colectivo que quizá no se vivía en este país desde el asesinato de Lorca.

Pero, gracias a *Bajo el triángulo isósceles*, España aceptó a Vértice. Se reconcilió con él. Los españoles se vieron reflejados en su triunfo y tragedia. No sería atrevido decir que alguno de ellos fue mejor persona después de ver a Vértice a través de los ojos de Lesley Libertad. Era como si cayera un velo y por primera vez supieran qué representaba Vértice y qué habían perdido al marcharse.

Era así de buena contando historias.

Sin que Lesley lo supiera, uno de los lectores de su novela sería un antiguo inspector que se había pasado siete años llevando en su pecho un triángulo amarillo. La esposa del expolicía tuvo que hacer cola durante una hora en la Feria del Libro pero se la regaló con la rúbrica de la autora.

Lesley Libertad, que llevaba toda la mañana firmando ejemplares, sintió un escalofrío cuando alzó la vista y descubrió delante de ella a Hipotenusa. Solo la había visto una vez sin máscara pero era ella. «Katniss Everdeen», sin duda. La mujer se acercó y le dijo que pusiera «Para David». Un escalofrío estrujó el estómago de Lesley y un latido de su corazón no acudió a la cita; por suerte, los siguientes sí. Recordó la última vez que había sentido ese vértigo y supo lo que debía escribir.

Más tarde, cuando David Valentín recibió su regalo, no pudo evitar sonreír. Una sonrisa triste, similar a la que tenía Frodo cuando cruzó el Mar en La Última Cabalgata de los Guardianes de los Anillos.

Abrió el libro y leyó la dedicatoria.

«Se acabaron las aventuras. Ahora empieza la vida».

FIN

«Es apasionante cómo combina el thriller y el humor en una historia llena de sorpresas.»

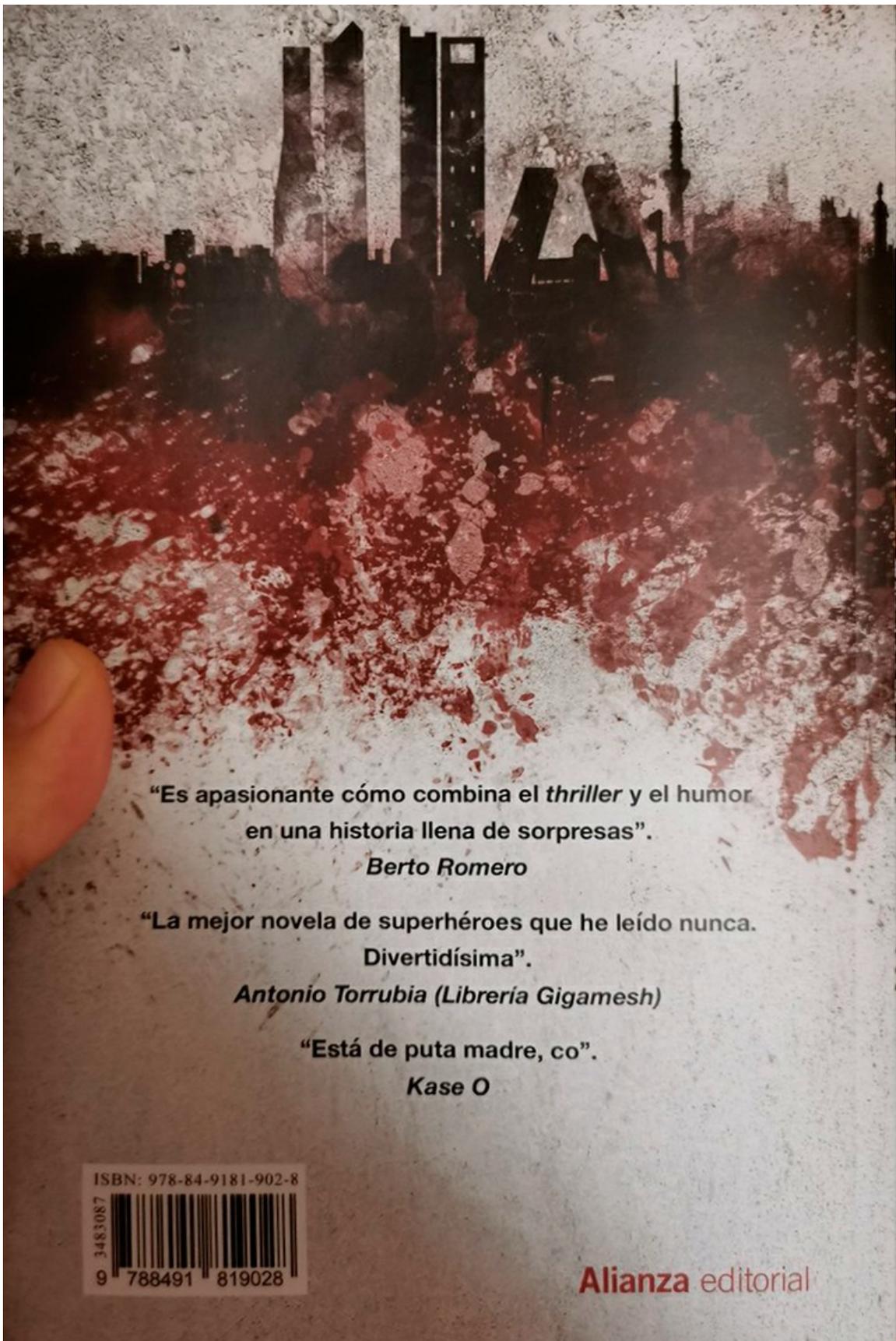
BERTO ROMERO

«La mejor novela de superhéroes que he leído nunca.
Divertidísima.»

ANTONIO TORRUBIA,
Librería Gigamesh

«Está de puta madre, co.»

KASE O



“Es apasionante cómo combina el *thriller* y el humor en una historia llena de sorpresas”.

Berto Romero

“La mejor novela de superhéroes que he leído nunca. Divertidísima”.

Antonio Torrubia (Librería Gigamesh)

“Está de puta madre, co”.

Kase O

ISBN: 978-84-9181-902-8



Alianza editorial

ÍNDICE

Portada [\(IR\)](#)

Sobre Diego Galán Galindo [\(IR\)](#)

Sinopsis [\(IR\)](#)

Créditos [\(IR\)](#)

▼ **ORÍGENES SECRETOS (Y ASTRO BUS)** [\(IR\)](#)

Dedicatoria [\(IR\)](#)

Cita [\(IR\)](#)

▼ **ORÍGENES SECRETOS** [\(IR\)](#)

Introducción del autor a la presente edición [\(IR\)](#)

0. Arkham [\(IR\)](#)
1. Acción [\(IR\)](#)
2. Increíble [\(IR\)](#)
3. Suspense [\(IR\)](#)
4. Otro planeta [\(IR\)](#)
5. Detective [\(IR\)](#)
6. Maravilla [\(IR\)](#)
7. Asombroso [\(IR\)](#)
8. Antifaz [\(IR\)](#)
9. Villano [\(IR\)](#)
10. Nuclear [\(IR\)](#)
11. Fantasía [\(IR\)](#)
12. Rayo [\(IR\)](#)
13. Kansas [\(IR\)](#)
14. Origen [\(IR\)](#)
15. Guerra [\(IR\)](#)

16. Imperio [\(IR\)](#)

17. Abismo [\(IR\)](#)

18. Imposible [\(IR\)](#)

19. Secreto [\(IR\)](#)

Epílogo [\(IR\)](#)

▼ **ASTRO BUS** [\(IR\)](#)

Unos apuntes sobre «Astro Bus» [\(IR\)](#)

«Astro Bus» [\(IR\)](#)

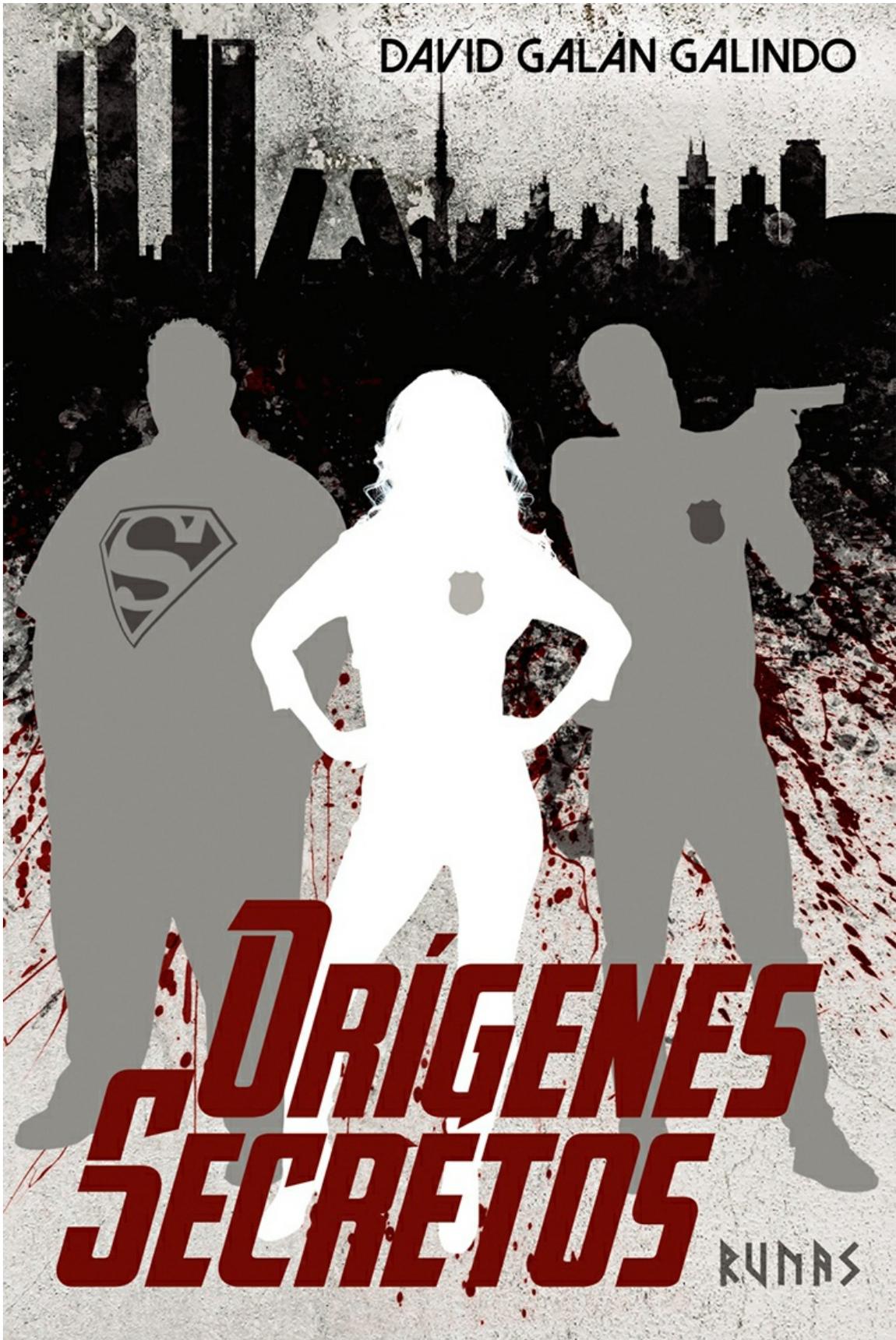
Reseñas [\(IR\)](#)

Contraportada [\(IR\)](#)

Recomendación final [\(IR\)](#)

Índice [\(IR\)](#)

DAVID GALÁN GALINDO



ORÍGENES SECRETOS

RUNAS